

MARCEL DE LA BIGNE DE VILLENEUVE

Satanás en la Ciudad

(Satan dans la Cité)

MARIA ZAMANILLO

SATANÁS EN
LA CIUDAD
(SATAN DANS LA CITÉ)

POR

MARCEL DE LA BIGNE DE VILLENEUVE

TRADUCCIÓN,
PRÓLOGO Y NOTAS DE

MARÍA ZAMANILLO



SEVILLA, 1952
EDITORIAL CATÓLICA ESPAÑOLA, S. A.
ARJONA, NUM. 4

SATANÁS EN
LA CIUDAD
(SATAN DANS LA CITÉ)

POR

MARCEL DE LA BIGNE DE VILLENEUVE

TRADUCCIÓN,
PRÓLOGO Y NOTAS DE

MARÍA ZAMANILLO



SEVILLA, 1952
EDITORIAL CATÓLICA ESPAÑOLA, S. A.
ARJONA, NUM. 4

NIHIL OBSTAT

DR. FRANCISCO DE ASIS
Canónigo de la S. I. C. M.
Censor Ecco.

IMPRIMATUR

DR. JOSÉ COMINO GARCÍA
Tte. Vic. Gral.
Sevilla, 22 de Septiembre, 1952

**DILECTISSIMÆ
DULCISSIMÆQUE
MEMORIÆ
CONJUGIS**

PRÓLOGO-PRESENTACIÓN

Ninguna idea tan oportuna y adecuada para empezar la lectura en castellano de uno de los libros más interesantes publicados en Francia durante el año 1951, como la siguiente de nuestro Fray Luis en el quinto de sus nombres de Cristo: "Como el que en la escalera bajando pierda algún paso, no para en su caída en un escalón, sino de uno en otro llega hasta el postrero cayendo, así Lucifer de la desobediencia para con Dios cayó en el aborrecimiento de Cristo, concibiendo contra El, primero, envidia, y después, sangrienta enemistad; y de la enemistad nació en él absoluta determinación de hacerle guerra siempre con todas sus fuerzas. Y así lo intentó primero en sus padres, matando y condenando en ellos cuanto fué en sí toda la sucesión de los hombres."

Quienes leyeren este libro verán que todo él es un desarrollo en "crescendo", de esa idea eminentemente teológica y, sin embargo, no se trata de una obra de Religión ni de un compendio de Apologética, sino de una exposición vulgarizadora, objetiva e imparcial de las causas íntimas que a juicio del autor y, en muchas ocasiones, también de la Iglesia, han provocado misteriosamente hecatombes político-sociales, como las que actualmente estamos viviendo. No es de hoy la frase de que en el fondo de toda cuestión política se halla otra que es religiosa.

Tampoco son sólo de ahora las lamentaciones por el olvido, indiferencia o culpable ignorancia de las realidades invisibles que tienen los hombres por estar sumergidos moralmente en la materia, si vale la paradoja; pero se necesita una dosis masiva de entusiasmo religioso, celo y reflexiva convicción, para que un seglar, doctor en Derecho, en Letras y en Ciencias Políticas y Económicas, lance este angustioso S. O. S. espiritual a un mundo cuyas preocupaciones actuales oscilan, casi exclusivamente, como péndulo absurdo y regular entre un bien fundado temor a los mayores sufrimientos de su historia, y el ansia loca por los mayores goces materiales de su existencia; a un mundo en el que la des-

preocupación por el más allá va llegando a tal extremo, a pesar de tener suspendida sobre todas las latitudes una providencial y justiciera espada de Damocles, que gran parte de sus habitantes, tan indiferentes al cielo del cristianismo como al Olimpo de la mitología, dejan en eso atrás a los que ofrecían sus libaciones a Baco o deshojaban ante Venus las guirnaldas de sus amores.

De la agudeza, penetración y habilidad con que está escrito este libro, juzgará pronto el lector; de la veracidad de sus afirmaciones cuando expone doctrinas pontificias o hechos palpables, no puede dudarse; en otros puntos se podrá discutirle, si hallan bases más sólidas que las suyas para apoyar las refutaciones.

El título, traducción literal de "Satan dans la Cité", parece, a primera vista, algo vago, equívoco y metafórico, pero, al avanzar en la lectura, se comprende fácilmente que la palabra ciudad no se emplea en el sentido moderno y material, sino en el de la comunidad política en que vivimos, dentro de la cual se ha introducido Satanás tan hábil como profunda y, al parecer definitivamente.

A los lectores, que nos perdonen algunos galicismos como camuflado, maquillaje, etc. o neologismos internacionalizados como robot,

en gracia a su precisión y al uso corriente de ellos, lo mismo que algunas notas casi innecesarias y triviales que se han puesto sólo para los que no tienen obligación de saber lo que en ellas se aclara; y al autor, es muy conocido en Francia y fuera de ella por sus numerosas publicaciones, entre las cuales descuella un importante "Tratado general del Estado", nuestra gratitud por la satisfacción que nos ha proporcionado con poder contribuir a la difusión, en nuestra Patria, de un libro del más eficaz apostolado, en el que su ingenio tanto hace resaltar el "sprit" tradicional de la verdadera Francia.

María Zamanillo.

NOTA.—La traducción de los textos sagrados está confrontada con el «Nuevo Testamento de N. S. Jesucristo» del R. P. Carmelo Ballester Nieto, C. M. y la del apóstrofe de Tertuliano a los paganos, con la que da de ese pasaje, en su «Gran Catecismo Católico» el Reverendo P. Deharbe, S. J.

INTRODUCCIÓN

La demonología ha experimentado en estos últimos años creciente actividad, y parece haber suscitado una verdadera renovación de la curiosidad. Teólogos, médicos, filósofos y sociólogos la han proporcionado interesantes aportaciones, y, habiéndose atenuado en los unos y en los otros, antiguos prejuicios, se encuentra en ellos, en general, más imparcialidad y objetividad que en el siglo pasado. Se muestran más respetuosos con los hechos, y los mismos sabios tocados de positivismo no rechazan ya, *a priori*, como anticientífico, todo misterio de apariencia inexplicable. Por eso se ve, en ocasiones, a antiguos adversarios, interpretar de común acuerdo determinadas materias, y adoptar posiciones comunes. Parece que cierto número de nociones se despejan, se imponen y llevan a los investigadores a encontrar las mismas soluciones.

Si se me permite un ejemplo personal, puedo citar un curioso caso particular de esta convergencia. Después de redactar y corregir numerosas notas acerca de los fenómenos de orden demoníaco que me interesaban, tuve la agradable sorpresa de encontrarme de acuerdo frecuentemente, no sólo en el fondo, sino hasta en el vocabulario, que creía ser el primero en emplear, con el magnífico libro documentado y vehemente que Jacques d'Arnoux ha titulado "L'Heure des Heros", cuya existencia yo ignoraba durante mi trabajo. Puede comprobarse esto comparándolos, rápidamente, pues no me he creído obligado a variar mi texto. Este hecho, que me produce legítima satisfacción, merece quedar señalado.

Una de las obras principales de la literatura demonológica contemporánea es, sin duda, la dedicada a Satanás por la colección de "Etudes Carmelitaines" (1). Muy oportuna y excelente iniciativa resulta esta investigación llevada a cabo entre escritores y pensadores notables. A primera vista, ante el peso y tamaño del volumen, cree uno encontrarse con una verdadera "Suma" del Satanismo, pero

(1) "ETUDES CARMELITAINES". Importante revista científico-literaria que publican en París los Padres Carmelitas Descalzos. (N. del T.)

la realidad no responde a la apariencia, como hubiera sido de desear. No es este el lugar adecuado para hacer una crítica a fondo, para lo cual hace falta una competencia que yo no poseo, pero sí puedo decir, porque está al alcance de cualquier lector un poco avisado, que la obra no carece de defectos y que estos son, principalmente, el que resulte, al mismo tiempo, pletórica y con lagunas.

Desde que se hojea por primera vez, queda uno extrañado del cuidado pueril que se ha tenido en que el número de páginas del libro sea la cifra apocalíptica de la Bestia, el 666. Tampoco es afortunado el carácter de compilación, que obliga a yuxtaponer aportaciones de valor muy desigual, unidas artificialmente, sin que esta heterogeneidad quede atenuada por un plan bastante riguroso. El defecto de unidad va acompañado de deficiencias respecto a puntos de capital importancia y de digresiones, a veces, desmesuradas, sobre acotaciones sin suficiente interés teológico o doctrinal. Casi la cuarta parte del libro está dedicada al diabolismo en la literatura, especialmente en las novelas de Gogol, Dostoyewsky, Balzac y de Bernanos. Este aspecto hubiera debido quedar indicado, sin duda, pero tal lujo de comentarios no parece justificado por el valor de la aportación

debida a esos coleccionistas de ficciones en el estudio de Lucifer. En cambio, el problema de la acción diabólica en la sociedad contemporánea, se ha esquivado casi totalmente, y para la legítima curiosidad del lector, es ésta, tal vez, la decepción mayor. Quisiera yo que el eminente religioso que ha reunido las respuestas hubiera declarado desde el principio que no había tenido intención, ni posibilidad, de hacer una obra completa, dado lo extenso del tema, y se había limitado a un ensayo.

Pero dejemos estas sutilezas, a alguna de las cuales quiere proporcionar, precisamente, este libro un remedio o paliativo. En desquite, la justicia obliga a reconocer el servicio hecho por "Satán" al atraer la atención del público y de las personas reflexivas hacia un orden de cosas demasiado ignorado y desconocido que abre al espíritu muy amplios y curiosos horizontes, terroríficos horizontes muy capaces de provocar una vuelta hacia nosotros mismos. Si juzgo de ello por mi propio caso, creo que aparecen en este camino la posibilidad eventual de explicación y de solución para ciertos hechos y problemas de graves consecuencias que, sin esto, permanecen bien oscuros e impenetrables.

Pero, entiéndase bien, que no hay que im-

putar inconsideradamente al diablo, como hacen los espíritus simplistas, la responsabilidad de todo el mal, real o aparente, que nos perjudica en este mundo. El procedimiento es demasiado sumario y fácil para no tener algo de vano, ridículo y hasta anacrónico y caduco, como dicen algunos. La ciencia positiva nos proporciona cada día más puntos de vista luminosos que hacen desaparecer los antiguos fantasmas. Un joven amigo mío, entusiasta de la técnica, a quien yo hablaba hace días, después de esa lectura, de la influencia posible de Satanás sobre los hombres, me respondió, con sonrisa de compasiva condescendencia: “¿Y por qué ir a buscar tan lejos y tan arriba, o tan abajo? El alcoholismo, las enfermedades venéreas y otros hechos de fácil y clara comprobación bastan para darnos la clave de los males actuales y de la presente decadencia sin necesidad de mezclar en ello al diablo.”

—Veamos, repliqué a este realista, casi adolescente. Si se reflexiona un poco, se da uno cuenta de que las explicaciones positivistas, aunque parece que prueban mucho, no valen, con frecuencia, más que para hacer retroceder la dificultad sin resolverla. Nos hacen asir las causas, pero no, según parece, las causas profundas, “causae causa-

rum", y en ese retroceso reaparecen, irónicos y misteriosos, los pies ahorquillados, los cuernos y el rabo del viejo diablo cuya permanente presencia en este mundo sospechaba la Edad Media, sin equivocarse demasiado.

Que sea excesivo, y hasta absurdo, el cargarle con todas las iniquidades de Israel—dicho sea sin la menor intención antisemítica—, es, a fe mía, bien probable, y estoy de acuerdo contigo, pero ¿no caeremos en el otro extremo, tan irreflexivo y censurable, excluyéndole completamente con nuestros razonamientos y de nuestras hipótesis? Recordemos aquí la agudeza de Baudelaire, citando con justa razón en los "Etudes Carmélitaines", cita que no creo superfluo reproducir aquí: "La astucia más hábil del diablo es la de hacernos creer que no existe."

—Falta saber, refunfuña mi interlocutor, si esa hipótesis explicativa no es puramente imaginaria y no se parece a esos ganchos pintados en la pared, según la conocida comparación, de los cuales pretenden colgar sus sistemas los que se dedican a abstraer quintas esencias, sistemas que, como es natural, han de caer por los suelos.

A mi no me convencía este joven de ningún modo, pero me daba cuenta de que mi competencia y autoridad son muy poco sufi-

cientes en materia tan grave y oscura y, para terminar la escaramuza, evitándome la posibilidad de un ataque más intenso, le interrumpí parodiando a La Fontaine (1):

Dejemos de discutir
remitiéndonos, querido,
a Multi, nuestro amigo.

—Muy bien, terminó el escéptico; usted me participará el resultado de la consulta y me dispensará que no acepte el papel de la comadreja ni el del conejito de la fábula.

Y por esta razón fui yo sólo, al día siguiente, a llamar a la puerta del abate Multi.

(1) Se refiere a la fábula en que, cansados de discutir, una comadreja y un conejito acudieron, como juez, a un gato, que resolvió el asunto comiéndose a los dos litigantes. (N. del T.)

I

Si el abate Multi hubiese nacido al otro lado del Atlántico, hubiera sido ya proclamado "the greatest theologian in the World" (1), pues su erudición en materia religiosa no tiene, par, y es tan amplia como profunda, y tan sólida como sutil.

Pero los europeos somos menos aficionados a los superlativos, y, aunque personas muy competentes reconocen que su ciencia y agudeza son sin igual, la intransigencia rigurosa de su carácter, inflexible siempre con los principios, aunque bondadosamente comprensiva en el orden de los hechos, no es la cualidad más estimable en las esferas donde se cotiza mejor la diplomacia y flexibilidad

(1) N. del T.—(En inglés en el original): «El teólogo más eminente del mundo».

de lenguaje, y de doctrina también, si se cree conveniente.

Hombre de la Iglesia ante todo, y muy solícito de pensar con la Iglesia y estar siempre adherido a la roca, y sometido a la dirección doctrinal y dogmática de Pedro para no extraviarse, ha sido tachado de anacronismo por esos espíritus inquietos que están siempre al acecho de novedades y, sobre todo, de novedades sospechosas, atrevidas y peligrosas; pero nada más equivocado que el juzgarle así. El señor Multi no es ni un innovador ni un retrógrado; no va delante ni detrás, sino que es exactamente contemporáneo de las más pura ortodoxia.

Otros le juzgarán como eterno descontento, porque a los caprichos de modas que pasan, opone obstinadamente las verdades inmutables y las lecciones de la experiencia que siempre permanecen; porque no hace concesiones a teorías irreflexivas de la época, por muy extendidas que se hallen, y porque no disimula una sonrisa irónica ante el contagio de actitudes muy "modernas" y de lenguajes que quieren ajustarse a ellas.

Esta acusación no es más cierta que las precedentes. La jerarquía legítima no tiene hijo más respetuoso y obediente que él, ni un servidor más dócil a la verdad, aún en las auda-

cias y renovaciones que parezcan convenientes.

Otros, por fin, gozan en presentarle como un exaltado a pesar de su constante reserva, porque se atreve a sostener que la prudencia es muy diferente de la cobardía; que la verdad no debe pactar nunca con la mentira, y que el mejor medio de conservar una ciudadela es el defenderla con valor obstinado, en vez de abrir a los asaltantes alguna poterna disimulada o hacer con ellos hábiles tratos que conducen a capitulaciones enmascaradas.

Reconocemos que, en este aspecto, resulta algo disonante—y es su mejor elogio—, en un mundo donde la tesis, sin negarse a sí misma abiertamente, gusta de encubrirse con las fórmulas ambiguas y mitigadoras de la hipótesis—si es que no se reviste, audazmente, con las libreas del error—, usando, por cautela, de discretas modificaciones o de alguna tímida restricción mental.

Pero cualquiera que le escuche sin prevención, tiene que notar pronto el perfecto equilibrio de un espíritu que es tan vigoroso como delicado. Por eso consultan muchos al abate Multi, aunque no lo hagan siempre por seguir sus consejos. Gracias a su ruda dialéctica, disfrutan de la satisfacción intelectual de ver claro, antes de introducirse en

una niebla propicia a los acomodamientos, y experimentan un placer verdadero en que les jalone el camino que deben seguir, aunque no piensen hacerlo. Gozan así, a la vez, de las ventajas de los que están en el error, y de la satisfacción de los que saben que tienen la razón.

En cuanto a mí, siempre que tropiezo con un asunto difícil u oscuro acudo enseguida al abate Multi, y me tranquilizo solo con ver aparecer en la puerta su alta y proporcionada figura, que ya empieza a inclinarse, y su rostro escultural rodeado de una magnífica cabellera gris, e iluminado por unos ojos escrutadores de mirar profundo.

Las inocentes originalidades de buena ley que ha desarrollado en él su habitual y estudiosa soledad son, para mí, otro atractivo más. ¡Qué placer siento al encontrar un hombre que no esté troquelado en el molde común, que no se parezca a todo el mundo! Y la reconocida aspereza de mi carácter y mi inveterada misantropía me hacen apreciar mejor la franqueza sin reservas y el pensamiento ágil y preciso de mi competente interlocutor, aunque, a veces, me proporcionen algún pequeño arañazo.

Precisamente, me sucede esto al empezar la entrevista, pero yo tengo la culpa por

abordar al teólogo con un tono ligero, bien poco a propósito para las circunstancias, que parece molestarle inmediatamente.

—Figúrese usted, señor abate, que, desde el primer contacto que los “Etudes Carmélitaines” me han proporcionado con Sata-nás, tengo un gran deseo de conocerle más íntimamente, y me he atrevido a pensar que usted aceptaría el papel de introductor...

Me lanza un mirada torva y sonriendo friamente:

—Si usted desea ir al Diablo, no cuente conmigo para acompañarle. Le está permitido ir sólo, y estoy cierto de que no encontrará dificultades en el camino. ¡Buen viaje, pues!

Me excuso, arrepentido, y le explico la pureza de mis intenciones, a la vez que justifico mi proyecto.

—Bien, bien, dice el abate calmándose. Su curiosidad es muy legítima, orientada de esa manera, y debo añadir que también es muy poco frecuente. Un escritor contemporáneo indica, con mucho acierto, el hecho curioso de que los espíritus ocupados con asuntos teológicos, y hasta los mismos teólogos que hablan corrientemente del plan de Dios sobre el mundo, parece que se desinteresan casi completamente de los designios

de Satanás que, sin embargo, son el complemento estricto del primero, desde el punto de vista en que ellos se colocan. Dentro de la lógica de su posición, "la humanidad parece el terreno que se disputan dos estrategias adversarias, tan concertada la una como la otra". Si se mira desde bastante altura y en gran extensión la historia del mundo, se hace evidente, en el orden religioso, que "Satanás persigue con admirable constancia y una pasmosa riqueza de medios, un fin único que es el fracaso y destrucción del Reino de Dios, y el hombre no es un espectador pasivo de esta lucha grandiosa, pues de su consentimiento depende, en definitiva, la victoria de Dios o de Satanás. Y ahí está, indudablemente, la perspectiva más vertiginosa que puede abrirse ante la libertad humana" (1).

Respecto a los que permanecen extraños a este orden de ideas tan elevado, también ellos necesitan enterarse algo de los procedimientos y astucias de la ingerencia demoníaca entre los hombres. Acostumbran a reirse de ella, y un poco de reflexión les haría comprender, tal vez, que harían mejor

(1) P. Rostenne: *Grabam Greene, témoin des temps tragiques*, pág. 139.

en llorar, pues si siempre es peligrosa, a menudo resulta funesta y, a veces, trágica. Es gran locura, y mayor tontería, el despreciarla, y suelo preguntarme qué manía nos lleva, hace mucho tiempo, a considerar al Demonio como un bufón ridículo que siempre acaba chasqueado y apaleado por los que cree que pueden ser víctimas suyas; o a representárnosle más amenazador que malvado, *un pobre diablo*, en el fondo, en vez de ver en él al insaciable verdugo, al espíritu del mal, al “Leo rugiens” de la Escritura, que en ningún caso proporciona materia de risa, y que trabaja sin descanso y encarnizadamente para perdernos.

Hago ademán de responder, pero me lo impide con gesto imperioso, y continúa:

—Y en este absurdo juego, basado en una presunción y un orgullo bastante bajos, somos nosotros los engañados, y nos arrojan entre sus garras en ocasiones en que creemos confundirle. Al Diablo no se le engaña fácilmente. Es un gran personaje, un alto arcángel que, a pesar de su decadencia, recuerda su antiguo esplendor, y no ha perdido toda la excelencia de su primera naturaleza, ni mucho menos. Este es un asunto que Bossuet subraya con insistencia en sus dos sermones sobre los demonios. “La noble-

za de su ser es tal, escribe, que los teólogos apenas pueden comprender cómo ha podido encontrar sitio el pecado en una perfección tan eminente." Por su poder, los llama Tertuliano *magistratus saeculi*, y San Pablo ve en ellos esencialmente "malignos espíritus" *spiritualia nequitiae*, lo cual supone claramente que sus fuerzas naturales no han variado, sino que las han convertido en maldad por su rabia desesperada.

Cuando en el Evangelio se denomina a Lucifer el Príncipe de las Tinieblas o el Arconte de este mundo, no es una figura retórica solamente, sino un título que corresponde en realidad a un poder verdadero y temible, a una potencia que es tan peligrosa por su perversidad como por su fuerza. Ciertamente es que Lucifer no resulta invencible, y que, a pesar de la superioridad intrínseca de su esencia, puede ser derrotado por los hombres, pero esto sucede, solamente, con la ayuda de Dios.

La Teología admite que el porvenir le es desconocido, y nos valemos de esa ignorancia para hacerle aparecer engañado y perseguido. Pero, ¿acaso conocemos nosotros lo futuro mejor que él? y ¿podemos jactarnos de manejarle o dominarle en ese terreno? ¡Cuánto más eficaces son sus armas que las

nuestras! Espíritu celestial, inteligencia lúcida, luminosa, inmensa, Satanás penetra como jugando los secretos de la naturaleza que a nosotros tanto nos cuesta descubrir, y mientras creemos tenderle trampas ingeniosas, en nuestra ridícula soberbia, es él quien nos hace caer en las suyas.

—Personalmente estoy completamente de acuerdo con su idea, respondí; pero mi joven contradictor de ayer, y otros muchos que se le parecen, ¿no le reprocharán a usted el dar vida a simples abstracciones y realizar hipótesis para comodidad de su discurso? Lucifer y los millones de diablos sobre los que él reina, ¿no serían, según ellos, la personificación de nuestros vicios y malas tendencias, sin otra existencia propia y distinta y otra voluntad perversa y malhechora más que las que nosotros les prestemos y...?

Sin dejar terminar mi tímida objeción, el señor Multi la barre con su índice vengador y toma otra vez la palabra.

—Su joven contradictor y los que se le asemejan, dice tajante con su acostumbrado rigor, son unos ignorantes y unos imbéciles.

Y al notar mi instintivo sobresalto, repitió:

—Sí; digo bien: ignorantes e imbéciles, pues por su falaz apetito de positivismo y

de objetividad, como ellos dicen, no se dan cuenta de que responden con vaciedades a certezas ya establecidas; rompen irreflexivamente con creencias universales multiseculares—que ellos mismos profesan, a veces, en teoría—, y hacen infinitamente más difícil, si no imposible, de explicar la extensión gigantesca del mal en el mundo, lisonjeándose de volverla más clara y accesible.

—Además, si su amigo es católico o, al menos, cristiano, no puede escoger. La Revelación no nos presenta a Lucifer como una hipótesis discutible, sino como una terrible realidad. Sea que se revele contra Dios o que arrastre a la desobediencia y al mal a nuestros primeros padres; que atormente a Job o reciba permiso para tentar al Salvador, el inspirado escritor nos le muestra siempre como un ser bien determinado, dotado de cualidades eminentes en grado sumo, encaminadas deliberadamente hacia el mal y furioso para hacer daño a los hombres.

No podemos optar por la afirmación o la negación. Hay que aceptarlo o renegar de la fe. En la epístola a los efesios, en la que muestra a Satanás y a las potencias infernales trabajando en las personas de los hijos de la iniquidad, San Pablo previene a los fieles de que “no es nuestra lucha en esta

vida solamente contra los hombres de carne y sangre, sino contra los príncipes y potestades de ese mundo tenebroso, contra los espíritus malignos que andan por los aires”.

Y yo añado, continuó, que en estas afirmaciones no hay nada que resulte extravagante ni poco razonable, sino que están conformes con las tendencias inmemoriales del género humano que en todas las épocas ha creído en la existencia de poderes maléficos esparcidos por el mundo. Y algunos pueblos, hasta se han imaginado una especie de dios del mal, antagonista del Dios del bien, empeñado contra éste en una lucha en la que están equilibradas las fuerzas, aproximadamente. Esta es, por ejemplo, la idea central del mazdeísmo. Los judíos han admitido en todo tiempo, la acción de agentes maléficos intermediarios, inferiores a Dios, pero más poderosos que los hombres, que llaman *schedim*. La Biblia llama, expresamente, *Satán* al enemigo del género humano, al cual permite el Señor alguna vez probar a sus mejores servidores, y el Nuevo Testamento, así como la doctrina de la Iglesia, están de acuerdo completamente, como ya dije a usted, con esta tradición.

Además, no son tan raras las manifestaciones personales del Demonio, y usted re-

cordará, tal vez, que entre los siglos XIII y XVIII, particularmente en el XVI, hubo una verdadera epidemia de acción demoníaca, de la cual es un eco de los más curiosos la famosa *Demonomanía* de Juan Bodín.

Como yo no pongo cátedra de ninguna materia y no me entusiasma escuchar cursos ajenos, me pareció el momento muy oportuno para detener aquel desbordamiento de erudición que parecía prepararse, y con tono de ingenuidad procuré escamotear dos o tres siglos, diciendo:

—Por desgracia, o felizmente quizá, esta acción es cada vez más rara en nuestros días. No descubro a usted nada nuevo con recordar que los fenómenos considerados antes como propios del demonio han desaparecido casi totalmente en las naciones civilizadas, especialmente en la nuestra, y me imagino...

El abate, nervioso, me corta la palabra:

—No se imagine usted nada, pues en este asunto la imaginación resulta extremadamente peligrosa y engañadora. Dígame, más bien, qué conclusión saca usted de un hecho que, al menos por una parte, reconozco materialmente exacto.

—Pues deduzco de ello, que muchas manifestaciones que se creían diabólicas, si no la totalidad, llevaron esa etiqueta por efec-

to de una ignorancia que los progresos de la ciencia, especialmente de la medicina nerviosa, disipa cada día más, y que acabarán por eliminar. La evolución parece evidente en ese aspecto.

—De una evidencia deslumbradora que ofusca los ojos, salta el señor Multi, con tono irritado. Sí, los ciega, porque impide la visión clara e imparcial de las cosas hasta en los observadores que se esfuerzan por permanecer imparciales. y rectos. Como usted es de éstos, por lo general, le hago esta pregunta con una franqueza que le parecerá casi brutal, por lo que le ruego me dispense, si es necesario: ¿finge usted ingenuidad esperando engañarme, o asume, sutilmente, el oficio de abogado del Diablo,

Algo resentido, contestó con cierta amargura:

—Si usted lo desea, optaremos por la hipótesis menos desagradable, pero al hablar como he hablado, creo hacerme intérprete de muchas personas que no son imbéciles y que me parecen de absoluta buena fe.

Mi interlocutor se calma y responde con tranquilidad:

—En ese caso, merecen que se les oriente. Hasta es posible que pequen, más que nada, por ignorancia, y entonces hay que recordar-

les /como preámbulo algunas nociones elementales del problema, pero antes tengo que ordenarlas.

—¿Tiene usted inconveniente en que reanudemos mañana esta conversación?

II

Un poco resentido aún por la aspereza con que fui tratado ayer, llego a la cita dada por el abate Multi. Casi había pensado no venir, diciéndome que este excelente hombre no tiene gran amenidad y hasta le falta algo de unción sacerdotal, y, sin embargo, me encontré, sin apenas darme cuenta, llamando a la puerta de mi poco agradable interlocutor. Después de todo, ¿por qué tomar en serio sus rudas maneras, si yo sé que bajo esa corteza se oculta un corazón bondadoso, y la materia de que se trata tiene suficiente importancia para justificar un pequeño sacrificio de amor propio?

Por otra parte, el irascible controversista de ayer, está hoy sumamente amable y sonriente. Acaso se ha dado cuenta de que mis preguntas no eran dictadas por la ligereza,

el escepticismo o una vana curiosidad, y de que yo tenía verdadero deseo de saber, si es que puede saberse algo preciso en ese oscuro terreno. Tiene una mano colocada sobre cierto número de libros de varios tamaños, y parece satisfecho por volver a tomar la palabra, cosa que, según algunos, le agrada con algo de exceso.

—Voy a verme obligado, empieza diciendo, a exponer algunas nociones que debía suponer ya conocidas, pero la experiencia me ha demostrado que no lo son, ni siquiera por muchos católicos que figuran como personas instruidas. Estas cosas no pertenecen al run-run diario, y no falta entre ellos quienes se forman en estos asuntos, y por los motivos más fútiles, ideas completamente en desacuerdo con las admitidas por la Iglesia, y hasta con las soluciones a que puede llevarnos, con sus propias fuerzas, la sola razón natural.

¡Ah! León Bloy no se equivocó al escribir, durante una de esas crisis de exasperación en que le sumía con frecuencia el espectáculo de la decadencia religiosa contemporánea: “Nuestra decrepitud es tan profunda, que ni siquiera sabemos que somos idólatras”. Y, muy próximo a nosotros, Lecomte du Noüy le sirve de eco exacto al escribir

esta observación, verdadera entre muchos errores: "El antropomorfismo y el paganismo más pasmoso se revelan en el ochenta por ciento de los buenos católicos". Y usted tendrá pruebas numerosas de esto en el curso de nuestras entrevistas.

—¿De nuestras entrevistas, dice usted, señor abate? ¿Debo entender con eso que piensa hacerme una exposición completa y *ex cathedra* acerca del Satanismo? Pues le oíre con gran interés, pero no me hubiera atrevido a solicitarlo.

—¡Lo sé bien, pardiez!, y no pienso entrar en un estudio detallado que nos retendría varias semanas. Pero, al menos, ya que se presenta la ocasión, permítame hacer un compendio de cierto número de ideas importantes.

—Escucho a usted, le contesto acomodándome en la butaca.

Y el hombre queda tan satisfecho de haberse asegurado un auditorio dócil que, contra su costumbre, pone a mi disposición una repleta caja de cigarrillos, olvidándose de que no fumo.

—Así, pues, empieza el hábil disertador, dejaremos a un lado desde el principio, si a usted le parece bien, como insoluble y sin mucho interés para nuestros pro-

pósitos, la cuestión tan movida en otros tiempos del número de espíritus malos que andan por el mundo. Sabemos que hay muchos, porque la Biblia nos dice que Lucifer, jefe de los ángeles rebeldes, arrastró una inmensa multitud en su caída. Anotemos, de pasada, por lo curioso del hecho, que el antiguo demonólogo Juan de Wier, del siglo XVI, llega, por cálculos más o menos ingeniosos o extravagantes, a inventariar en la monarquía diabólica, 72 príncipes y 111 legiones, cada una de 666 satélites, o sea un total de 7.405.926 diablos.

—No son muchos, digo sonriendo. Al contemplar el mundo, yo creería que hay uno por lo menos, si no son varios, para cada uno de nosotros.

—Otros autores y teólogos cuentan seis géneros diferentes: ígneos, aéreos, terrestres, acuáticos, subterráneos y lucifugos, lo que, tal vez, no está tan mal observado. Pero continuemos. Sabemos por el Evangelio que los demonios que obedecen a Satanás y se dedican a nuestra pérdida con verdadero encarnizamiento, se llaman legión, y esto basta para ponernos, razonablemente, en guardia contra su poder y contra la infinita diversidad de los ataques que pueden dirigirnos. Sin embargo, por variados que éstos sean, no pueden,

al parecer—y este es un punto sobre el cual convendría insistir—efectuarse más que de dos modos distintos. O, más exactamente, tal vez, la empresa diabólica procede según una progresión lógica, que puede conducirla desde un trabajo de revestimiento cada vez más avanzado, hasta una victoria completa por la destrucción y avasallamiento total del paciente, que es lo que se llama la posesión, hablando con propiedad. Pero todo esto exige mayor precisión y explicaciones más detalladas.

En primer lugar, y el hecho es de fácil comprobación para cualquiera que practique de modo elemental la introspección personal, cada uno de nosotros es objeto de una “obsesión” constante e ininterrumpida que tiende a disminuir o quebrantar nuestra resistencia al mal, y a hacernos sucumbir por motivos más o menos especiosos. La teología ha visto siempre en ello una acción demoníaca, el esfuerzo inteligente y persistente de una potencia maléfica. Ante Satanás y sus secuaces nosotros representamos el lugar de una plaza perpetuamente sitiada que se esfuerza por reconquistar, envalentonados por la primera rendición, que fué el pecado original. No olvidemos que esto sucede de nuevo cada día, y que el mal nos rodea y so-

licita por todas partes, abiertamente o por medios más o menos disimulados, sin darnos tregua.

El cuidado de una precisión mayor ha conducido a los teólogos a distinguir varios aspectos de la obsesión. Su estudio coincide aquí en muchos aspectos con el de la Medicina, porque la obsesión mental o psicológica que especialmente nos interesa está relacionada estrecha y frecuentemente con el estado fisiológico del sujeto considerado. En seguida volveremos a encontrarnos con esto.

La demonología conoce varios grados y diversas especies de obsesión que no corresponden, tal vez, a diferencias específicas verdaderamente marcadas, pero que permiten, por lo menos, cierta clasificación cómoda y mayor claridad en la exposición.

Hay, en primer lugar, la obsesión ordinaria, la que se ejerce con tentaciones y turbaciones que no exceden del término medio corriente de las sollicitaciones perversas de nuestra naturaleza. Puede estar más o menos agudizada, pero no es irresistible y no se manifiesta por desórdenes somáticos evidentes y graves. Al contrario, la obsesión extraordinaria aparece con un carácter taimado e insolente, hipócrita o brutal, siempre profundamente maléfico, que parece sobrepasar las posibili-

dades propias del sujeto y revelar la acción de un poder malo superior. Con frecuencia se traduce por fenómenos psicológicos de orden patológico, y los obsesos de esta categoría, en muchos casos, se confunden con los enfermos.

Varios autores contemporáneos hablan, igualmente, de obsesión interior y obsesión exterior, que llaman, también, infestación. "Esta, nos dice el P. de Tonquédec, consiste en acontecimientos que se suceden al exterior de las personas: ataques dirigidos exteriormente contra ellas, como golpes o sacudidas; ruidos, rotura o mudanza de objetos; producción de realidades materiales que son el objeto de verdaderas sensaciones. Es lo que los místicos llaman *visiones sensibles*, es decir, aquellas cuyo objeto, producido sobrenaturalmente, existe y se encuentra al alcance de los sentidos.

La obsesión interior comprende, al contrario, los fenómenos subjetivos, como visiones imaginarias, impulsos anormales a cometer malas acciones, etc." (1). No hay más diferencia entre las tentaciones ordinarias y la obsesión interior, dice Ribet, que el carácter de vehemencia y de duración. Puede con-

(1) J. de Tonquédec. *Les Maladies nerveuses ou mentales et les manifestations diaboliques*, pág. 129.

jeturarse su existencia, aunque sin que esto produzca certidumbre, cuando la turbación del alma es tan violenta y tan obstinada la inclinación que la empuja al mal, que para explicarla es necesario suponer una excitación extrínseca, aunque nada la revele exteriormente.

Para los espíritus más cuidadosos de analizar, el caso de obsesión interna se distingue de la posesión en que el poder malo no está presente en el cuerpo del paciente.

Otros ven ahí un delirio cenestopático en el que la personalidad del individuo se obnubila más o menos completamente y cede el sitio al espíritu maligno. El resultado final es la disociación de la personalidad con desdoblamiento del pensamiento y de la voluntad y avasallamiento del cuerpo del paciente por el ocupante, que se supone infernal. En esta acepción, el término obsesión no tiene sentido especial propio; se toma de modo muy general. Es lo que hace el Ritual romano, que llama a todos los posesos: *obsesi a daemónio*.

Es, tal vez, mejor y más claro emplear el vocabulario más detallado, con la condición de no perder de vista que los fenómenos demoniacos tienen una unidad fundamental profunda y sólo se diferencian por sus gra-

dos, no por su naturaleza. La misma posesión se presenta con aspectos poco diferentes.

El nombre de posesión, y cito de nuevo al P. de Tonquédec, está bien reservado siempre "a la invasión despótica del cuerpo humano por el demonio, que reside en él como una segunda alma, contrarrestando la acción del alma personal, dominando en su lugar y sirviéndose de sus órganos naturales" (1). Pero la reflexión y la experiencia parecen probar bien que existe una especie de posesión sosegada y tranquila en la apariencia, difícil de descubrir exteriormente, porque se realiza por una especie de horrible acuerdo entre el demonio y el paciente. A esta cohabitación aceptada o consentida, yo le daría gustosamente el nombre de ocupación diabólica.

Y en el grado más elevado, o si usted prefiere, en el más bajo, está la posesión, propiamente dicha, en el estado paroxístico con manifestaciones exteriores sorprendentes, que describe, entre otros muchos, el Dr. Vinchon. "El perseguido, nos dice, se ve forzado a hablar, a injuriar, a burlarse, por el ser que le atormenta. También le obliga a andar, correr, a pegar, a cometer acciones malas, a ve-

(1) J. de Tonquédec: *Obra citada*, p. 120.

ces, a suicidarse, a violencias con los seres más queridos" (1). Por su parte, el P. Tonquédec añade: "Está asediado, con frecuencia, de imágenes o visiones terroríficas o impuras, lleno, a su pesar, de odio contra Dios y las personas a El consagradas, sumido en la desesperación, convencido de su reprobación, etcétera" (2). Este estado manifiesta una perturbación psicomotora intensa y demuestra disociación completa de la personalidad, en la cual, un control enemigo exterior, sustituye al dominio normal del individuo sobre sus ideas y sus actos.

En el aspecto propiamente teológico, tomando el análisis de un autor que ha estudiado la materia con especialidad, la posesión, tal como la Iglesia la entiende, exige dos elementos: que haya verdaderamente presencia del Demonio, ocupación efectuada por él del cuerpo del poseo, en otros términos *inhabitación*, y en segundo lugar, que el espíritu maligno ejerza dominio real sobre este cuerpo y por medio del cuerpo, sobre el espíritu y las facultades que de él dependen, así como un imperioso efectivo en el alma del paciente, cuya actividad él sustituye por más o menos tiempo, y viene a ser, en su lugar, el motor

(1) Garçon et Vinchon: *Le Diable*, p.ª 159.

(2) J. de Tonquédec: *Obra citada*, p. 10.

de los miembros y de las operaciones intelectuales.

—Pero, señor abate, salté yo, ¿por qué se empeña usted tanto en ver la intromisión del Diabolo en manifestaciones que, la mayor parte de las veces, pertenecen sencilla y exclusivamente a la psiquiatría, pues son neurosis, histerismos o formas de locura catalogadas y clasificadas con toda precisión? Los progresos de la ciencia médica y, especialmente, de las enfermedades nerviosas, han permitido devolver su carácter natural a bastantes hechos que, por falta de explicación adecuada, se consideraban antes sobrenaturales o, al menos, preternaturales. ¿No existe un verdadero peligro para la Iglesia en este empeño por ver algo diabólico donde no hay otra cosa que desequilibrio, y posesos en aquellos que sólo son unos enfermos?

Y aún voy más allá: Tal actitud, ¿no está inspirada en una enojosa hipocresía? ¿No será que la Iglesia procura así salvaguardar su influencia y conservar aparentemente sus posiciones, porque comprende, en realidad, que se van haciendo insostenibles? La prueba es que cada vez se acude menos a los exorcismos y más a los tratamientos psiquiátricos para los enfermos mentales. Hace poco citaba usted a León Bloy, que tiene el mérito de

haber dicho, y hasta gritado, muchas cosas que, de ordinario, nadie se atreve nada más que a insinuar o murmurar. En esto sí que me parece que ha puesto el dedo en la llaga en varios lugares de su Correspondencia y de su Diario, y en *Le Mediant ingrat*, por ejemplo, se lee: “Los sacerdotes no hacen uso de sus poderes de exorcistas, porque les falta la fe y porque, en el fondo, tienen miedo a disgustar al diablo.” Y más todavía, “¿qué párroco o qué religioso encontraría muy natural el que le avisaran con preferencia a un médico para un caso de histerismo, de catalepsia o de epilepsia? Al uno y al otro les parecería esto ridículo o temerían el tener que habérselas con los hombres o con el Diablo. Este clero sin fe, casi ni sabe ya qué poderes le ha dado Dios” (1).

Si, prácticamente, los sacerdotes ya no emplean los exorcismos, es porque ahora no creen en la realidad de la posesión por el Diablo. Pero, si no creen, ¿qué motivos tienen para hacerme creer en ella o para que yo crea que ellos siguen creyendo? Participo de la opinión de León Bloy, y confieso a usted que me parece ver en eso una duplicidad que me escandaliza, y sobre la cual me gustaría

(1) León Bloy: *Le Mediant ingrat*, p. 179.

muchísimo oírle a usted alguna explicación.

Desde el principio de mi erupción, el abate ostenta una sonrisa burlona, y cuando calló, me pregunta con voz muy tranquila, en la que yo noto una ironía mal disimulada:

—¿León Bloy es la única autoridad para usted en esta materia, o su manera de ver se apoya en otros autores tan calificados, o más, que él?

—¿Es necesario, replico yo, enfrascarse en oscuras y sabias disertaciones para proponer hechos públicamente notorios y unánimamente reconocidos, que sólo algunos tímidos no se atreven a comentar o unos pocos retrasados se deciden a discutir o a negar?

—Amigo mío, continúa el señor Multi, sin dejar de sonreír: sin duda le ha sucedido a usted en sus trabajos científicos, y con justa razón, el quitar toda importancia a adversarios, que, para sostener su tesis, no aportaban, sobre los puntos de controversia, más que prejuicios, invocaciones a la opinión del vulgo, argumentos sin fundamento y ninguna información sólida e imparcial. Usted les haría notar que semejante forma de dialéctica no presenta ningún valor, aunque actualmente se halla muy extendida. Pues bien, en el asunto que nos ocupa ahora, ¿ha leído usted, no digo grandes obras teológicas, que

no son de uso corriente entre los profanos y los no iniciados, sino algún libro de los más elementales de vulgarización? Por ejemplo, la obrita del P. de Tonquédec, a la que ya me he referido varias veces; el reciente folleto de Garçon et Vinchon, sobre *El Diablo*, o siquiera el excelente resumen de Mons. Wafelaert en el *Dictionnaire apologétique de la Foi catholique*, que están al alcance de cualquier seglar instruido que tenga la precaución de no hacer el ridículo hablando de lo que no conoce.

Me hace el efecto de que esta última frase, verdadera flecha de partho, va dirigida a mí, particularmente, pero confieso que me corresponde, porque no he leído ni una sola de las obras que acaba de citarme. Me encuentro desairado y procuro salir del paso, respondiéndole:

—¡Bah! Si no se pudiera hablar más que de lo que se entiende bien, el silencio reinaría por casi toda la tierra. Los ignorantes que usted critica, señor abate, son la inmensa mayoría, por no decir la casi totalidad, de los fieles de buena voluntad. Considéreme, pues, a mí como a su representante, y figúrese que yo no conozco ninguno de los trabajos a que usted acaba de referirse. A través de mi modesta persona sacarán provecho de

sus doctas explicaciones todos los que hablan sin saber lo que dicen.

He soltado el párrafo con una falsa desenvoltura, pero el señor Multi no es un inocente, y adivino que se está divirtiendo en grande a costa mía. Mas, ciertamente, es una bella persona, porque en vez de aprovecharse de su ventaja, finge tomar en serio mi deplorable estratagema.

—¡Así sea! Pero entonces necesitamos otra sesión para aclarar las objeciones de las cuales usted se ha hecho benévolo intérprete, porque exigen una preparación algo delicada, aunque no difícil, que reclama nociones bastante exactas. Vuelva usted por aquí mañana.

III

Vuelvo, en efecto, al día siguiente, y sin hacer ninguna alusión a la escaramuza en la que representé, la víspera, triste papel, el abate Multi comienza en seguida, cotejando, a veces, algunas notas, o echando una mirada para recoger un pasaje, a los libros abiertos sobre la mesa.

—Si usted quiere, podemos considerar los tres puntos principales que bastarán para aclarar la materia: ¿Existe, verdaderamente, la posesión? ¿Deben ser exorcisados todos los que presentan desequilibrios nerviosos muy grandes? Suponiendo que la primera pregunta reciba una respuesta afirmativa, ¿cuáles son las causas de la aparente escasez actual de la posesión?

En lo que concierne al primer punto, antes que nada, hay que desbrozar el terreno y

delimitarle bien. Usted sabe *grosso modo* que dos opiniones contrarias no pueden ser verdaderas al mismo tiempo. Según la primera, que es la más extendida, no existe, o no existe en la actualidad, la posesión, sino solamente grandes enfermos mentales enjuiciables, únicamente, por la medicina o, si es necesario, por la cirugía cerebral, y, para decirlo con más precisión, los histéricos, esquizofrénicos, epilépticos y catalépticos. Esta es la idea que expresa de manera realista el Dr. Legué, por ejemplo, en la conclusión de su libro: *Urbain Grandier et les Possédés de Loudun*, publicado en 1884. “La ciencia, escribe, ha sacudido en la actualidad el yugo de la teología, y no admite ya el recurso a influencias divinas o diabólicas. Hace tiempo que maestros ilustres estudian esas singulares afecciones neuropáticas que antes se consideraban sobrenaturales, y, gracias a sus trabajos, al impulso y dirección que ellos han dado a las investigaciones contemporáneas, Satanás, el ser imaginario, ha desaparecido completamente; su lugar pertenece, sin discusión, a una realidad científica. Los histéricos, como todos los enfermos, necesitan del médico, en vez del sacerdote o del fraile exorcista...”

La otra manera de ver, completamente

opuesta, y muy rara en su fórmula más precisa, se halla, expresa o implícita, en las aserciones de León Blòy que usted ha citado, y la sostienen también, fuerza es decirlo, algunos exclesiásticos. Podemos resumirla diciendo que no hay enfermos nerviosos graves o avanzados, sino solamente obsesos o posesos que caen bajo el dominio de los exorcistas, y si alguno se encuentra con alguno de esos desequilibrados, está indicado llamar al sacerdote antes de acudir al médico.

La opinión de León Bloy honra más a su fe que a su perspicacia, a su sentido crítico y a su prudencia; y aun apreciando en su justo valor, que es grande, a este genial vocinglero, me veo obligado a hacer constar que se ha dejado arrastrar a cometer, en esto, una verdadera tontería y una peligrosa inconsecuencia. Difícilmente se le pueden encontrar excusas o circunstancias atenuantes, porque conoce a fondo la historia evangélica y, por consiguiente, sabe muy bien que Cristo y los Apóstoles hicieron muy claras distinciones entre los posesos y los enfermos. A los unos, exorcizaban, y a los otros, curaban o consolaban sin la menor alusión a cualquier inhabitación de los demonios que los hubiera reducido a esclavitud, y esta es la actitud del sentido común. Ella debe dictar la nuestra

que será intermedia entre las dos proposiciones extremas que acabamos de presentar. Puede formularse de esta manera: no es verdad que todos los pretendidos posesos u obsesos sean realmente epilépticos, histéricos o catalépticos, pero es cierto que algunos que aparentan esas enfermedades, son, en realidad, obsesos o posesos.

Debo hacer notar, de pasada, que es completamente inexacto afirmar que la Iglesia ve posesos por todas partes y se esfuerza en extender cuanto puede los dominios de la posesión, para tener ocasiones de intervenir y de perturbar su influencia, quíerase o no se quiera. Mons. Waffelaert demuestra que los teólogos, desde el siglo XVI, principalmente el P. Thyrée; la autoridad eclesiástica, sobre todo el Papa Benedicto XIV, y el Ritual Romano, en la parte *Obsessi a daemónio*, se han preocupado siempre de distinguir los simuladores o los simples neuróticos, de los verdaderamente poseídos por el Demonio, y recomiendan, expresamente, que no se acuda a los exorcismos más que en el caso de que hayan fracasado los medios naturales. El *Ritual*, expresamente, pone en guardia a los sacerdotes contra una imprudente credulidad: *In primis, ne facile credat aliquen a daemone obsessum esse, sed nota habeat ea signa*

quibus obsesus dignoscitur ab iis qui atrabile vel morbo aliquo laborant.

Y esto nos conduce a las señales de la posesión. Se imagina, generalmente, que se halla uno ante un poseso, cuando se encuentra a un desgraciado que parece haber perdido el juicio y se entrega a gestos y contorciones espantosas, blasfemias horribles y aullidos o imprecaciones absurdas. La Iglesia es mucho más severa; no se detiene en tales manifestaciones, por espectaculares que aparezcan. Hace una crítica severa de las señales de la posesión y aparta las que pueden tener una explicación natural. Tanto es así, que el P. Thyrée, en su *De Daemoniacis*, que data del año 1598, distingue, entre varias categorías de signos: los que hay que rechazar; los que, siendo de dudosa importancia, deben recogerse para su examen, en ciertas circunstancias, y los que pueden considerarse como ciertos.

De los primeros, forma una lista con doce que no deben tomarse en consideración. Estos son: "la propia confesión de algunos que están íntimamente persuadidos de que son posesos...; la conducta, por perversa que sea...; costumbres salvajes y groseras; un sueño pesado y prolongado, y las enfermedades incurables por el arte de los médicos, como también el dolor en las entra-

"ñas...; la malísima costumbre de algunas
"personas de tener siempre al Diablo en la
"boca...; los que en ningún sitio se creen se-
"guros, sintiéndose molestados por los espíri-
"tus, en todas partes...; los que invocan a los
"demonios, conocen visiblemente su presen-
"cia, y son levantados por ellos...; la furia...;
"la pérdida de la memoria...; la revelación
"de cosas ocultas". Y añade como desprovis-
tas también de significación decisiva, la cegue-
ra, la sordera, la mudez y la crueldad contra
el cuerpo propio o el ajeno.

El P. Thyrée no se niega a admitir que alguna de esas manifestaciones pueda emanar del Príncipe de las Tinieblas, y no se opone a su examen, si las circunstancias hicieran verosímil la suposición de una actividad diabólica. Dice, sencillamente, que no le parecen indudables, y no les da otro valor más que el de meras suposiciones. Sólo retiene, prácticamente, un corto número de señales consideradas como verdaderamente reveladoras de una intervención demoníaca.

El *Ritual* adopta este mismo criterio, pues sólo enumera tres, sin rechazar, sin embargo, que se pudieran considerar algunas otras:

1.^a) *Ignota lingua loqui pluribus verbis*. Nótese la exigencia del texto, que no se contenta con palabras aisladas, sino quiere que el pa-

ciente haga la prueba de que habla o entiende bastante, idiomas que no ha aprendido.

2.^a) *Distantia et occulta patefacere.*

3.^a) *Vires supra aetatis seu conditionis naturam ostendere.*

Intrínsecamente, estos tres casos parecen inexplicables e irrealizables por las fuerzas personales de un individuo, y exigen una intervención extra-natural; pero esta intervención, considerada en sí misma, lo mismo puede ser de orden divino que diabólico. Se exigirá, pues, una condición que dependerá de las circunstancias del fenómeno: es preciso que la actividad del paciente se ejerza sin un fin razonable y hasta por motivos culpables, como por ejemplo, el injuriar a Dios o hacer daño al prójimo.

Y no es esto todo. Salvo excepción, impuesta por la evidencia, el *Ritual* no atribuye valor plenamente demostrativo a esas señales, si no se manifiestan reunidas, reforzándose mutuamente o corroboradas por otras que aisladas son insuficientes, pero que, agrupadas, adquieren mayor valor. Por lo cual, añade:

et id genus alia, quae cum plurima occurrunt, majora sunt indicia.

En esta cuarta categoría podrían clasificarse, siempre con las mismas condiciones,

las suspensiones, las levitaciones (1), los transportes por los aires contrarios a la ley de la gravedad, que se verifican, frecuentemente, en los casos de posesión, y, en cambio, no figuran en la sintomatología de las neurosis avanzadas. Algunos autores ven en ello, con el desarrollo de fuerzas físicas sobrehumanas en un cuerpo humano, una de las señales ciertas de la inhabitación diabólica. Otros no quieren considerarlo más que como una conjetura muy seria que puede tener un valor determinante si se junta a otras pruebas. Y el *Ritual* se detiene aquí, con una actitud de perfecta prudencia.

¿Desea usted pedirme alguna explicación suplementaria acerca de este primer punto?

—A fe mía que no, le digo. He escuchado a usted con el mayor interés, y ya usted ha previsto las objeciones que podrían ocurrírseme. En la exposición que acabo de oírle he encontrado motivos para variar mi opinión, que era, lo confieso, precipitada y aventurada. Ahora veo bien que si se pudiera hacer algún reproche a la Iglesia sería el de reser-

(1) Como todos los lectores de este libro no lo habrán sido de alguno que trate de espiritismo, no creemos ofenderles al explicar que la palabra levitación, que no figura en el Diccionario de la R. Academia Española, significa que un cuerpo se levante y permanezca en el aire sin que nada ni nadie le sostenga, contradiciendo a la ley de la gravedad.—(N. del T.).

va, mejor que el de presunción; el de retraerse, antes que el de acaparamiento. Es completamente contrario a la creencia general, que resulta falsa en este punto como en tantos otros, y me explico que muchos médicos concienzudos acepten y reclamen expresamente la colaboración del sacerdote, cuando su ciencia y su arte se les muestran tan deficientes. También me doy cuenta de que si los exorcistas emplean tan rara vez sus poderes, no es por falta de fe.

—En eso no hacen más que obedecer a la disciplina eclesiástica, cuyas prescripciones se fundan en un sabio discernimiento. El exorcismo es, en efecto, el supremo recurso para liberar a los desgraciados posesos; pero esto no autoriza, de ningún modo, para emplearlo a la ventura, ni aun en los casos dudosos, con el pretexto de que si no sirve de provecho, tampoco puede hacer daño.

Ciertamente que puede extrañar la extremada facilidad y la frecuencia con que se acudía al exorcismo en la primitiva Iglesia, y de la eficacia, en cierto modo, fulminante que manifestaba, lo mismo que el espíritu de ardiente fe que suponía. Mire usted, se interrumpió el Sr. Multi, abriendo por la página señalada uno de los libros preparados sobre la mesa, permítame leerle este pasaje tan

sorprendente de Bossuet, en el segundo *Sermón sur les Démons*:

“Señores, dice el sublime orador, escuchad a Tertuliano en su admirable *Apolo-gétique*. Echa en cara a los gentiles que todas sus divinidades son espíritus maléficos, y para hacerlos entender esta verdad, les propone el medio de demostrárselo con un experimento bien convincente. *Edatur hic aliquis sub tribunalibus vestris quem daemone agi constet*. ¡Oh, jueces que nos atormentáis con tanta inhumanidad, a vosotros dirijo mis palabras. Que se me emplace ante vuestros tribunales, pero no en lugar privado, sino a la vista de todo el mundo, y que lleven allí a un hombre que esté realmente poseído del demonio. Digo que esté poseído de veras, y que el hecho sea constante: *quem daemone agi constet*. Que venga entonces cualquier cristiano, no hace falta escoger mucho; el primero de los fieles que se presente allí: *jussus a quolibet christiano*, y si, en presencia de ese cristiano, el demonio no se ve forzado, no sólo a hablar, sino a declararos quién es, confesando su engaño, por no atreverse a mentir a uno de los fieles: *christiano mentiri non audentes*, entonces, señores, fijáos en estas palabras: allí, allí mismo, sin ninguna demora, sin

"más proceso, haced morir a ese cristiano
"imprudente que, de hecho, no ha sabido sos-
"tener una promesa tan extraordinaria: *ibi-*
"*dem illius christiani procacissimi sanguinen*
"*fundete.*"

Semejante desafío dice bastante sobre el poder reconocido al exorcismo en los tiempos antiguos, y nos demuestra que podría practicarle cualquier cristiano.

Poco después, intervino la Iglesia para limitar su uso y le confió a los clérigos, y para demostrar, dice un antiguo teólogo, su desprecio por los demonios, dió este desagradable poder a los ministros inferiores de la jerarquía eclesiástica. Más tarde, la restringió progresivamente, y vigila el empleo que de ese poder se hace, cada vez con más rigor, para remediar los abusos que pudieran haberse cometido y para evitar accidentes enojosos. Hoy en día, da esa facultad a delegados especiales, escogidos entre sacerdotes ya probados, sabios y con experiencia; porque en materia tan delicada e importante, la imprudencia podría tener, nos dice Mons. Wafelaert, graves inconvenientes, tanto para el paciente como para el ministro, "pues el
"exorcismo, por la fuerte impresión que pro-
"duce, puede perjudicar un sistema nervioso
"que ya está alterado, y acabar de trastor-

"narle. Es también un poderoso medio de su-
"gestión y se expone a desarrollar, en un su-
"jeto débil,, costumbres morbosas; además,
"no hay derecho a empelar oraciones sagra-
"das del *Ritual* sin grave motivo; es neces-
"ario que tengan un objeto".

Por su parte, el P. de Tonquédec, cuya experiencia es grande, puesto que ha ejercido durante veinte años las funciones de exorcista, oficial de la diócesis de París, nos hace saber que ese ministerio puede presentar graves riesgos, sobre todo cuando se trata de histéricos muy agitados. El sacerdote no sólo está expuesto a las más groseras injurias y a los mayores ultrajes, sino a tratos que la exaltación paroxística del enfermo puede hacer muy peligrosos.

Y, por fin, la aplicación del exorcismo fuera de su propio dominio, no sólo será estéril, sino capaz, eventualmente, de ridiculizar las ceremonias religiosas sin ningún provecho. Volvamos a escuchar al P. de Tonquédec, contestando a la acusación de León Bloy, repetida ahora con nueva forma contra los sacerdotes que "han perdido la fe hasta el extremo de no creer en su privilegio de exorcistas y de no hacer uso de él", abstención que califica de "horrible desgracia y atroz prevaricación". Con una modestia

que refuerza el valor de su testimonio, añade el Padre: “Yo quisiera que los sacerdotes que profesan esa teoría—algunos hay—, pudieran hacer pruebas de ella. Que recorran los asilos, pronunciando los exorcismos, y veremos el resultado. Y conste que no hablo *a priori*. Al principio de un ministerio, cuya competencia sólo se adquiere con lentitud, cuando yo avanzaba tanteando a través de un terreno vasto e inexplorado, me sucedió alguna vez, lo confieso con franqueza y arrepentimiento, el exorcizar a enfermos. El resultado fué lo que se hubiera podido esperar” (1).

Es necesario añadir—cosa que parece ignorar León Bloy—, que la Iglesia no ha repudiado, de ninguna manera, su antigua tradición. Muy al contrario, como va usted a juzgar, pues cualquier sacerdote y hasta cualquier fiel puede recurrir al exorcismo, si lo creen útil y oportuno. Yo diría que sin duda, por el recrudecimiento comprobado de la influencia diabólica en el mundo, las fórmulas y oraciones han llegado a ser en nuestra época más numerosas y vulgarizadas que nunca. Inútil recordar a usted que León XIII ordenó que todo sacerdote que acaba de cele-

(1) J. de Tonquédec: *obra citada*, p. 204.

brar la misa, tiene que recitar, en unión de los asistentes, una oración que constituye un exorcismo: "San Miguel, Príncipe de la milicia celestial, lanza al infierno, con el poder divino, a Satanás y a los otros espíritus malignos que para perdición de las almas andan esparcidos por el mundo". Esta repetición diaria y constante prueba bien que el Papa deseaba hacernos comprender que la Iglesia está empeñada, al presente, en un combate incesante y más formidable que nunca, con el Espíritu de las Tinieblas.

León XIII publicó o reeditó, además, otras fórmulas de exorcismo: una reservada a los sacerdotes; la segunda, para ser fulminada públicamente en las iglesias, y la tercera, para uso de todos, difundida por orden suya y destinada, según la nota que la acompaña, para los casos "en se puede suponer una acción del demonio que se manifieste ya por la maldad de los hombres, ya por las tentaciones, enfermedades, tempestades o calamidades de *todas clases*".

—Sea así, le he respondido. Sin embargo, no parece que se haya recurrido a estas observaciones, salvo para el ligero exorcismo del final de la misa. El público y solemne sigue siendo rarísimo, y, según hemos visto, acompañado de medidas de prudencia extre-

ma, por no decir excesivas. ¿No se explicarán esas precauciones, al menos en parte, por la escasez de los casos de posesión propiamente dicha? ¿No es este hecho bien comprobado e indudable? Y es también, debo decirlo, uno de los que yo menos comprendo. ¿Cómo puede ser que en una época de extremada decadencia religiosa tal como la nuestra, en la que el mal conoce los triunfos más extendidos y durables, la intervención visible del demonio sea más excepcional que nunca? ¿No será eso mismo una prueba de que muchas de las manifestaciones atribuidas a Lucifer no eran, en realidad, más que fenómenos puramente naturales, cuyas causas nos descubren ahora las ciencias positivas?

—Creo, responde el señor Multi, que usted presenta las cosas con un aspecto demasiado sencillo, y su sorpresa desaparecerá con algunas observaciones.

Es, a la vez, verdadero y falso, que haya, en apariencia, una disminución de las inhabitaciones espectaculares del demonio. Existen, muy numerosas aún, en los países salvajes, y los misioneros nos envían con frecuencia relatos extremadamente circunstanciados de ellas, que no dejan lugar a duda. Donde parecen ser cada vez más raras es en las naciones de civilización cristiana antigua, y son

varios los teólogos que no ven nada sorprendente en estos dos hechos opuestos. Dicen que entre los infieles y paganos, el demonio reina como dueño y señor y somete los hombres a su imperio, mientras que en los que guardan, mejor o peor, los principios del cristianismo, aunque hayan sido secularizados, Satanás se encuentra molesto y combatido eficazmente por los medios espirituales adecuados, y, poco a poco, se ve obligado a ceder el sitio.

Como yo no puedo retener un ademán instintivo de protesta y de incredulidad:

—No crea usted, se apresura a decir el abate, que yo hago mío este razonamiento ni que juzgo serio su fundamento. Pueden presentársele bastantes objeciones, y desdén, sobre todo, el hecho importante a que aludía usted hace un momento. Se le puede contradecir con la comprobación, bien fácil entre nosotros, por ejemplo, de que la eliminación, cada día mayor, de la influencia cristiana en la vida pública del país y en la privada de los ciudadanos, coincide con una regresión de las manifestaciones diabólicas más impresionantes. No podría uno explicarse por qué Satanás no intensificaría sus ataques para conseguir una victoria más rápida y completa. Yo he reflexionado mucho acerca de este pro-

blema y creo entrever una explicación admisible. Pero va a separarnos algo de los caminos trillados que hemos seguido hasta aquí, y nos hará penetrar en un mundo en el que deberemos buscar el descubrir, bajo la égida tutelar de la teología, pero por nuestras iniciativas personales, una verdad generalmente desconocida, ignorada o velada para los mismos que la distinguen o adivinan. Si usted se encuentra con el valor indispensable para la exploración y tiene gusto en buscarla, el próximo día saldremos a la campaña (1).

(1) No se han traducido las frases en latín que abundan en este capítulo: por seguir con fidelidad el original de la obra; porque del texto castellano se deducen con facilidad casi todas las ideas que van en la lengua madre, y porque, si a algún lector que la desconozca le interesare mucho el conocerlas con exactitud, fácil le será encontrar quien se las interprete correctamente. (N. del T.).

IV

—Tengo un placer especial en verle hoy por aquí, me dice el abate Multi al abrir la puerta, porque, en esta fase de nuestras conversaciones, pueden ser muy útiles sus conocimientos de política y de sociología, e ilustrándolos yo lo mejor que pueda, con los recursos que nos proporcionan la metafísica y la teología, no dudo de que descubriremos aspectos sumamente interesantes y sugestivos.

En primer lugar, un punto capital sobre el cual usted ha insistido con razón, y que aún es más necesario destacar cuando se trata de caracterizar la acción de Satanás, es la necesidad de desembarazarnos de una tendencia que parece instintiva a nuestra naturaleza, y es la de formar, en todos los terrenos, conceptos y explicaciones antropomór-

ficas. Ya usted ha señalado lo peligrosa y ridícula que resulta en materia de Statología, en que tuvo las más amplias y funestas consecuencias, y, no nos engañemos, que también resulta funesta en las teorías espirituales y en teología, no solamente entre el pueblo, sino en muchas inteligencias bien cultivadas.

Yo sé bien que es muy difícil, a criaturas de carne y hueso como nosotros, el representarnos qué podrán ser los espíritus, pero es indispensable advertir que si la comparación con la condición humana es lícita y necesaria, prudentemente utilizada, hay que guardarse de trasladar tranquilamente al invisible lo que contemplamos en el mundo visible, Respecto a esto ya me he referido a una justa observación de la Lecomte du Noüy, y la completo ahora con un relato que él añade medio en broma. Nos presenta a aquella excelente y piadosa mujer que, aparte de las oraciones de la mañana y de la noche, no se dirigía a Dios directamente en sus necesidades cotidianas, sino tan sólo a la Virgen y a los Santos, y como le preguntaron la razón de ello, contestó con toda sencillez: “¡Oh!, cómo voy yo a importunar al Buen Dios que tiene tanto que hacer,

para pedirle que me alivie el reuma o que me encuentre el dedal”.

¡Cuántos hay entre nosotros que se parecen a ésta ingenua mujer! Numerosos son hasta los eclesiásticos que, por irreflexión, excesiva sencillez de carácter o por intentar ponerse al nivel de los fieles menos instruidos, halagan esta absurda propensión sin darse cuenta de que conduce derechamente a la idolatría.

Pues, por lo que respecta a Satanás, es exactamente lo mismo. La casi totalidad de los hombres son incapaces de figurárselo de otro modo más que en forma humana o, por lo menos, de animal, y de no atribuirle un comportamiento humano. Ni idea tiene de que pueda adoptar otro disfraz que no sea el de un cuerpo orgánico. Muy pocos se prestan a desencarnarle y a imaginárselo invisible.

Y, sin embargo, si el Demonio puede incontestablemente, tomar forma humana, no es ningún imposible que se oculte en objetos materiales o inmateriales. La iglesia lo reconoce puesto que tiene exorcismos para el agua y la sal; pero lo que nos interesa comprobar aún más, es que el Príncipe de las Tinieblas se disimula también, de muy buen grado y, hasta con preferencia, bajo

el aspecto de *personas morales*, como suele decirse, de *instituciones*, según el término que a usted le agrada más emplear. Se adapta por completo también, o tal vez mejor, a la vida, incompleta en algunos aspectos, y extensa y poderosa en otros, de esos seres de zona media que se parece a la de los hombres, sin serle semejante, y que ofrece posibilidades de influencia mucho mayor que la acción individual.

—¡Ah!, exclamo, abre usted con eso horizontes muy ricos y fecundos.

—No exagere usted, protesta el señor Multi, yo no lo invento; no hago más que señalar contornos más precisos a una idea que ya es antigua, y atraer otra vez sobre ella la atención que se había alejado de esto.

—Tal vez muy antigua, pero bien poco comprendida y utilizada, a pesar de lo importante que es. Me ve usted realmente entusiasmado porque, gracias a ella, alcanzo de un solo golpe de vista numerosas relaciones que antes no descubría, y penetro misterios que permanecían cerrados para mí. ¡Ya comprendo, ya comprendo! ¿Para qué iba el Diablo a acercarse en el cuerpo de cualquier desgraciado, si por las instituciones políticas y gubernamentales, por las leyes y por las costumbres en las que insinúa su espíritu

perverso, puede tan fácilmente orientar a los hombres, por miles y millones, con un movimiento disimulado y casi irresistible, por los caminos de perdición a donde se ingenia para empujarlos? Es muy propio de su alta inteligencia el utilizar para su fines el gregarismo moderno, y aquí tenemos al diabolismo enteramente al nivel de esos famosos progresos de la ciencia con los cuales se pretendía asegurar su desaparición. En vez de proceder como un modesto artesano, Lucifer obra, actualmente, como un gran industrial y realiza en serie su infernal tarea, como usted decía, y con los instrumentos más perfeccionados.

Y esta idea de una obsesión general, oculta e invisible; de una ocupación colectiva política y social permite, mucho mejor que los razonamientos a que usted se refería, el aclarar la aparente anomalía que nos hizo detener al final de la entrevista de ayer. Ella explica luminosamente por qué la escasez de posesiones diabólicas individuales en nuestras sociedades contemporáneas tan des cristianizadas, puede coincidir fácilmente con la intensificación y persistencia de la acción diabólica personal. Es que la inhabitación física violenta resulta cada vez menos útil al enemigo del género humano. Desde que está seguro de no hallar oposición a sus mani-

obras en un ambiente que maneja a su gusto y que le es cada vez más favorable, puede reemplazar con ventaja esa acción espectacular, que está siempre expuesta a suscitar reacciones vehementes, por la simple ocupación de los espíritus y las almas, mucho más insinuante y pausada sin ser menos segura, y que se presta a un contagio más rápido y a extrema difusión.

—Tenga V. cuidado de no avanzar demasiado deprisa en un terreno tan oscuro y terrible, dice suavemente el abate Multi. Sin embargo, hay que reconocer alguna verosimilitud a sus miras.

—Pero permita usted que volvamos a las suyas. La idea general que usted ha despejado me parece, lo repito, completamente exacta y luminosamente sugestiva. Para ponerla en su punto falta, quizá, comprobarla con los hechos, y en este aspecto yo veo, no objeciones fundamentales, sino algunas dificultades y oscuridades. He aquí una, por ejemplo: El mal ha existido en todas las sociedades, cualesquiera que fueran, antes y después de la era cristiana, ¿no es cierto? Y, ¿va usted a decir que el Demonio se ha infiltrado en todas? Puede ser; pero entonces caerá usted en una generalidad banal, y su aplicación a nuestra época no merecería ser

acogida con el sobresalto de satisfacción intelectual que me ha producido desde el primer momento. O bien, según creo, nuestra época presenta, sobre todo en algunos sitios del mundo, caracteres particulares de satanismo: está en estado de obsesión avanzada o hasta de ocupación y de posesión. Mas, ¿cómo hace usted, en tal caso, la distinción, y cómo llega a descubrir una infestación especialmente determinada del Enemigo del género humano? Me dirá que es cuestión de grado más que de naturaleza; pero, ¿no hay mucho de arbitrario y, por consiguiente, de incierto en la apreciación de ese grado? Perdone usted que le presente estas primeras impresiones sin orden, tal como se me ocurren, y en forma rápidamente improvisada; pero es que sus aserciones me producen alguna turbación a la vez que me seducen con fuerza. Comprendo que mis objeciones no son decisivas, pero no veo de momento la respuesta y no dejan de molestarme.

—Es que no son despreciables y merecen ser examinadas, porque son, generalmente, las primeras que se ofrecen al espíritu, responde el señor Multi. Sin embargo, como usted mismo indica, no tienen gran solidez, y empezarán a desvanecerse recordando lo que decíamos el otro día sobre las nociones

de posesión y de obsesión individuales. Repito que no hay que aplicar inconsideradamente a las agrupaciones lo que es verdadero en las personas, pero usted comprenderá que tampoco es necesario, por el entusiasmo del descubrimiento, seguir la contrapista (1) de la posesión actual dando a la idea de la obsesión o de posesión colectiva toda la extensión abusiva que le atribuye, por ejemplo, Simone Weil. Para ella, "lo social es, irreductiblemente, el dominio del diablo", y "el diablo es lo colectivo", porque "el diablo es el padre de los prestigios y estos son sociales". La opinión es la reina del mundo, "la opinión es, pues, el diablo, príncipe de este mundo".

No, lo social no es más que lo individual, "irreductiblemente" el dominio del diablo; pero tampoco está mejor defendido que lo individual contra las empresas diabólicas. Tal vez, hasta se preste mejor, y yo estoy personalmente convencido de que, en las actuales circunstancias, el ambiente social es sumamente propicio a la infestación demoníaca y le proporciona medios de difusión muy eficaces.

(1) Se llama así en términos de caza a la dirección que siguen los perros desorientados en busca del animal, contraria a la que deben seguir. (N del T.)

Evitando todo lo posible las semejanzas u oposiciones prematuras entre lo social y lo individual, ensayemos el comprobar objetivamente las diferencias y las analogías que existen entre las dos formas de posesión.

En todos los tiempos, las agrupaciones de hombres, lo mismo que sus miembros tomados aisladamente, han sido el objeto de las tentativas del padre de todo mal que, utilizando los vicios de nuestra naturaleza caída con ciencia sutil, ha conseguido apreciables victorias. Por su influencia directa o indirecta, los abusos se deslizan insidiosamente, como la serpiente del Génesis, en las mejores organizaciones y las corrompen, las debilitan y hasta consiguen derribarlas o invertirlas. Las instituciones religiosas, las Ordenes y Congregaciones no están libres de estas desviaciones, como se ha visto más de una vez. Con cuánta mayor razón las instituciones de seglares y temporales por las cuales nos interesamos ahora, y, sobre todo, en el mundo pagano, pues ya ve usted que aquí se impone una distinción bastante parecida a la que hacíamos más arriba.

Cuando las instituciones son buenas y sana la estructura, pueden aparecer defectos más o menos graves en la construcción y funcionamiento por el efecto, fatal siempre de

la debilidad humana; pero no se podría hablar propiamente de satanismo mientras que la acción normal del espíritu del mal y nuestras deficiencias personales se estrellen con la resistencia de los principios establecidos por la razón y por la fe y consagrados oficialmente por la autoridad y la costumbre. No sucede lo mismo si las bases fundamentales de la empresa aparecen desde el principio y en su esencia, gangrenadas por groseros errores, por mentiras evidentes, por el vicio o por el crimen; si su perversión intrínseca es tal que orientan necesariamente a los hombres en una dirección contraria a los fines que conocemos como propios de nuestra naturaleza o de la sociedad, por ejemplo, a la práctica del mal o del error, hacia las discusiones intestinas, la guerra civil o la extranjera. Por esta corrupción sistemática de los fines verdaderos y razonables del hombre, podría decirse que Satanás firma visiblemente su obra.

Y es, precisamente, el hecho que comprobamos cada vez con más frecuencia en el mundo contemporáneo. Y poco importan las declaraciones prodigadas en favor de la excelencia del fin perseguido o de las instituciones fundadas, aunque así lo afirmen personas honradas y seducidas, si es posible descubrir, sin duda, las taras a los espíritus rec-

tos e imparciales. Esas aserciones hasta dan motivos serios de suspicacia, porque el demonio es experto en ilusiones hábiles, y son uno de los procedimientos más usuales de su actividad obsesionadora. Pero nosotros disponemos de facultades que nos permiten no dejarnos engañar, si sabemos y queremos ejercitarlas. Después de la Revelación, nuestro trabajo respecto a esto, es mucho más fácil; nuestro criterio, más seguro, y el juego de Satanás bien sencillo de descubrir. Si, a pesar de ello, permanecemos ciegos ante las maquinaciones diabólicas, o si, aún peor, nos prestamos a ellas con una complacencia imprudente y culpable, como sucede demasiado a menudo, entonces la obsesión corriente evoluciona, más o menos rápidamente, hacia las formas de ocupación, o hasta de posesión colectiva, que se manifiestan particularmente numerosas en nuestros tiempos.

Mientras escuchaba al señor Multi, me parecía ver el día amaneciendo poco a poco sobre un paisaje caótico y tormentoso, revelando las causas de su aparente desorden apocalíptico.

—Ya veo, ya veo, murmuraba yo. Con esas concepciones, la historia parece iluminarse desde muy atrás, sobre todo la de nuestro tiempo que nos es más familiar, y responden

admirablemente a la interrogación que formulaba Péguy, con ansiedad conmovedora, para una época en que el problema era menos angustioso que en la nuestra, y que con frecuencia ha atormentado mi espíritu: “Dios mío, Dios mío, exclamaba el escritor, ¿qué es lo que sucede? En todos los tiempos está uno perdido... Antes era la tierra la que se lo preparaba al infierno; hoy es el mismo infierno el que se desborda sobre la tierra. ¿Qué es, pues, Dios mío, qué es lo que ha variado?”

Lo que ha cambiado es que las instituciones, en lugar de ser concebidas, mejor o peor, como lo eran en los tiempos en que “la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados”, para refrenar la externa malicia de los hombres, se conciben actualmente para excitarla y exaltarla; en vez de remediar, lo que ellas puedan, las faltas y pecados de las sociedades, los multiplican y agravan sus consecuencias. Y esto es porque Satanás ha encontrado su acceso a ellas; porque se ha insinuado e incorporado en su espíritu y hasta en su letra; porque ha metido el Mal en la raíz, bajo las formas más variadas, presentándolo como el Bien, haciendo creer que lo es; decorando el Desorden con los colores del Orden y la Falsedad con las apariencias

de la Verdad, de manera que nosotros asistimos al espectáculo absurdo y desolador de un mundo que exhala clamores de dolor y angustia, mezclando sus quejas con juramentos de fidelidad, actos de amor y ardientes invocaciones a las mismas causas de sus males.

Pero estas inducciones, por verosímiles y satisfactorias que sean, ganarán si se confrontan con la realidad. Tomemos, pues, algunos ejemplos de la historia de las naciones contemporáneas.

En primer lugar, pienso naturalmente en Alemania. La doctrina nacional-socialista debía, fatalmente, satanizar, si usted me permite el neologismo, a todo el pueblo, porque era diabólica en su inspiración y en su raíz. Diabólica, digo bien, porque su base esencial es el pecado de orgullo, que es manantial de todos los vicios y que tiene siempre de protagonista al Ángel rebelde. El orgullo, del que él se sirve para halagar a sus adeptos, prometiéndoles llegar a ser los dueños del mundo.

Que el nazismo contenga elementos útiles, buenos, y hasta excelentes, es posible, es cierto, y es, además, conforme con la estrategia demoníaca; pero todos están pervertidos por el foco de corrupción íntima, por la absurda y criminal deificación de una pretendida raza, es decir, de cierto número de hom-

bres engreídos con jactancia infernal, que pretenden que nadie sea semejante a ellos, y hacen esto por satanismo, pues violan el segundo mandamiento de la Ley “que es semejante al primero”, y se colocan así, deliberadamente, bajo la bandera del Gran rebelde. Para traducir la idea en lenguaje vulgar, que será comprendido con más facilidad, se ingenian, precisamente en su infatuación delirante, para hacer a los otros lo que no quisieran que les hicieran a ellos.

En una de las aportaciones más sugestivas a la colección de los *“Etudes Carmélitaines”*, el monje benedictino don Aloys Mager, decano de la Facultad de Teología de Salzburgo, descubre muy claramente la presencia y la influencia diabólicas en el Nacional-Socialismo. “La doctrina alemana, dice, procede directamente, en sus fuerzas motrices, de la triple consecuencia del pecado original, y su ideal fué el de realizar positivamente los apetitos de las tres concupiscencias: la de los ojos, la de la carne y la del orgullo de la vida considerada como el valor más alto y más incomparable”. Es, también profundamente, mentirosa y mortífera, dos señales indudables de la acción de Satanás. Se hacía, pues, con deliberación, instrumento de los designios diabólicos, y se ve en lo más vivo de su obra

la inteligencia demoníaca. Desde entonces queda juzgado el nazismo. Y que no vengan, repito, objetándonos con el hecho de que ha proporcionado, incontestablemente, algún bien superficial; que ha dado por resultado, para los alemanes, realizaciones sociales bien ideadas y bienhechoras, como la de favorecer, por ejemplo, la rehabilitación de hombres que en otro tiempo estaban considerados como el desecho de los parias de la sociedad. Estas mejoras no eran más que progresos efímeros, si no apariencias vanas, y tendrían que pagarse con una recaída más profunda y grave, como en las antiguas leyendas germánicas en las que el oro de Satanás se cambia en hojas secas. Pero por una especie de sortilegio muy revelador, en esta mezcla íntima del bien y del mal, en que el bien sale del mal o el mal es la condición del bien, las ilusiones seguidas de un principio de éxito caen, finalmente, en un total hundimiento. Resulta difícil el no distinguir la guerra diabólica en esta extraña mezcolanza.

Y esta infestación general, este delirio salido del orgullo, va acompañado de otros delirios individuales, que, según los casos, pueden representar el papel de efectos o el de causas. No es imposible, en absoluto, que Adolfo Hitler haya sido un poseso, en el sen-

tido propio de la palabra. Sus furores convulsivos, su potencia imprecatoria, su ascendiente inexplicable y el magnetismo que emanaba de él, su recurso a las ciencias ocultas y su desprecio completo por los hombres y por las virtudes humanas, autorizan a pensarlo. Hay un pasaje de Goethe que se adapta tan curiosamente a su caso, que se creería escrito para él. El gran poeta, al que la cualidad de ser alemán, hacía, sin duda, más clarividente en lo que concierne a la psicología germánica, había visto bien que la naturaleza humana contiene siempre un elemento primitivo y diabólico que se puede creer particularmente desarrollado en los pueblos del otro lado del Rhin, y escribía así: “Este carácter demoníaco toma su aspecto más aterrador cuando domina en un hombre a todos los demás. No son siempre hombres superiores por su inteligencia o sus talentos, y pocas veces resultan recomendables por la bondad de su corazón; pero emana de ellos una fuerza poco común, y ejercen un poder increíble sobre los demás seres y hasta sobre los elementos, y, ¿quién puede decir hasta dónde se extenderá tal influencia? Todas las fuerzas reunidas de la moral no pueden nada contra ellos, y en vano la parte más lúcida de la

humanidad procura hacerlos sospechosos, acusándolos de engañar o de estar engañados; la masa es atraída por ellos". Y los sigue ciegamente hasta que hayan cumplido su terrible destino.

Dom Aloys Mager, por citarle otra vez, estima que no hay definición de Hitler más precisa, adecuada y expresiva que la de *medium* de Satanás. Cita las palabras del General Jodl en el proceso de Nuremberg: "Era un gran hombre, pero un hombre infernal". El perspicaz religioso estaba tan convencido de que el Führer era un verdadero poseso, que no dejaba de pronunciar las palabras del exorcismo desde su ventana, que se abría sobre el Obersalzberg.

La misma inducción puede hacerse, legítimamente, respecto a numerosos subordinados de Hitler. Hay derecho a pensar que las instituciones satánicas han "satanizado" a los hombres directamente o desarrollado los gérmenes malos que estaban en ellos. ¿No se impone esta idea, en particular, a propósito de esos que aceptaron y hasta solicitaron la abominable misión de dirigir los campos de tortura? Sólo una habitación diabólica personal puede explicar su inhumana crueldad.

Y, al contrario, continuando con la aplicación de los principios de usted, yo sería mucho menos afirmativo y mucho menos severo en lo que concierne al fascismo y a Mussolini...

—Y tendría usted razón, interrumpió el Sr. Multi, recogiendo con presteza la palabra que le parecía, visiblemente escandalizado, que yo tardaba mucho en pronunciar. Muy lejos de mí la idea de absolver al Duce de toda falta, y hasta de todo crimen; pero, al menos, hay que reconocer imparcialmente que, antes de llegar a ser el mono de Hitler, Mussolini había dado pruebas, largo tiempo, de buen sentido, de clarividencia y de sacrificio por el bien público, y edificó una doctrina que, exagerada en algunos aspectos, no tenía, sin embargo, nada de específicamente malo, desde el principio. Había intentado, cosa, en sí muy excelente, renovar la autoridad, devolviéndola la conciencia y preocupación de sus deberes, restableciéndola en el respeto de todos, que tenía comprometido por su prolongada negligencia. Y, si intentaba galvanizar la arrogancia italiana con el recuerdo de sus gloriosas tradiciones; si él mismo recurría, aunque sin caer demasiado personalmente en semejante ridículo, al instinto italianísimo de ostentación y de teatro, no

invocaba una pretendida supereminencia de la raza, sino que, por el contrario, se esforzaba de manera meritoria en exaltar por encima de él mismo a un pueblo que juzgaba—el Diario del Conde Ciano da fe de ello—naturalmente egoísta, cobarde y perezoso. Hay que admirar, con imparcialidad, que tuvo un éxito bastante brillante; pero después exageró las directrices y los resultados hasta la más baja y, a veces, la más criminal caricatura, contaminado, sin duda, por el satanismo hitleriano. Mas no podría decirse sin injusticia, que sus axiomas fundamentales eran erróneos y absurdos, y que se podría discernir en ellos, de golpe, una influencia demoníaca, como en su émulo y competidor.

No sería admisible análoga indulgencia en el caso de la U. R. S. S. Aquí resalta hasta la evidencia la empresa del Príncipe de las Tinieblas en la doctrina política y en las instituciones. El Papado, tan reservado y prudente de ordinario en semejante asunto, ha creído deber pronunciarse explícitamente acerca de este punto, y la Encíclica *Divini Redemptoris* califica expresamente el comunismo ateo de azote satánico, y se dedica a establecer bien la exactitud de este término, subrayando el carácter de “falsa redención”, de “pseudo ideal”, de “falso misticismo”, que

reviste el materialismo dialéctico e histórico predicado por los dueños del Kremlin. Reconocemos bien ahí la táctica ordinaria del Arconte de este mundo que seduce las muchedumbres con falaces promesas de igualdad, justicia y felicidad terrestre, y corrompe y desnaturaliza a la vez el sentido de estas palabras para que reinen, bajo esa máscara, el favoritismo más desvergonzado, la iniquidad, la crueldad y la miseria. Y todavía más: como el paganismo romano en su época final, el ateísmo oficial soviético se dilata en una idolatría política irrisoria. A su lugarteniente en tierra rusa, Lucifer le hace repetir el grito de rebeldía de los ángeles: "¡Seré como Dios!", Y hacia el mariscal Stalin se eleva una devota letanía de explícita adoración; un verdadero culto se organiza en su honor, y se le prodiga el incienso que se niega al Criador. Los dogmas y las místicas eslavas se unen así en la apoteosis personal del Jefe; llegan a abolir la antigua distinción entre Dios y el César, y pretenden dar al César lo que incontestablemente debe pertenecer a Dios.

En esta imitación sacrilega de la Iglesia, donde todos los valores se hallan invertidos, como en la negativa de una fotografía, un último trazo acaba la caricatura diabólica.

Satanás parece que quiere adoptar, para convertirla en acepción destructora, la prescripción dada por Cristo a sus apóstoles y discípulos: "Id y enseñad a todas las gentes". Y en el seno del Estado soviético se ha desarrollado un extraño "espíritu misionero" al revés, con fines de propagación incesante del credo marxista y del evangelio ateo, por las quintas columnas organizadas en todos los países. Para quien, como nosotros, ve las cosas de lejos, esta capacidad de difusión, este entusiasmo infernal y este apostolado del mal y del error, son los que constituyen el rasgo más original y revelador de la introducción realizada en la comunidad eslava por el Espíritu del Mal.

Otro fenómeno ha hecho resaltar más la evidencia para nosotros, los occidentales: es el contagio intenso desarrollado por la propagación de la fe bolchevique en uno de nuestros vecinos inmediatos, con las consecuencias trágicas que usted sabe.

¿Cómo explicar humanamente de modo satisfactorio, aun teniendo muy en cuenta la ceguera y pusilanimidad demasiado extendida entre los católicos contemporáneos, que España, tradicionalmente tan fiel y tan imbuida de cristianismo, haya podido, en algunos meses, desviarse oficialmente de sus creencias y volverse luego furiosamente con-

tra ellas, desgarrándose a sí misma para arrancarlas? Una intervención demoníaca en las instituciones públicas ha sido necesaria para llegar a esta obsesión, cada vez más frenética, que produjo espamos sociales que trasladaron al dominio colectivo los de la posesión individual: convulsiones parlamentarias que recuerdan, por la forma fonética del término y por los síntomas manifestados, el "mal comicial"; crisis paroxísticas de demencia popular que expresa bien la rabia feroz de aquel joven miliciano, incendiario y asesino, que aullaba con los aplausos de una muchedumbre delirante: "¡Viva la gasolina! ¡Viva la dinamita! ¡Viva la muerte!" Añadamos esa embriaguez feroz de matanzas y de ruinas que, cuidadosamente atizada y dirigida por cuadros bolcheviques especializados, se ha desbordado como aterradora marea sobre todo el territorio español. "Revolución inhumana", dice bien la Carta colectiva del Episcopado de España, "que no respeta los sentimientos de pudor ni las consideraciones más elementales"; Revolución bárbara que aniquila salvajemente la obra de una civilización secular; Revolución anticristiana, sobre todo, que se encarniza contra las iglesias, de las cuales veinte mil fueron destruidas o saqueadas enteramente; contra los

sacerdotes, que se vieron perseguidos, acorralados, destrozados en la proporción de cuarenta a ochenta por ciento, según las diócesis atacadas; contra las religiosas, que fueron víctimas, en gran número, de los más innobles atentados; contra los seglares "reaccionarios", de los cuales, sin atender a los Derechos del Hombre, más de trescientos mil pagaron con la vida sus convicciones políticas y religiosas; contra las reliquias, objetos sagrados y material de culto, que resultaron profanados o destruidos con sádico encarnizamiento. "Las formas asumidas por la profanación, escriben los arzobispos y obispos españoles, han sido tan inverosímiles, que no pueden concebirse sin suponer una sugestión diabólica". Subrayamos esta frase que expresa el juicio de testigos competentes y viene a corroborar luminosamente nuestras inducciones. El término corresponde a la idea con tal exactitud, que ha sido repetido por un espíritu tan laico y positivo como Miguel de Unamuno, Rector de la Universidad de Salamanca.

La ola demoníaca que rueda sobre el mundo es tan evidente para cualquier hombre honrado que quiera observar las cosas en vez de perderse en tranquilizadoras quimeras, que es descubierta por sociólogos muy

extraños a nuestra cultura y nuestras creencias religiosas. El mahatma Gandhi escribía en 1920: "La última guerra ha demostrado el carácter satánico que domina a la Europa de hoy. Ya no es cristiana, ella adora a Mammon". Pero no creía que el resto del mundo estuviera libre del terrible contagio. La India, como los otros pueblos, le parecía atacada, y juzgaba gangrenada por el satanismo a toda la civilización contemporánea. Según la expresión hindúe, que corresponde curiosamente a la fórmula latina y francesa, ella consituía, para él, "la edad negra", la época de las tinieblas", porque hace del bien material el fin único de la vida, y olvida o desprecia el bien del alma; haciendo a sus fieles vasallos del dinero los enloquece, los incapacita para la vida interior y destruye la paz pública y la vitalidad de las razas. También veía él en esto una forma, una realización de Satanás.

Es fácil comprobar la conclusión del célebre hombre de Estado hindúe por los juicios análogos emitidos por los espíritus más diversos ante el pavoroso espectáculo que ofrece el mundo contemporáneo. Berdiaeff ha enseñado, con perspicacia, que al antiguo politeísmo le sustituye en nuestros días un "polidemonismo" cínico, en el que "los nue-

vos demonios de la civilización técnica, de la máquina..., del odio social, engendrados por el capitalismo, vienen a añadirse a las fuerzas oscuras de la raza, de la sangre, de la tierra, de la nacionalidad, del sexo" libertadas del subconsciente y surgen con acrecentada violencia (1). Antes de la primera guerra, escribe, por su parte, Reinold Schneider (2), "los mismos teólogos se preguntaban seriamente si había que creer en el Diablo... El mundo aparecía entonces tan luminoso! Desde entonces ha caído sobre él una espantosa oscuridad... Si queremos tomar en serio las experiencias de las últimas décadas, nos es preciso aceptar una imagen de la historia en que el Diablo tenga un lugar".

No se podría explicar legítimamente el plan sutil e inmenso de confusión y de ruina del mundo civilizado, tal como podemos inferirlo de sus manifestaciones actuales, por una incitación colectiva, ciega e inteligente. Es más verdadera que nunca la terrible frase de Bernanos: "Alguien es el Mal".

He aquí una palabra que cae de mucho más alto: la del Papa Pío XII, que decía el 19 de febrero de 1949:

(1) Nicolás BERDIAEFF: *Destin de l'Homme*, p. 118.

(2) *L'Homme devant le jugement de l'Histoire*.

“Nos estamos llenos de tristeza y de angustia al ver que la maldad de los hombres perversos ha alcanzado un grado de impiedad inconcebible y absolutamente desconocido en otros tiempos... Esto no sucede sin las maquinaciones de un enemigo infernal.”

Y al final del mismo año, el Episcopado portugués, uniendo el suyo al supremo testimonio del Soberano Pontífice, dedicaba una Carta colectiva especial a denunciar la extensión del “espíritu de Lucifer” en el mundo que se revela, sobre todo, por ese “culto antropolátrico” que establece el ateísmo, afirmando su voluntad de instalar al hombre sobre el trono de Dios.

Como la hora es ya avanzada, me levanto, diciendo:

—Sus observaciones, señor abate, han cautivado, de veras, mi atención, y tengo curiosidad y ansiedad por conocer su opinión sobre un asunto que es para nosotros más candente que cualquier otro. Ya adivinará usted que me refiero a Francia.

—Los trabajos personales de usted acerca de este punto tan doloroso, le harán presumir, lo que yo puedo decirle, responde el señor Multi; pero, en efecto, no será inútil empezar esa cuestión por el aspecto más propiamente teológico, al cual usted naturalmente no pue-

de referirse, pues nuestra patria no es, por desgracia, ni la última ni la menos ardiente en la cruzada satánica ilustrada ya con tantos episodios lamentables; por lo mismo que conocemos mejor lo que pasa en nuestra casa, hasta puede suceder que sea en Francia donde podamos discernir más claramente el plan de Lucifer, del cual ella se ha hecho, con la Revolución, la ejecutora, la propagandista y, ¡ay!, casi podría decirse la misionera.

V

El abate Multi aparece hoy muy sombrío.

—Sí, me dice, es preciso hablar de Francia, puesto que su caso es más importante que cualquier otro, dado que ella ha servido de guía al universo y continúa siéndolo hasta en sus desviaciones y decadencia, pues sus ideas han tenido siempre influencia y repercusión mundiales. El cataclismo que la sacudió a fines del siglo XVIII, del que tendremos que hablar mucho, constituye realmente una "época" en la vida de la humanidad, y presenta, sin duda, como hemos de verlo, una significación muy grande. Pero estas conversaciones van a resultarnos cada vez más penosas, y siempre que toco este asunto que ahora abordamos, noto como una opresión dolorosa. Es tan desconsolador, después de haber celebrado las *Gesta Dei per Francos*,

el preguntarse uno si en adelante no habrá que escribir y por cuánto tiempo: *Per Francos gesta Diaboli!*

—¡Oh!, exclamo yo, ¿no es usted exageradamente pesimista? Tenemos, sin duda, los más graves motivos de tristeza y de inquietud, pero usted sabe como yo, y mejor que yo, cuánto queda aún en Francia de fe, de abnegación, de desinterés y de heroísmo. Más que el fondo, es la superficie lo que está tocado; es el exterior y lo oficial, más que el alma de los ciudadanos, lo que está pervertido. Que se derrumbe el régimen y reaparecerán las antiguas virtudes.

—Puede ser, y quiéralo el Cielo, responde el abate con tristeza; pero, precisamente, yo veo que el régimen no se derrumba. Como el Fénix de la leyenda, renace en sus propias cenizas o, mejor, de su propia corrupción, y de esta renovación tiene la responsabilidad el pueblo, ya que podría oponerse a ella con un poco de clarividencia y de valor. Pero, como el perro de la escritura, vuelve al vómito, es decir, a los principios envenenados que le intoxican. Desde hace medio siglo, aproximadamente, que yo observo la vida pública, no veo, a pesar de algunas veleidades efímeras, ni ensayo real de comprensión ni arrepentimiento ni mejora seria. Bien al contrario, la

infección se extiende cada vez más y la decadencia se agrava. ¿Se lo diré a usted? Me temo que Francia tiene el Gobierno que merece. Ciertamente que aún quedan justos en Sodoma, pero me pregunto si se encontraría al número necesario para su salvación.

Y, en todo caso, lo que usted afirma con un optimismo casi temerario, confirmaría, si fuese necesario, la idea que ya hemos expresado y comentado, y que yo quisiera recalcar de nuevo hoy: que es por arriba, por las instituciones y las doctrinas, mucho más que por la acción directa y personal de los hombres, por donde se introducen entre nosotros la descomposición y la putrefacción, y para remediarla y combatirla y curarla haría falta, lo primero, darse cuenta de la situación y tomar las disposiciones adecuadas, y es, cabalmente, esta verdad y esta evidencia las que la casi totalidad de nuestros contemporáneos no quieren admitir a ningún precio.

Ensaye usted el exponerles cómo después de una preparación muy fácil de discernir, el Espíritu del mal se ha infiltrado victoriosamente en nuestra organización social y gubernamental, e intente mostrarles las trazas demoníacas irrecusables que ésta permite, y en seguida será usted calificado de utopista y soñador, cuando no de místico y visionario.

Y hasta muchos, con una estupidez que desarma, porque la inspiran excelentes intenciones, le reprocharán de introducir la división entre los opositores con esas críticas de principios cívicos admitidos demasiado generalmente. Nada de política, le dirán con la tradicional gravedad del asno a quien se cepilla, nada de política: Todas las opiniones son libres y debemos cuidar de no indisponernos con los amigos que tienden a las ideas avanzadas y evitar, sobre todo, la acusación de reaccionarios que haría estéril nuestra acción. Aceptemos como un hecho las instituciones existentes, cualesquiera que sean; en el terreno social hay mucho bueno que puede ser ejecutado por todos, y ahí podemos ponernos de acuerdo evitando las causas de discordia y los eternos asuntos de discusión.

Y los desgraciados imbéciles no advierten que dejan así el campo libre a Satanás, que se ha instalado en la torre de mando de la fortaleza política, porque sabe bien que esta posición preponderante domina todas las demás y permite toda clase de incursiones y conquistas, a la vez que se ríe de la prudencia malsana de esos bobos incurables que creen hábil y juicioso respetar la bandera que él ha izado. Sin embargo, algunos espíritus más clarividentes y reflexivos saben descubrir to-

davía su presencia, su acción y su método, y desean responderle con una táctica igual que la suya, que juzga la única eficaz para batirle y derrotarle.

—Dispense que le interrumpa, señor abate, digo yo. Va usted un poco de prisa para mí. Sinceramente, tiendo a creerle y a colocarme al lado de su opinión, pero quisiera oírle corroborar sus aserciones con algunas pruebas. Reconozco con gusto que todo sucede *como si* el Príncipe de las Tinieblas hubiese llegado a ser el animador oculto y todopoderoso de nuestra vida política contemporánea; pero hay mucha diferencia entre una comparación, por verosímil que parezca, y la comprobación de una realidad. ¿Puedo, pues, pedir a usted, si no una demostración positiva, que seguramente no es posible en este orden de ideas, al menos un sistema de proposiciones lo bastante demostrativas para llevar la convicción a un espíritu imparcial?

—Su petición está perfectamente fundada, amigo mío, y es fácil complacerle. Puesto que usted no se niega a admitir, como debe hacerlo todo cristiano, y hasta todo espiritua- lista, la posibilidad de la inhabitación de Satanás en las instituciones y en las doctrinas sociales, se pueden seguir sus tentativas de

ocultamiento y sus progresos casi paso a paso.

Limitándonos a nuestro país, me parece un deber el hacer remontar sus trabajos de aproximación, su obsesión sistemática, hasta el fin del reinado de Luis XIV. Parece claro que, a pesar de su conciencia profesional y sus altas cualidades, el gran Rey cayó en la trampa de orgullo que le tendió el eterno tentador. Extraviado, sin duda, por la convicción excesiva del carácter supernatural de su cargo y de su infalibilidad personal, cedió en el período de su declive al prurito de subordinar el orden ya consagrado de las cosas a los impulsos de su propia voluntad. La pretensión de introducir en la sucesión real y de legitimar, en cierto modo, con flagrante violación de las leyes fundamentales del reino a los bastardos salidos de un doble adulterio, quebrantó ampliamente las bases religiosas, morales y tradicionales de la sociedad de aquellos tiempos, que quedaron debilitadas y mucho más vulnerables a los asaltos del mal.

Por desgracia, la conducta de Luis XV —gran príncipe desde el punto de vista técnico, si se puede decir así, pero de deplorable ejemplo en ese terreno familiar, que era el fundamento mismo de la antigua monarquía y contribuyó a aumentar los daños en vez de

repararlos. Estas primeras brechas abiertas en las instituciones francesas iban a dar acceso al Espíritu del mal, siempre al acecho, y particularmente deseoso de perjudicar a nuestra patria por la vocación tan alta que ha tenido desde su origen. No ha cesado de infiltrarse en ellas, propagándose por la superficie y penetrando profundamente en su interior. Para esto ha encontrado o ha suscitado el concurso de la Francmasonería y de las Sociedades secretas, que bien parecen haber sido los instrumentos más activos de la descomposición, y que reclutaron sus primeros adheridos en las mismas filas de la aristocracia, del clero y hasta sobre las gradas del trono. Habría mucho que decir sobre su naturaleza y la tarea que han llevado a cabo, pero como es un tema demasiado vasto e importante para que yo pueda intercalarle en nuestras conversaciones y tratarle de una manera episódica, remito a usted a los numerosos estudios que se le han dedicado.

Preparado así, insidiosamente, el terreno, y esparcida la semilla por todas partes un poco, pronto se ve surgir una cosecha de muerte, abundante y lozana. Llegamos a la Revolución propiamente dicha, que va a constituir el dominio de elección de Satanás. más aún, va a cubrirse con ella, a incorporarse

sus dogmas y a introducir en ella sin cesar un espíritu de rebelión y de ruina. Parece, en verdad, haber encontrado el medio de realizar una de sus principales obras maestras. Obra maestra de perversión y de amplitud. Piense usted que la Revolución no es, en efecto, una erupción esporádica y localizada que no atañe más que a un pequeño número de individuos, una época breve, una simple porción de una comunidad nacional: es una marejada de fondo, una ola inmensa que lo cubre todo. Blanc de Saint-Bonnet nos la muestra como una insurrección filosófica, política y religiosa a la vez. Esto es cierto, pero incompleto, porque fué también económica, jurídica, literaria, etc. Y es, precisamente, este carácter de coordinación sintética, esta acción de conjunto, lo que deben poner en guardia al observador y hacerle inducir la unidad original del fenómeno. A mi entender, son inconcebibles e inexplicables, si no se admite la hipótesis de un engastador, de una inteligencia sagaz, poderosa y maléfica.

Con mucha perspicacia, Mons. Freppel ha atraído nuestra atención hacia la primera y ya fuerte presunción de esta presencia infernal, señalando el deso de demolición y de saqueo sistemáticos que no pueden dejar de extrañarnos, antes que nada, en este gran tras-

torno. Ve en eso una reveladora oposición deliberada a las miras de la Providencia y al orden natural de las cosas que no procede normalmente por destrozos inmensos y brutales.

“Es cierto, escribe el eminente prelado, que en la sociedad francesa del siglo XVIII se imponían reformas considerables y adaptaciones justas y prudentes, en lo que todos estamos conformes, y el método más indicado era el apoyarse en lo que subsistía de bueno y de útil en el legado del pasado para mejorar el presente y preparar un porvenir mejor. Enderezar las costumbres y corregir los abusos era lo razonable; pero una nación que rompía bruscamente con todo su pasado, haciendo tabla rasa, en un momento dado, de su gobierno, leyes e instituciones para reedificar de nuevo el edificio social desde los cimientos hasta lo más alto, sin respetar ningún derecho ni tradición; una nación reputada como la primera de todas que declara, ante la faz de todo el mundo, que había equivocado el camino desde hacía doce siglos; que se había equivocado constantemente acerca de su genio, de su misión, de sus deberes; que no hay nada de justo ni de legítimo en lo que ha constituido su grandeza y su gloria; que hay que volver a empezar todo, y que

no se dará tregua ni reposo mientras permanezca en pie un vestigio de su historia; no, jamás tan extraño espectáculo se había ofrecido a los ojos de los hombres (1).

Y vea usted, continúa el señor Multi, que ha levantado los ojos y parece contemplar lo invisible, vea usted cómo esta subversión gigantesca y ciega, que ya ha desbordado las frontetras de Francia y hasta las del antiguo continente, concuerda bien con lo que sabemos de la naturaleza de ese Satanás cuyo nombre hebreo SHATAN significa literalmente *adversario, el que está en contra*; de ese diablo, cuya etimología *diaballo* indica que siempre se pone a través. Aun fuera de toda preocupación confesional, cualquier espiritualista quedaría* inclinado naturalmente a ver la mano de la potencia eterna de destrucción en esta Revolución, que no ha sido ni es, porque aún no ha terminado, más que una vasta empresa de demolición y de ruina, cuya doctrina se opone a todas las nociones políticas y sociales consagradas por el uso, la costumbre, la historia y la razón; una empresa tan general y bien coordinada, repito, que obliga a conjeturar la acción de un instigador

(1) Mons. FREPPEL: *La Revolution française*, p. 6.

inteligente y único, la intervención del Gran Maldito.

Y como mi actitud indica que todos esos argumentos no me parecen bastante demostrativos:

—Esta inducción, prosigue el sacerdote, se refuerza si se piensa en el fin perseguido por esta perturbación. Volveremos pronto sobre ello, pero considere usted desde ahora la orientación tomada y el fin perseguido. Observe que, apoyándose con pérfida habilidad sobre ciertas reivindicaciones bastante especiosas para arrastrar a las masas, la Revolución va dirigida contra la autoridad, el orden, la paz y la concordia sociales, y, finalmente, contra los dogmas más fundamentales del cristianismo; contra toda disciplina y toda jerarquía sacra; lleva la rúbrica del destructor. Blanc de Saint Bonnet, al que usted admira con mucha razón, no ha despreciado esto.

El abate coge de su escritorio un libro, que abre por una página señalada de antemano.

—Escuche usted, me dice, este pasaje que voy a leerle, porque encontrará condensado en él, con la alteza de miras y la capacidad soberana de un escritor sin igual, todo lo que acabo de sugerirle, bien o mal, y hasta las

ideas esenciales que aún hemos de precisar. Creo que no recusará usted la autoridad de su autor favorito.

“Se ve uno obligado a llegar a una extraña hipótesis... Suponiendo que el enemigo del género humano tuviera la idea de trastornar la cristiandad con un error capaz de acelerar el fin de los tiempos, diría: Yo sacaré a luz un error que los contenga todos, y para desorientar a los hombres llevará los mismos nombres que la verdad. Este error será injertado en la más viva facultad de la naturaleza humana y tendrá su señal y su poder. En vez de centellear como débil lámpara en la inteligencia de un teólogo, sus resplandores inundarán las muchedumbres y, poco a poco, producirán un eclipse total de la fe. Lejos de consolidar a algunos príncipes en el cesarismo, como hizo el error protestante, los removerá a todos, arrastrando de un solo golpe el mundo que Cristo sacó de las ruinas de la antigüedad. Tronos, jerarquías, creencias, leyes, costumbres, herencia, propiedad, ejército, patria, todo lo arrojará como un objeto destruido, en la barbarie definitiva. Los mismos reyes cuidarán de este error como a su último medio de salvación, y será tan general, que se reirán del pequeño número de los que pretendan oponerse a él. Entonces se apro-

ximará a la plaza por un camino tan bien cubierto, que, desenmascarándose por completo en el momento de entrar en ella, verterá como una inundación el ateísmo absoluto que ha de tragarlo todo.

Pues bien, este error es la Revolución.”
(1).

El señor Multi cierra su libro y dice: No quiero comentar este texto, pues sería pretensión ridícula el pretender decirlo mejor que Blanc de Saint Bonnet. Tan sólo quiero observar que si tiene en esto, como siempre, el mérito de la clarividencia y el impresionante vigor de la forma, no le pertenece el descubrimiento. Ya otros habían discernido antes al Espíritu malhechor emboscado en el entrelazamiento de los principios revolucionarios elaborados por él, como la araña, en el centro de su tela, y el primero fué según convenía el tradicional guardián de la ortodoxia religiosa. Y así, el Papa Pío VI, desde el 10 de Marzo de 1791, reprobaba públicamente la doctrina proclamada por la Asamblea Constituyente como “contraria a los derechos del Creador Supremo”. El 23 de Abril del mismo año, estigmatizaba la declaración de los Derechos del Hombre y denunciaba

(1) BLANC DE SAINT-BONNET: *La Legitimé*, p. p. 209-210

su oposición respecto a la religión y a la sociedad: "*Illa scilicet iura religioni et societati ad versantia*".

Los ágiles dedos del abate sacan la nueva ficha que necesita. La mira y continúa:

A la luz de estas solemnes advertencias, José de Maistre, que abarcaba con su mirada de águila todo el panorama de la política religiosa de su época, podía discernir y denunciar su profunda perversidad: "Lo que distingue a la Revolución francesa y hace de ella un acontecimiento único en la historia, escribía él, es que es mala radicalmente... Es el grado más alto que se conoce de corrupción; es la pura impureza..." En todo tiempo ha habido impíos, pero "nunca ha existido antes del siglo XVIII una insurrección contra Dios". También él la declara intrínsecamente demoníaca, "satánica en su esencia", y añade: "Veo al enemigo del género humano, que tiene su asiento en la Convención, convocando a todos los malos espíritus en este nuevo Pandemonium y oigo claramente *il rauco suon delle tartaree trombe*; veo todos los vicios de Francia que acuden a su llamada, y no sé si escribo una alegoría" (1).

Medio siglo más tarde, el Papa Pío IX, en

(1) J. de MAISTRE: *Ceuvres*, I, p. p. 52 et 303.

su Encíclica del 8 de Diciembre de 1849, ratificaba este juicio y lo hacía suyo casi con las mismas palabras. Resumiendo y precisando las condenaciones hechas por sus predecesores no dudaba en escribir con toda la autoridad de su cargo apostólico: "La Revolución está inspirada por el mismo Satanás. Su fin es destruir de arriba abajo el edificio del Cristianismo y reconstruir sobre sus ruinas el edificio social del Paganismo".

—Todo esto converge, en efecto, digo yo, para dar a la "hipótesis" considerada por Blanc de Saint-Bonnet una verosimilitud cada vez mayor que no podrá menos de reconocer, a mi juicio, cualquier inteligencia honrada. Vemos claramente cómo todas las fuerzas de la decadencia social y política proceden de una causa común y única. de un veneno tan virulento y sutil, que infecciona todo el cuerpo. Sin embargo, aunque usted me juzgue insaciable, yo desearía algunas aclaraciones suplementarias. El término y la idea de Revolución me parecen demasiado amplios para no resultar bastante vagos. Encierran numerosos aspectos solidarios, sin duda, pero diferentes. Usted afirma que Satanás inspira la Revolución; que él es, casi podría decirse, la Revolución misma. Sea, pero yo lo veo así en todas partes y en ninguna. Desde el punto de

vista que ahora es el nuestro, es decir, el de la Ciudad y el Ciudadano, ¿podemos nosotros, de alguna manera, cogerle sobre el terreno, situar con precisión su acción sobre uno o varios puntos capitales dados? ¿Cuál cree usted que es el dogma central con el que especialmente se ha encubierto el Espíritu maléfico, la torre que sirve de puesto de mando a Lucifer y a su Estado Mayor?

—La respuesta es fácil y nada dudosa, replica inmediatamente mi interlocutor. Desde el punto de vista de la vida pública, el dogma infernal por excelencia, aquel en que Satanás reside con preferencia y que constituye, para él, el mejor lugar de difusión y de corrupción, es la Soberanía del Pueblo y su sucedáneo el Liberalismo, que le es esencialmente congénito y le está tan íntimamente ligado que resultan inseparables. Y con esto hemos encontrado el asunto de nuestra conferencia de mañana.

VI

Sin hacer hoy ningún preámbulo, el abate Multi reanuda el hilo de su exposición en el sitio en que ayer le dejó cortado:

—Empecemos, como debe hacerse siempre, por definir bien nuestro asunto. En primer lugar, me parece que no hay que hacer aquí las distinciones de la filosofía jurídica entre Soberanía nacional atribuida pro indiviso a la entidad metafísica Nación, y Soberanía popular, según la cual el poder supremo estaría fraccionado entre los ciudadanos individualmente considerados. Usted conoce esta cuestión mejor que yo, y no quisiera hacer el papel ridículo de aquel pedante que daba lecciones a su párroco (1). Y hay que dejar a

(1) Se alude aquí a un cuentecillo corriente en Francia de un hombre poco inteligente, el *Gros Jean*, nuevo rico que, engréido con su inesperada fortuna pretendía enseñar al Sr. Cura. (N. del T.).

un lado esta división, porque, como usted ha dicho, no presenta ningún interés real, ya que las dos teorías, las dos falsas, se reducen prácticamente a un sistema común, el mismo que, después de muchos otros, precisaba el ministro Augagneur en un discurso a la Cámara de los Diputados: "El Derecho y la Ley no son más que la voluntad de la mayoría, regular y libremente expresada". Tal es la ortodoxia democrática. Si los primeros grupos revolucionarios ensayaron el sustraerse a ella por motivos interesados y egoístas, al fin se han visto obligados a acatarla.

Por la misma razón, no me ocuparé tampoco de la distinción entre Soberanía inmediata y Soberanía mediata; Soberanía constituida como depósito en el pueblo y Soberanía propiedad del pueblo. No desconozco la importancia intrínseca de la cuestión, pero, en realidad, no se propone aquí tampoco. Lo que ahora nos interesa es el concepto que la doctrina revolucionaria clásica se forma de la Soberanía y el que impone a sus adheridos, y veremos que las fórmulas empleadas y las instituciones establecidas indican, sin confusión ni disputa posibles, que la teoría que adopta y aplica es la de la Soberanía inmediata, de la Soberanía propiedad del pue-

blo. De ésta, pues, nos ocuparemos exclusivamente.

Las nociones básicas sobre las cuales tenemos que razonar pueden resumirse como sigue:

Todo individuo es libre y soberano por naturaleza y por esencia, y lo es tanto, que no puede renunciar a este derecho natural. Su voluntad no se detiene más que en el punto en que ataca a la libertad correlativa de otros, como dice la Declaración de los Derechos del Hombre. La Soberanía del pueblo es la suma, o, más exactamente, la resultante de esas soberanías individuales, y participa de su carácter de limitación; es la Voluntad General, reina y señora absoluta, en último recurso, de sus decisiones en todo lo que concierne a la Ciudad. En pocas palabras, es la omnipotencia del Número. Hay, pues, superposición, perfectamente lógica, de la Soberanía del Hombre y de la Soberanía del Pueblo, y la primera tiene a la segunda como término necesario.

Ahí se encuentra la base de la doctrina revolucionaria y la corrupción democrática de la Sociedad, y ahí está también el punto esencial de la ocupación y de la infestación demoniacas. Voy a probarlo rápidamente, insistiendo sobre tres ideas sucesivas:

La Soberanía popular se opone diametralmente a la noción cristiana del Poder; conduce, por necesidad, a la eliminación de Dios, que es arrojado de la Ciudad por la rebelión del hombre, inspirado por el espíritu infernal, y destruye la base del dogma de la Caída original, pretendiendo sustituirle por otro contrario.

Para demostrar el primer punto, basta con colocar, una frente a otra, la idea democrática y la idea cristiana de la autoridad, como lo ha hecho, por ejemplo, el abate Carlos Maignen, en un excelente folleto titulado "*La Soberanía del Pueblo es una herejía*", del cual voy a utilizar algunos pasajes.

El Cristianismo pone, como principio primero y absoluto, con San Pedro y San Pablo, que "todo poder viene de Dios" y, por consiguiente, para ser legítimo, debe estar ejercido conforme a sus leyes establecidas o reveladas. Que la Voluntad divina, única independiente, se impone a la voluntad subordinada de los individuos, y que ninguna decisión, aunque emane de la mayoría, ni siquiera de la unanimidad de éstos, presenta el menor valor ni fuerza obligatoria intrínseca, si está en oposición con las leyes divinas. La contraseña formal fué dada por los Apóstoltes y ha sido repetida muchas veces por los Papas: "Hay

que obedecer a Dios antes que a los hombres”.

A estas exigencias responde la Revolución:

Cada uno de nosotros somos soberanos por nosotros mismos. Pongamos en común esta soberanía; designemos a alguno de entre nosotros para ser el depositario de ella y ejercerla en nuestro nombre tanto como se lo permitamos; de esta manera, alguien dirigirá la sociedad hacia su fin, y, sin embargo, al obedecerle, cada uno no obedecerá más que a sí mismo”.

Bien se ve que Dios no entra para nada en todo esto.

¿Quién es gobernado? El Pueblo.

¿Quién gobierna? El Pueblo.

¿De dónde viene la autoridad? Del pueblo (1).

No se puede imaginar contradicción más completa.

Ni tampoco una contradicción más fundamental, dada la importancia capital del objeto sobre el que versa. Los teólogos dicen, en efecto, con una justa comparación: “La autoridad es a la sociedad lo que el alma al

(1) Abate Carlos MIGNEN: *La Souveraineté du Peuple est une Hérésie*, p. 33.

hombre; es ella quien le da el ser y la vida". Cualquier intento de laicizar o, con más exactitud, de suprimir esta alma, hiere a la comunidad en el centro más vital que tiene.

He aquí ahora el segundo punto:

Cuando el Pueblo ha ocupado así todo el sitio, no queda, como es natural, ningún lugar para Dios. No es tolerado más que en la medida que el Pueblo lo consiente, y no será por mucho tiempo, pues Dios le parece un usurpador y un rival intolerable e inhabilitado, puesto que es él, el pueblo, quien, recuperando sus derechos de mando, ha sustituido legítimamente a Dios. No hay ya ley moral impuesta por la Naturaleza sin ley divina revelada por Dios. El hombre no tiene deberes fuera de los que él puede libremente imponerse o reconocerse a sí mismo; no existen más que sus Derechos; es él quien hace su ley, y la ley no es más que la expresión de la voluntad general, puesto que "la fuente de toda autoridad, dice la Declaración de 1789-1791, reside esencialmente en la Nación". Por eso, en cuanto Dios aparece en el mundo o su nombre se pronuncia en alguna parte o sus representantes elevan la voz, la Revolución exclama: ¡Ahí está el enemigo!

La guerra es, sin tregua ni cuartel, entre la Revolución y los que han permanecido fie-

les a Dios sobre la tierra, porque la Revolución es una tentativa de organización del mundo sin Dios y contra Dios. Es la herejía total (1).

La herejía es flagrante e indudable, especialmente en el punto que nosotros examinamos, porque, la Soberanía popular es incompatible con el dogma cristiano de la caída original y de la mancha primitiva del hombre. Si en éste existe, en efecto, el mal desde su nacimiento, si el hombre lleva en sí mismo malas tendencias que no pueden ser combatidas y refrenadas más que con la gracia y una autoridad ilustrada, como enseña el Cristianismo, es absurdo proclamar al hombre, sin condiciones, soberano e independiente, y, sin embargo, el principio de la Soberanía popular exige que el individuo nazca bueno, inteligente y libre. Esto es lo que afirma muy alto Juan Jacobo Rousseau y todos los filósofos y doctrinarios de la Revolución, y, después de ellos, muy recientemente, Eduardo Herriot reconocía como un postulado fundamental: La democracia está fundada sobre un gran acto de fe en la bondad de la naturaleza humana". Contra el dogma de la caída original, la Soberanía popular erige el de

(1) Abate Carlos MAIGNEN: Obra citada. p. 34.

la bondad y rectitud nativas, el de la "inmaculada concepción" del hombre, según la célebre expresión de Blanc de Saint-Bonnet, y esto la lleva inevitablemente, sin atreverse a decirlo, a añadir el de su competencia infusa.

¿Ve usted? ¿Alcanza usted aquí la acción diabólica? La Soberanía popular permite a Lucifer levantarse de nuevo contra el orden divino y satisfacer, a la vez, su espíritu de venganza y su eterna malicia. Con la reivindicación de la "inmaculada concepción" del hombre, se desquita de la decadencia consecutiva al pecado de nuestros primeros padres. Y hace más aún. El Tentador experimenta una sutil satisfacción en renovar para nosotros la primera caída, fingiendo querer limpiarnos de sus consecuencias, y en hacernos caer a todos, y cada día, como el primer padre y por el mismo motivo. La causa y el aguijón de la rebeldía original fué el orgullo: "Seréis como dioses"; la afirmación de la Soberanía individual y popular proviene de la misma tendencia, está señalada intrínsecamente con el mismo vicio; no se podría admitir y practicar sin demostrar una vanidad criminal y bufonesca, y una deliberada insurrección contra el orden de cosas que Dios es-

tableció en castigo del pecado y, por consiguiente, sin incurrir en nuevo castigo.

Para insistir un poco más y descender a algún detalle concreto, compruebe usted el antagonismo que demuestran sus posiciones fundamentales, entre la doctrina de la Democracia numérica y la doctrina cristiana. Recuerde usted, por ejemplo, el cuidado con que ésta nos pone en guardia contra la excesiva tendencia al propio juicio, tan frecuente en el hombre, porque resulta muy atractiva para su orgullo instintivo. “No juzguéis para que no seáis juzgados”, dijo el mismo Jesucristo. “No juzguéis, si no queréis engañaros”, responde como un eco San Agustín. Este precepto de modestia y de prudencia es, ante todo, de orden espiritual, pero su alcance y su valor se extienden ampliamente al dominio moral y, por consiguiente, social y político. Por lo menos, debe inspirarnos una legítima reserva el empleo de serias precauciones en el uso de nuestra facultad de juzgar.

¿Se ha pensado en la profunda e insolente contradicción que le opone el dogma de la Soberanía popular? Soberanía que consiste esencialmente en que todo sea juzgado por todos; en hacer del juicio individual la regla obligatoria, permanente, cotidiana, de la so-

ciudad; en remitirse, en último recurso de toda cuestión, al juicio de cada uno y, correlativamente, fíjese usted bien, en obligar a cada uno a juzgar, no sólo de lo que conoce mejor o peor, sino de lo que ignora por completo. Y, al menos, reclama de cada uno de nosotros, a título de servicio cívico, ese acto tan difícil como es el de juzgar de la capacidad, competencia y honradez del delegado a quien da su firma en blanco.

Tal es, y nadie podría negarlo, la exigencia fundamental de la Democracia. Tiene la cínica audacia de añadir, primero, que el criterio del pueblo soberano es siempre recto e infalible; lo cual no puede menos de envanecer, sin medida, a los individuos que forman el cuerpo social, y de incitarlos a dar su opinión a la ligera y según su capricho o interés personal del momento. Luego hace de manera que, a los ojos de cada elector, se atenúe la conciencia de la responsabilidad propia, que es contrapeso del propio juicio, porque la siente diluida hasta el infinito, y casi insignificante entre el veredicto de la masa.

A la doble puesta en guardia del precepto cristiano “No juzguéis, si no queréis ser juzgados”, y “No juzguéis si no queréis equivocaros”, el sistema democrático responde, pues, por dos prescripciones diametralmente

opuestas: "Juzgad, porque sois los únicos e insustituibles soberanos", y "Juzgad, porque no podéis engañaros".

En esta ruptura radical con la prudencia y la moral enseñadas por el Evangelio y por la Iglesia, ¿no es acertado el discernir una intervención característica y reveladora del eterno contradictor, del enemigo perpetuo del género humano, del Demonio?

Y pocas perspectivas son más aterradoras que las que nos ofrece esta multiplicación frenética y esta perversión consecutiva del propio juicio, pues no olvide usted que el Señor añade: "Como juzguéis seréis juzgados. Se os medirá con la medida con que hayáis medido".

En resumen: La Soberanía popular es satánica, en cuanto pretende expulsar a Dios de la Sociedad y proclamar contra El los llamados Derechos del Hombre, exactamente igual que Lucifer pretendía sustituir a Dios en el cielo y proclamar contra El los pretendidos Derechos de los Angeles rebeldes.

Es satánica en lo que niega, explícita o insidiosamente, dos dogmas esenciales de la Fe cristiana, a saber, el de la caída original, con la profunda mancha del hombre, y el de que toda autoridad tiene en Dios su fuente exclusiva, su regla y sus límites.

Es satánica, por consiguiente, en cuanto establece toda la organización política y social sobre la insubordinación y el orgullo, y hace de este pecado, padre y manantial de otros vicios, el resorte esencial de toda la actividad de las naciones.

Es “la herejía de nuestro tiempo”, decía el cardenal Gousset, que demostró ser buen profeta. “Será tan peligrosa y tan difícil de extirpar como el jansenismo. Lo será más aún, porque le sobrepuja inmensamente en malicia y extensión.”

El abate hace una pausa y me mira con un aspecto interrogador que significa claramente: ¿Está usted convencido o tengo que insistir todavía más?

—Verdaderamente, digo pensativo, la demostración es sugestiva e impresionante, y me parece sólidamente construido el sistema razonable de presunciones concordantes, que yo reclamaba el otro día.

Pues permítame usted fortalecerle aún más, considerando el asunto por un aspecto complementario, insiste mi interlocutor.

—Ayer dije a usted que no se podía tratar, por muy sucintamente que se exponga, la Soberanía del Pueblo, sin hablar del Liberalismo, porque le es congénito. En efecto, el hombre no puede ser soberano individual y co-

lectivamente, si no es independiente y libre. Por eso, los doctores de la Revolución pusieron en la base de su edificio este axioma, hoy incontestable por desgracia, "que todos los hombres nacen y permanecen libres y con los mismos derechos". Pues bien. Va usted a encontrar otra vez aquí la acción inteligente y sutil del mismo poder maligno, la misma hipocresía e igual soberbia que la que denunciábamos hace poco, y comprobará hasta dónde ha podido corromper también la noción de libertad.

En lugar de ver lo que ésta es realmente en el hombre, es decir, una concepción relativa y no un absoluto; el manantial de nuestras responsabilidades y de nuestros méritos; el "sublime poder de ser causa", por citar una vez más a Blanc de Saint-Bonnet, y la facultad de elegir el bien y cumplirle, la Revolución, igual que la Reforma, de la cual es hija, no quiere hallar más que el derecho del libre examen en el libre albedrío del hombre, considerado siempre como dueño soberano de sus decisiones de sus actos. Del derecho del libre examen, deduce ella el de libre elección, y define la libertad como el derecho del individuo de hacer todo lo que le place con la única condición de no atropellar la correlativa libertad de sus semejantes. El hombre re-

cibe así un poder pleno y oficial para hacer legítimamente, si esto puede decirse, el mal lo mismo que el bien, o, si se quiere, el de engañarse, aunque sea deliberadamente, y para imponer su error y sus vicios como verdad y virtudes, si puede arrastrar consigo a la mayoría, puesto que es el número sólo el que decide soberanamente lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo. Entendida falsamente de este modo, la libertad es promovida al rango de principio primero y absoluto de organización social, del criterio según el cual todo debe apreciarse en derecho y juzgarse de hecho, y da origen a un sistema: el Liberalismo.

Usted ha hecho la crítica política y jurídica de esta acepción de la libertad, inspirándose en páginas inmortales de Carlos Maurras, y yo suscribo plenamente sus conclusiones; pero, si no tengo que añadir nada esencial a sus estudios de sociología positiva, aprovecho, en cambio, la ocasión que se ofrece para completarlos con algunas advertencias importantes en el orden teológico y religioso. Y es tanto más indispensable el insistir sobre este aspecto de las cosas, cuanto más numerosos son esos ciegos, renegados o cómplices, que no distinguen la realidad de la acción satánica y se esfuerzan en velarla o disfrazarla.

No faltan, felizmente, inteligencias que han sabido descubrirla, y que la denuncian con persuasiva energía. Una de las demostraciones más claras y accesibles es el denunciador y aplastante folleto del teólogo español Sardá y Salvany, del que tenemos una traducción francesa aprobada por el autor. Ataca con juego limpio y se niega en absoluto a embotar su florete. Después de haber demostrado, como acabamos de hacer nosotros, la raíz del liberalismo en la orgullosa convicción de la infalibilidad racional del hombre, expone como tema que “El Liberalismo es pecado”—hasta titula así el libro—, sea que se le considere en el orden de las doctrinas o en el de los hechos.

Pecado en el orden de las doctrinas, como la Soberanía del Pueblo, del que es lógicamente inseparable y por los mismos motivos: Porque “afirma o supone la independencia absoluta de la razón individual en el individuo, y de la razón social en la sociedad”. Porque con eso niega, implícita o explícitamente, todos los dogmas del Cristianismo: la revelación y jurisdicción divina, magisterio de la Iglesia, fe del bautismo, santidad del matrimonio, independencia de la Santa Sede.

Pecado en el orden de los hechos, porque representa la inmoralidad radical, en cuanto

que destruye el principio mismo de toda moralidad, consagra la absurda noción de la moral independiente y es, intrínsecamente, “La infracción universal y radical de la ley de Dios”, autorizando y sancionando todas las infracciones de ella.

Por consiguiente, y siempre como la Soberanía popular y por idénticas razones, “es la herejía radical y universal porque comprende todas las herejías. Es, en el orden de las ideas, el error absoluto, y en el de los hechos, el absoluto desorden, y, en consecuencia, en los dos casos, es pecado por su naturaleza *ex genere suo*, extremadamente grave, pecado mortal”.

Y como algunos aparentaron incredulidad y hasta escándalo e irrisión, insiste el autor con vehemencia:

No solamente pecado grave, sino pecado de tal gravedad, que sobrepasa a todos los otros, porque es esencial e intrínsecamente contra la fe, herejía. Contiene toda la malicia de la infidelidad, además de una protesta expresa contra una enseñanza de la fe o la adhesión expresa a otra que, como falsa y errónea, está condenada por la fe misma, y añade, al pecado muy grave contra la fe, el endurecimiento, la obstinación y una orgullosa

preferencia de la razón propia a la razón de Dios.

Por consiguiente, el Liberalismo, que es un herejía, y las obras liberales, que son obras heréticas, son los mayores pecados que conoce el Código de la ley cristiana, y el hecho de ser liberal constituye un pecado mayor que el de la blasfemia, el robo, el adulterio, el homicidio y cualquier otra cosa prohibida por la ley de Dios y castigada por su infinita justicia" (1).

Y como la potencia de Satanás adquiere una extensión proporcionada al pecado de los hombres, considere usted qué intervención tan enorme la pueden dar, sobre la organización y la vida de las naciones, la adopción oficial y la práctica general del dogma de la Soberanía popular y de los principios del Liberalismo.

—Vaya, vaya, digo yo. Sardá arrea fuerte, según la jerga de nuestros tiempos. Me figuro que suscitaría furiosas cóleras y que sería reprochado de exageración y de fanatismo.

—Y no se equivoca usted, añade el abate sonriendo. Sus enemigos fueron más allá, y, lisonjeándose de encontrar una acogida favorable ante el Papa León XIII, en quien al-

(1) SARDÁ y SALVANY: El liberalismo es pecado. Cap. III.

gunos creían hallar menos intransigencia que en sus predecesores, pretendieron descubrir en la obra de Sardá, no solamente enojosas exageraciones, sino hasta notables errores teológicos. No contentos con multiplicar libelos contra su tesis, la denunciaron al tribunal del Indice, pero el resultado se volvió contra su intento, pues lejos de lanzar ninguna censura contra el animoso escritor, la Congregación alabó oficialmente su celo y su ortodoxia, y censuró el libro de su principal contradictor.

Por otra parte, Sardá sabe hacer con mucha prudencia las necesarias distinciones, y no niega que haya muchos grados en el pecado de Liberalismo. Explica, particularmente, que la buena fe, la ignorancia—en cierta medida y con tal de que no sea voluntaria o inexcusable—y la irreflexión pueden atenuar su gravedad. Pero, al menos, que nadie se engañe: el Liberalismo, hasta cuando permite excusa, permanece siendo una falta, y es una ilusión condenable y absurda esperar el bautizo de la herejía, transformar el pecado en virtud, convertir el diablo esforzándose bien o mal, como lo han hecho muchos alocados y extraviados, por amalgamar los principios liberales y los dogmas de la fe, en yo no sé qué extraña e inaceptable mezcolanza.

Soberanía inmediata e ilimitada y libertad absoluta del Pueblo no ofrecen, por su unión, la expresión madre del principio democrático en su pura ortodoxia. Estas dos nociones constituyen la democracia en el sentido revolucionario, lógico y completo del término. Admire usted de paso hasta dónde tiene razón Blanc de Saint-Bonnet cuando escribe que nuestros errores políticos no son más que errores teológicos realizados.

Ya ha señalado usted lo bien que estos dos puntos de vista se entremezclan y ordenan. El dogma político de la democracia repitámoslo, sale de la negación del principio cristiano de la caída original y es, en esta medida y a este respecto, herejía y pecado. También vemos que las consecuencias diferentes, pero mancomunadas, de la aberración democrática se producen en los dos terrenos. Desde el punto de vista religioso surgirían de ella, con inagotable fecundidad, el Liberalismo católico y toda una serie abundante de otras concepciones heterodoxas, de las que mañana hablaremos. Desde el punto de vista político, ella engendra el Igualitarismo, el reinado de la impericia, el orgullo de la incompetencia, la lucha perpetua de las facciones, el sufragio universal inorgánico y tiránico, y esta perturbación, este embrutece-

miento del cuerpo social que ha perdido su base fundamental y todo criterio de juicio y de conducta.

Creo que usted estará de acuerdo en que es preciso inducir una causa, y una causa proporcionada a los efectos, en la raíz de este florecimiento de perjudiciales quimeras, de esta erupción casi universal de herejías y de errores multiplicados alrededor de un absceso central. O si no, hay que renunciar a explicar nada, y hacer un acto de fe en no sé qué ciega casualidad.

Por el contrario, cualquiera que crea en la acción del Espíritu del mal, ve aclararse todo el embrollo aparente en el que estamos sumergidos, y comprende la necesidad, si queremos volver a la salud política y a la elevada dignidad de nuestra naturaleza, de reaccionar, de manera completa y radical, contra los engaños de Satanás, en lugar de consentir en pactar con él sobre tales o cuales puntos que le aseguran la acción necesaria a su detestable tarea.

Convengo muy sinceramente en la conclusión del señor Multi y me dispongo a retirarme; pero mi interlocutor no se menea. Parece absorto en profunda meditación, y, de repente, con una imperceptible vacilación en la voz, continúa;

—Antes de terminar no creo inútil conducirlo a un puesto de observación aún más elevado y amplio y descubrir ante usted nuevos horizontes. Le haré partícipe de una suposición que se ha impuesto hace mucho tiempo a mi reflexión y no cesa de obsesionarme. Ante ese espectáculo del que acabo de descubrir algunos aspectos, yo me pregunto si no estaremos asistiendo a algunos de los mayores fenómenos de descomposición y de apostasía general previstos y anunciados para uno de los últimos tiempos del mundo. Concretando exactamente mi pensamiento, ¿recuerda usted los capítulos XIII y XIV del Apocalipsis?

—Ya lo creo. Se trata de los pasajes dedicados a las dos Bestias, ¿no es cierto? Pero le prevengo con toda franqueza, señor abate, que le acompañaré eventualmente, y con mucha repugnancia, a una excursión por el terreno de la Revelación de San Juan.

—¿Y eso por qué, amigo mío?—pregunta el señor Multi con sorpresa.

—Oh, muy sencillamente: porque el impenetrable misterio en que se envuelve se presta a demasiadas interpretaciones utópicas y a suposiciones aventuradas y falaces, y en todas las épocas se ha abusado de ellas para sacar sin escrúpulo las más discutibles

aplicaciones a los acontecimientos de actualidad, y en la duda irreductible, yo preferiría abstenerme de ello.

—No niego de ningún modo que muchos hayan utilizado la profecía juanista con imprudencia y ligereza. Sin embargo, usted convendrá en que si la Iglesia la ha colocado en la categoría de los libros inspirados, es porque pensaba que teníamos que sacar de ella enseñanzas útiles, y, si el amor propio y la vanidad humana han ensayado con frecuencia el adaptarla a hechos demasiado localizados o efímeros para merecer la comparación, no quiere esto decir que no estuviera justificado en otra época.

—Y usted piensa que hacer ese honor tan poco envidable a la nuestra, ¿no es valorarla demasiado...?

—Librese usted de hablar con ironía. Hay, a pesar de todo, algunos motivos serios y tristes para creer que puede suponerse sin desatinar, y hasta con alguna verosimilitud. Recuerde que hace un momento convenía usted conmigo en que la Revolución señala una vuelta muy grande en la historia del mundo por su doctrina universal, por su malicia intrínseca, por su oposición radical a las verdades cristianas, por la amplitud de su exten-

sión y por las intensas deformaciones intelectuales y morales que ha producido.

—Sin embargo, ¿qué relación puede ver usted entre la Bestia del mar y los dogmas revolucionarios?

—No olvide usted que los intérpretes admiten que el mar o abismo es sólo una imagen para designar las agitaciones y los trastornos de los pueblos. Según su opinión, la Bestia juanista, por referencia a las cuatro Bestias de Daniel, que representan cada una un imperio, y de las cuales parece ésta la síntesis, significa el poder político puesto al servicio del Dragón, y este Dragón, nos dice San Juan explícitamente, por una parte, que es “la serpiente antigua, el Diablo y Satanás”, y, por otra parte, que él da a la Bestia su trono y su autoridad. Por consiguiente, la Bestia apocalíptica es la figura de una colectividad política bajo la influencia demoníaca. Tal es la opinión del Rvdo. P. Albo. En cuanto al Rvdo. P. Péret, ve en ella “la potencia diabólica de perdición de las colectividades humanas”, lo cual viene a ser casi lo mismo.

—Le veo venir, señor abate. Puestas así las premisas, va usted a añadir triunfalmente: Nosotros hemos reconocido que los postulados revolucionarios fundamentales son de

aplicaciones a los acontecimientos de actualidad, y en la duda irreductible, yo preferiría abstenerme de ello.

—No niego de ningún modo que muchos hayan utilizado la profecía juanista con imprudencia y ligereza. Sin embargo, usted convendrá en que si la Iglesia la ha colocado en la categoría de los libros inspirados, es porque pensaba que teníamos que sacar de ella enseñanzas útiles, y, si el amor propio y la vanidad humana han ensayado con frecuencia el adaptarla a hechos demasiado localizados o efímeros para merecer la comparación, no quiere esto decir que no estuviera justificado en otra época.

—Y usted piensa que hacer ese honor tan poco envidable a la nuestra, ¿no es valorarla demasiado...?

—Líbrese usted de hablar con ironía. Hay, a pesar de todo, algunos motivos serios y tristes para creer que puede suponerse sin desatinar, y hasta con alguna verosimilitud. Recuerde que hace un momento convenía usted conmigo en que la Revolución señala una vuelta muy grande en la historia del mundo por su doctrina universal, por su malicia intrínseca, por su oposición radical a las verdades cristianas, por la amplitud de su exten-

sión y por las intensas deformaciones intelectuales y morales que ha producido.

—Sin embargo, ¿qué relación puede ver usted entre la Bestia del mar y los dogmas revolucionarios?

—No olvide usted que los intérpretes admiten que el mar o abismo es sólo una imagen para designar las agitaciones y los trastornos de los pueblos. Según su opinión, la Bestia juanista, por referencia a las cuatro Bestias de Daniel, que representan cada una un imperio, y de las cuales parece ésta la síntesis, significa el poder político puesto al servicio del Dragón, y este Dragón, nos dice San Juan explícitamente, por una parte, que es “la serpiente antigua, el Diablo y Satanás”, y, por otra parte, que él da a la Bestia su trono y su autoridad. Por consiguiente, la Bestia apocalíptica es la figura de una colectividad política bajo la influencia demoníaca. Tal es la opinión del Rvdo. P. Albo. En cuanto al Rvdo. P. Péret, ve en ella “la potencia diabólica de perdición de las colectividades humanas”, lo cual viene a ser casi lo mismo.

—Le veo venir, señor abate. Puestas así las premisas, va usted a añadir triunfalmente: Nosotros hemos reconocido que los postulados revolucionarios fundamentales son de

esencia satánica, luego la Bestia apocalíptica es la figura profética de la Revolución.

—Pues el silogismo no estaría tan mal construido, y me parece, además, corroborado por el hecho de que la Bestia constituye un excelente símbolo para designar una doctrina estúpida y absurda por naturaleza, digna de ser representada por un bruto, ya que lleva consigo la negación de todo elemento espiritual y divino; elimina la razón, o al menos, la somete a la cantidad ciega y pretende hallar la capacidad en la incompetencia, y establece el orden por la anarquía. La Boétie, antiguamente, y muy recientemente Simona Weil, ¿no habla en el mismo sentido, el primero, del populacho, y la segunda, del animal?

—Pero veamos... Yo creía a los comentaristas casi unánimes para decir que la Bestia de San Juan es la alegoría del emperador Nerón, prudentemente camuflada, y esta Bestia, a pesar de la multiplicidad de sus encarnaciones, no es, sin embargo, el ave Fénix para que usted la haga resucitar arbitrariamente al final del siglo XVIII.

—Usted no tiene en cuenta la idea desarrollada por los comentaristas más autorizados de que, en la literatura profética, el valor de un símbolo no se agota, por necesi-

dad, con una sola aplicación. El género apocalíptico practica el plurisimbolismo simultáneo o sucesivo. En términos tal vez más expresivos: los símbolos son polivalentes (1). Puede, pues, admitirse sin dificultad que la Bestia juanista presenta una posibilidad de reviviscencia histórica perpetua. Puede muy bien designar, en particular, al mismo tiempo al feroz Ahenobarbo (2) y a la Democracia de nuestro tiempo. Entre esas dos formas de tiranía hay, además, numerosas semejanzas y puntos de contacto...

—No dudaba que usted poseía un entendimiento muy sutil, señor abate, y bien lo demuestra. Sin embargo, yo me he dejado decir que la identificación de la Bestia con Nerón se ha podido hacer de un modo casi seguro, porque la cifra 666 que San Juan atribuye al monstruo apocalíptico corresponde en caracteres hebraicos a la grafía NERO CESAR. ¿Va usted a sostener que se da la misma coincidencia con la Democracia?

—No sostendré eso, porque no estoy bas-

(1) El autor emplea el término químico polivalente (de varias valencias) en la acepción de que sirve para varias interpretaciones (N. del T.).

(2) Nerón fué el último de la familia Domitia que llevó el sobrenombre de Ahenobarbo (barba de color de bronce), antes de ser adoptado por Claudio. (N. del T.).

tante familiarizado con el hebreo, como para juzgarlo; pero lo que sé bien es que la gematría antigua, la ciencia abstrusa del lenguaje cifrado fundada sobre la idea de que las letras tienen un valor numérico en algunas lenguas, sobre todo en griego y en hebreo, esta gematría, a través de la cual hace usted una excursión tal vez temeraria, va a suministrar argumentos bastante curiosos a mi hipótesis.

Ella enseña, en efecto, y usted lo sabrá seguramente, que 6 es un número imperfecto por excelencia, por oposición a 7, que señala una plenitud, una perfección. Seis, escribe el Rvdo. P. Allo, "es un siete malogrado" (3), significa lo que se ha truncado, lo que está falto de un elemento esencial para realizar su plenitud y muestra una presunción ridícula para conseguirla, y esta significación aumenta cuando la cifra está repetida, como en este caso. Por eso Alberto el Grande y el Venerable Beda creyeron que simbolizaba la creación puramente material y el hombre sin religión. Con una interpretación aproximada, tiene uno el derecho de pensar que significa, sobre todo, la cantidad pura, la cantidad grosera e indefinida, sin ningún prin-

(1) Cf. R. P. ALLO: Saint Joan, L'Apocalypse.

cipio superior para organizarla y animarla, lo que es precisamente el dogma central de la Democracia.

Continuemos con este análisis de las cifras, puesto que usted ha querido meterse en él. La Bestia es representada con siete cabezas, y esta multiplicidad para un solo cuerpo me parece también muy significativa del régimen popular, porque no olvidemos que siete es un número perfecto e indica, pues, ilimitación de los jefes posibles de la comunidad. Los diez cuernos y las diez diademas confirman esta interpretación, y parece que quieren hacernos comprender que el poder supremo es el atributo de la multitud, aunque este poder presente un aspecto ficticio e irrisorio, según la significación gemétrica, bastante desfavorable a la cifra diez. También se explica uno inmediatamente por qué los cuernos, es decir, la insignia del poder, llevan nombres de blasfemia, y por qué la boca no profiere más que ultrajes a la Divinidad. La Democracia revolucionaria, ¿no es intrínsecamente negación de la autoridad espiritual, y no lleva consigo ofensa permanente y guerra a Dios?

Todas las otras alegorías secundarias me parece que encuentran una explicación tan fácil y tan clara. Mañana veremos cómo la

Bestia revolucionaria, “la Bestia escarlata”, se ha curado de la herida, mortal en la apariencia, que le había producido el Papado, y, tan bien, que ha podido vencer la oposición de los espíritus más rectos y de los corazones más valientes, de los Santos, y ha asegurado su dominación durante el largo periodo simbolizado por cuarenta y dos meses. “Le ha sido dada autoridad sobre toda tribu, todo pueblo, toda lengua y toda nación, como lo vemos hoy día, y por el intermediario de la Bestia de la Tierra, que a mi juicio simboliza los gobiernos establecidos para ejercer efectivamente el poder y realizar las voluntades de la primera, recibe los homenajes del mundo entero, sobrecogido de admiración, que se prosterna ante el Dragón y que adora a la Bestia diciendo: ¿Quién hay semejante a la Bestia y quién puede combatir contra ella?

Vamos a ver, francamente, ¿no evoca esto de modo irresistible, en usted, la insolente pretensión de las Democracias actuales a la dominación del universo? Y cuando el vidente de Patmos escribe que cada uno debe recibir una marca en la mano derecha o sobre la frente para que ninguno pueda comprar ni vender si no está señalado con el nombre de la Bestia o con el número de su nombre, ¿no le ha llamado a usted la atención el reciente

recuerdo y el espectáculo actual de los esfuerzos prodigados por toda forma de Democracia, incluida la nuestra, para arrancar por engaños, por la fuerza o por vía jurídica, los derechos elementales de ciudadanos a todos los que se niegan a inclinarse ante la ideología satánica, hoy victoriosa?

—Puede ser, digo levantándome. Existen ahí coincidencias bastante curiosas. Sin embargo, hasta que no esté mejor informado, yo no veo en su descripción y en sus ingeniosas comparaciones más que un juego habilidoso de su espíritu.

—Si reflexiona usted sobre ello, tal vez encuentre algo más que eso, dice el señor Muiñ. Pero yo no he pensado en imponerle mi interpretación, por sugestiva que pueda parecerme, en una materia en que las opiniones permanecen perfectamente libres y en que es difícil hallar el hilo conductor. Por eso, después de haberle propuesto este perturbador asunto de meditaciones, volveré mañana a un terreno más positivo.

Me despido; pero, apenas he cerrado la puerta, me sorprende a mí mismo murmurando:

—Y, sin embargo, el punto de vista del abate bien merece alguna reflexión...

VII

—Usted tiene la culpa de que yo esté lleno de pesadillas durante las noches por haber orientado mis ideas, hace una semana, hacia las manifestaciones del Satanismo en las Sociedades contemporáneas, me reprocha amigablemente el abate Multi, al abrirme la puerta de su casa; y añade con tristeza: Aún no hemos terminado y, casualmente, la jornada de esta noche va a ser la peor de recorrer.

Permanece afable y cortés, pero noto que, en el fondo, está nervioso e irritable, y me digo para mis adentros que lo más acertado es abstenerse hoy de toda contradicción y dejarle transformar el diálogo en soliloquio, como es su tendencia habitual.

Hojea sus fichas y empieza:

—No tengo necesidad de repetir todas las

reiteradas condenaciones pontificias que han atacado a la diabólica doctrina de la Revolución y, muy especialmente, a los dos errores democráticos fundamentales sobre los que acabamos de insistir. Sin embargo, no es superfluo el recordar alguna, entre las más explícitas, ya que la táctica constante de nuestros adversarios es la de echar sobre ellos el velo del silencio. Nunca hablan de esto ni jamás hacen alusión esperando hacerles caer en el olvido, gracias a este mutismo.

Esta estrategia no parece mala, pues ha contribuido a desarrollar la asombrosa ignorancia de la casi totalidad de los católicos contemporáneos. Hay que reconocer, desgraciadamente, que por timidez, inconsciencia y por dejarse llevar, muchas personas de recta intención, pero de inteligencia poco cultivada y formación religiosa demasiado rudimentaria, cooperan a este modo de echar tierra sobre el asunto y hacen juego al Diablo sin sospecharlo. Por eso prefiero volver, hasta sobre hechos que debieran ser conocidos por todos los fieles, sin excepción.

Ya sabe usted que las advertencias solemnes y apremiantes no han faltado. Le he citado las primeras reacciones de Pío VI, y recuerde la Encíclica *Mirari vos*, de Gregorio XVI, en 1832, contra Lamennais y la es-

cuela de *L'Avenir*, que es la primera admonición dirigida contra el Liberalismo (1). Pío IX continuó desarrollando sin descanso las condenaciones promulgadas por su predecesor, y se dedicó especialmente a perseguir a Satanás a través de todos los disfraces, más o menos ingeniosos, de que ha podido revestirse sucesivamente el infernal Frégoli (2): Naturalismo, Racionalismo, Indiferentismo, Latitudinarismo, Americanismo, Liberalismo, propiamente dicho, fueron desenmascarados y estigmatizados, y el Papa llevó su solicitud hasta añadir a la Encíclica *Quanta cura*, para mayor claridad y comodidad, ese catálogo llamado Syllabus, en el cual enumera 80 proposiciones tachadas de herejías o de graves errores, visados por actos pontificios anteriores.

Señalemos, solamente para nuestro fin, la proposición condenada en el número 60: "La autoridad no es otra cosa más que la suma del número y de las fuerzas materiales." Ahí se encuentra directamente condenada la So-

(1) Lamennais fundó el periódico *L'Avenir* en Octubre de 1830. Con él colaboraron, al principio; sus discípulos Lacordaire y Montalembert que le abandonaron en cuanto empezaron los extravíos doctrinales del desgraciado abate. (N. del T.).

(2) Los lectores que no sean muy jóvenes recordarán haber visto en nuestros teatros a este famoso transformista italiano. (N. del T.).

beranía del Pueblo en su aspecto práctico de sufragio universal—ese sufragio que el Papa calificaba de “mentira universal”—, el cual está destinado, evidentemente, a establecer y a consagrar la autoridad absoluta del número.

De la misma manera está condenada la 80 y última proposición: “El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, al liberalismo y la civilización moderna.” La forma general y absoluta en que está redactada fué escogida, sin duda, para impresionar los espíritus y obligarlos a reflexionar, pues no hay que decir que el Papa no condena, en el progreso y civilización moderna, las conquistas de la ciencia, sino solamente la concepción material y anticristiana según la cual se las pretende utilizar.

Por otra parte, la Encíclica *Quanta cura* estigmatiza formalmente la aserción en virtud de la cual “la voluntad del Pueblo manifestada por lo que algunos llaman opinión pública o de cualquier otra manera, constituiría la ley suprema, con independencia de todo derecho divino o humano”.

Pío IX cuidó especialmente de descubrir y frustrar los esfuerzos y engaños de esos espíritus enamorados de la conciliación a cual-

quier precio que sueñan con la unión, contra natura, entre el *sí* y el *no*, y se empeñan en establecer un acuerdo aparente entre la herejía y la ortodoxia. Por eso se levantó explícitamente contra el híbrido sistema bautizado por sus protagonistas con el nombre de Liberalismo católico; ve en él la más audaz y descarada de las astucias diabólicas, y no se priva de decirlo con insistencia. Por ejemplo, al recibir una delegación francesa, con motivo del 25 aniversario de su pontificado, denuncia abiertamente “la mezcla de principios” opuestos que tales y tales se obstinan en realizar, y no duda en decir, con forma ruda como un latigazo, que no es habitual en él: “Hay en Francia un mal más reprochable que la Revolución y que todos los miserables de la *Commune*, especie de demonios salidos del infierno, y es el Liberalismo católico. Lo he dicho más de cuarenta veces y lo repito por razón del amor que os profeso.”

Mas, he aquí que sube a la cátedra de San Pedro un Papa reputado como más *politican- te* que *zelante*, y los espíritus de tendencia liberal sienten renacer sus esperanzas de *combinazioni*, y los anticlericales se hacen la ilusión de manejar al nuevo Pontífice. Gambetta, que le juzga “aún más diplomático que

sacerdote” y que la califica de “oportunista sagrado”, prevé ya la eventualidad de una “unión de razón” entre la Democracia y la Iglesia. Inútil espera. León XIII demostrará en su doctrina el mismo rigor que su antecesor. En la Encíclica *Inscrutabili Dei*, donde reitera expresamente las condenaciones llevadas a cabo por Pío IX y confirma el Syllabus, reprocha a los partidarios del dogma revolucionario de haber eliminado a Dios “por una impiedad muy nueva que los mismos paganos no han conocido”, y de “haber proclamado que la autoridad pública no tomaba de El su principio, su majestad y la fuerza para mandar, sino de la multitud del pueblo, la cual, creyéndose desligada de toda sanción divina, no ha soportado el estar sometida a otras leyes más que a las que ella habría promulgado conforme a sus caprichos”.

En la Encíclica *Immortale Dei*, que también se refiere al Syllabus, declara que “la soberanía popular que, sin tener a Dios en cuenta, dice residir en el pueblo por derecho natural” y los otros principios revolucionarios de Libertad y de Igualdad, constituyen doctrinas “que la razón humana reprueba” y que la Santa Sede no ha tolerado nunca ver emitidas impunemente. En la Encíclica *Diu-*

turnum illud insiste de nuevo: Al hacer depender el poder público de la voluntad—perpetuamente revocable—del pueblo, se comete, primero, un error de principio, y, además, no se da a la autoridad más que un fundamento frágil y sin consistencia”. Y añade aún: “De la herejías (de la Reforma) es de donde nacieron el derecho moderno, la Soberanía del Pueblo y esta licencia sin freno fuera de la cual no saben muchos ver la verdadera libertad”. La Encíclica *Humanum genus* opone a la trilogía revolucionaria, estigmatizándola una vez más, la noción cristiana de la Libertad, Igualdad y Fraternidad, y la Encíclica *Libertas præstantissimus* renueva explícitamente la censura contra la teoría según la cual el origen de la comunidad civil debe buscarse en la libre voluntad de cada uno y “el poder público emana de la multitud como de su fuente primera”, y tan bien, que el ex abate Charbonnel se lamenta de que “jamás ningún Papa haya anatematizado tanto las teorías democráticas y revolucionarias como León XIII, Papa liberal”.

Otros veinte textos podrían añadirse a éstos, si fuera preciso, del mismo León XIII y de sus sucesores. Hagamos notar solamente que Pío X, en la Carta *Notre charge aposto-*

tique sobre el Sillón, califica de “ideal condenado” la doctrina que “coloca la autoridad en el Pueblo”; pretenden realizar la nivelación de las clases, y quiere que “la autoridad suba de abajo para ir hacia lo alto”. “El Sillón, dice, se imagina un género de Democracia cuyas doctrinas son erróneas” (1). El Papa prohíbe “hacer entre el Evangelio y la revolución aproximaciones blasfemas”, del tipo de las que citaré en seguida algunos ejemplos.

La Encíclica contra el Modernismo ataca a la última transformación de este Liberalismo que poco después nos mostraría Pío XI “abriendo el camino al Comunismo ateo”. Y si Pío XII, como antes León XIII, se presta, según luego veremos, a ciertas concesiones de vocabulario, no cede ni una jota, muy al contrario, en cuestión de principios, y frente a las concesiones revolucionarias toma exac-

(1) Mar Sanguier fundó en Francia con mucho éxito, en 1894 la asociación de jóvenes católicos, principalmente, llamada *Le Sillon* (El Surco). Recta intención y sincero entusiasmo, pero falta de principios seguros y estables. Tendencias políticas peligrosas; iniciaciones místicas en la Iglesia y defensa de la secularización de la democracia; afición a novedades, hasta tratar con protestantes y manifestar simpatía por los anarquistas rusos, el Sillon sufrió el desvío del Episcopado francés y de la Santa Sede primero, y la solemne condenación el 23 de Agosto de 1910. Sanguier y la mayor parte de sus compañeros se sometieron al fallo de la autoridad de la Iglesia. (N. del T.)

tamente la actitud de los anteriores Pontífices. No, hay que perder toda esperanza de ver nunca a la Santa Sede volverse atrás de una doctrina tan minuciosamente definida y tan expresamente promulgada. Entra en el tesoro riquísimo de las verdades adquiridas, y no sería posible atenuarla o modificarla sin renegar de la tradición apostólica y consumir la más estrepitosa de las quiebras morales.

Podría creerse que con estos reiterados golpes la Bestia democrática, por volver a la imagen de San Juan, había quedado herida de muerte y, en efecto, si las instrucciones dadas por la Santa Sede hubiesen sido observadas, la ofensiva diabólica hubiera tenido que reconocerse vencida; pero, naturalmente, Satanás se ingenió para detener la acción dirigida contra él. Su estrategia ha sido sumamente hábil, como era de suponer, y le ha permitido reparar sus pérdidas y llegar más allá. Por una parte, retirada táctica y resistencia silenciosa; por otra, recurso a la mentira en grandes dosis, mentira cínica o sutil, descarada o suavizada; mentira universal erigida en regla de vida política y en el sistema de organización social.

En lugar de movilizar en seguida todas

sus fuerzas y suscitar una rebelión general con gran estrépito; en vez de lanzarse inmediatamente a un combate decisivo de conjunto en el que hubiera corrido grave riesgo de ser vencido por completo, como en su primera rebelión, Satanás prefirió establecer una resistencia elástica y pasiva, limitando la oposición abierta a algunas manifestaciones esporádicas, suficientes para mantener los dogmas destructores, pero no lo bastante graves, en apariencia, como para hacer presagiar una gran disgregación. En la mayor parte de los casos, Satanás encaja los golpes en silencio y sin protestas.

Por eso, cuando la Santa Sede fulmina las condenaciones de las que he citado a usted algunos ejemplos, halla casi siempre, una obediencia aparente, pero superficial y floja, sin adhesión verdaderamente filial y profunda; un eco dócil al exterior, pero no una colaboración real de los espíritus y de los cuerpos, y, con frecuencia, sus admoniciones han sido recibidas con "el alma fugitiva", como diagnosticaba Pío X por algunos elementos del Sillón. Se acataba con las formas, manifestando, si era preciso, discretas reservas más o menos respetuosas, una especie de escepticismo con tinte de conmiseración por la in-

transigencia y torpeza de la Santa Sede o de simpatía respecto a sus víctimas, y una esperanza, apenas declarada, en posibles desquites para el porvenir, y se continuaba profesando, *in petto*, de modo más o menos explícito, el error censurado invocando las necesidades de oportunidad y las exigencias de la hipótesis. No se organizaba contra él la lucha paciente, tenaz, con sanciones adecuadas y con la vigilancia ininterrumpida que hubiera sido indispensable, de manera que con el olvido, que llegaba pronto, la doctrina condenada recuperaba su vigor poco a poco, reclutaba nuevos partidarios y, rejuvenecida, maquillada, transformada, volvía o ganar terreno. Al cabo de algunos años, la masa, y hasta la mayor parte de los mandos, habían perdido la noción y el recuerdo preciso de las intervenciones pontificias y todo se hallaba como para volver a empezar de nuevo.

Gracias a estas hábiles maniobras, el espíritu del Mal ha conseguido espantosos progresos. Sólidamente instalado, ya lo hemos visto, sobre las dos posiciones dominantes de la teoría revolucionaria, la Soberanía popular y el Liberalismo, que la ofensiva papal no ha conseguido dismantelar, a pesar de sus

reiterados ataques; manejando, como maestro consumado, el orgullo humano, ha multiplicado sus infiltraciones e invasiones dentro de la organización y la vida sociales con progresos, ya esporádicos, ya indurables. La infestación diabólica se manifiesta y se asegura por todas partes, incesante y multiforme. A los avisados se les descubre por una señal irrecusable, infaliblemente característica “del que es mentiroso desde el principio” porque “no hay verdad en él”.

Ya implica disimulo e hipocresía la actitud que hemos descrito ahora, pero este punto de vista parcial debe ser generalizado infinitamente.

En efecto, el Príncipe de la bribonería y del fraude ha conseguido hacer reinar en el mundo contemporáneo, hasta un grado anormal, la confusión y la mentira, que es su esencial y más preciso medio de acción. Lo domina con maestría, y Simona Weil tiene razón al señalar, por ejemplo, que, “habiendo Dios producido el bien puro, el Diabolo ha mezclado el mal con él, de tal manera, que Dios no pudiera separarlos sino destruyendo los dos... El Demonio es, en verdad, muy poderoso” (1).

(1) SIMONE WEIL: *La Connaissance surnaturelles*, p. 271.

En estas tinieblas, como observa muy bien Blanc de Saint-Bonnet, han desaparecido todas las bases sólidas de la vida pública, toda la integridad del alma social, y en todas partes han sido reemplazadas por fingimientos. La duplicidad es universal y nos ciega, nos ahoga, nos extravía, pudre y disuelve todos nuestros puntos de apoyo. Nuestra época y nuestro espíritu se hallan tan gangrenados de la mentira, que contaminan casi indefectiblemente hasta las instituciones y los hombres que quisieran permanecer indemnes, y los llevan, a falta de cosa mejor, a recurrir a la mentira para luchar contra la mentira.

Mentira en la filosofía política, que pretende subrepticamente reemplazar el espíritu por la materia, la cualidad por la cantidad, el Criador por la criatura, la razón por la ciega aritmética.

Mentira en el lenguaje político, y especialmente en la jerga parlamentaria, que ha llegado a ser anfibológica y casi hermética, y de la que ni una palabra, como indica acertadamente Péguy, ha conservado su significación natural.

Mentira en las instituciones políticas edificadas sobre fundamentos inestables y ruino-

sos, y mentira en particular, lo hemos visto, en la soberanía del Pueblo, que desfigura la autoridad de la que hace una esclava, y el poder, al cual convierte en un despojo.

Mentira en la Justicia, que se convierte en dócil sirvienta de la iniquidad triunfante, sin preocuparse siquiera de la evidencia; se prostituye a los poderosos de la actualidad, y pretende, impasiblemente, transformar la culpabilidad en inocencia, y la inocencia en culpabilidad.

Mentira en la policía, que pervierte la moralidad pública que está obligada a defender, y mentira en la represión y en la venganza, que se esconden bajo la máscara de la legalidad y en la sombra de los calabozos.

Mentira en la interpretación del bien común y del interés general, que no son invocados más que para servir el interés de los partidos o que se rebajan a un concepto sórdido, groseramente utilitario, que se confunde voluntariamente con el bienestar, las comodidades materiales y las satisfacciones concedidas a los institutos egoístas de las muchedumbres.

Mentira en la Ley, que no es racional, impuesta para el bien de todos, sino la simple expresión, camuflada en derecho formal, de la

voluntad del más fuerte, entregándola así a una perpetua inestabilidad y a una injusticia permanente.

Mentira en la Libertad, que no se quiere ver como es, a saber, una conquista lenta y penosa y la sublime facultad de ser causa, sino un don gratuito y congénito al que se transforma en proveedora del mal, en disolvente de la autoridad, en negación de la responsabilidad. Mentira en la Igualdad, en cuyo nombre se pretende estúpidamente dar a todos los hombres un estatuto, derechos y satisfacciones uniformes. Mentira en la Fraternidad, que se envanece de hacer inútil la Caridad, y no consigue más que renovar sin interrupción el drama de Caín y Abel.

Mentira en la Moral, privada de su base y de su fin, que ha llegado a ser puramente ficticia, y mentira en el himno entonado por doquier a la apoteosis de la persona humana, cuya dignidad nunca ha sido tan desconocida y ultrajada.

Mentira en la educación, que es sólo un cebo sin función educadora y cesa, por tanto, de merecer el nombre que se le atribuye.

Mentira en el crédito, que el Estado confunde abiertamente con la expoliación y el robo, y mentira en la moneda, cuyo valor real

está cada vez en mayor desequilibrio con el valor aparente y tiende irresistiblemente hacia el cero.

Mentira en la virtud y la honestidad, reducidas, con demasiada generalidad, a no ser más que máscaras engañosas, y mentira en el lenguaje, en que se obliga a las palabras a decir lo contrario de lo que ellas quieren significar.

Mentira, diré yo, hasta en las oraciones, que algunos políticos, que se hacen reclamo con la religión, elevan públicamente al Cielo por la salvación de un Estado que es la negación y la violación permanente de los derechos divinos, pues según la gran frase de Bossuet, Dios se ríe de las súplicas que se le dirigen para evitar las públicas calamidades, cuando no se opone nada a lo que se hace para atraerlas.

Mentira, para remate de todo, en el comportamiento de los mejores, que juzgan un deber, pretendiendo evitar un mal peor, el pactar con lo falso, ostentar opiniones que no son las suyas y hacerse pasar por lo que no son.

Mentira, ¡ay!, en la verdad, a la cual se incorpora sistemáticamente una parte de error, y mentira en el error, al cual se aña-

de sistemáticamente una parte de verdad, perturbando de tal modo el espíritu de los hombres, que a los ojos de muchos vienen a ser prácticamente indiscernibles o intercambiables.

La perversión y la confusión han llegado a ser tan grandes, que un parlamentario francés ha podido proclamar, sin suscitar ninguna reprobación: "Más vale unirse en el error, que dividirse en la verdad".

Lo repito: no hay índice más revelador ni más temible de la empresa diabólica en nuestra patria, y en el mundo entero, que ese descrédito absoluto y general en que ha caído la verdad; que esa indiferencia y tranquilo menosprecio que demuestran, respecto a ella, nuestros ciegos contemporáneos. Nada evidencia mejor la deformación, la intoxicación de los caracteres por las potencias infernales, que esta convicción, de que cada cual alardea, de ser verdad lo que a él le parece. Aún quedan oposiciones personales a esta concepción, pero en la sociedad civil no hay ninguna institución protectora contra semejante estado de espíritu. Muy al contrario, toda la organización política de la Ciudad tiende a desarrollarle y reforzarle. Nada más siniestro que la quietud, la beatitud que parece experi-

mentar en esta atmósfera, y tanto mayores cuanto más saturadas están de engaños, falsedades y perjuros. Casi podría decirse que la Ciudad practica el disimulo y la hipocresía con orgullo, ostentación y entusiasmo, y, bien entendido, Satanás previene toda mejora y cualquier arrepentimiento, y emboscado en los dogmas revolucionarios lanza sobre el mundo sus nubes corrosivas de imposturas, como oleadas de gases deletéreos.

¡Qué triunfo para el Padre de la Mentira el haber abusado así, con engañosos fantasmas, de la credulidad del pueblo soberano, que soñando con paz, dicha y tesoros, se despierta horrorizado, de cuando en cuando, para contemplar los hojas secas y los reptiles venenosos que tenía entre las manos!

No puedo contener un gesto de aprobación, pero el abate Multi está tan absorto que ni siquiera me ve, y continúa:

Contemple usted cómo después de haber corrompido las inteligencias y haber entretenido en el error el espíritu de los hombres, "el Mono de Dios" ha coronado su tarea con una obra maestra de duplicidad e insolencia.

Le vemos empeñado, en todos los puntos del globo, y más particularmente entre nosotros, en copiar la obra divina, desnatura-

lizándola y caricaturizándola de la manera más odiosa para destruirla mejor. Sustituye disimuladamente doctrina con doctrina, mística con mística, credo con credo, y da a la Revolución democrática el aspecto de una religión al revés, para captar las aspiraciones espirituales de las almas, invirtiendo todos los caracteres del catolicismo.

Como Cristo vino a abrir al hombre el camino del Cielo, el Diablo pretende dar a éste libre acceso a los goces de este mundo y transportar el Paraíso a la tierra. Construye su falaz reino a imagen del reino celestial, y su malhechora Iglesia sobre el modelo de la Iglesia verdadera. A esta Contra-Iglesia, que él se esfuerza con éxito en hacer "católica" en el sentido etimológico de universal, ha dado un gran Fetiche, el Pueblo deificado en sus elementos y en su masa, el pueblo hipostasiado (1) por la doctrina revolucionaria, y especialmente por Michelet, en un Idolo dotado de una personalidad propia, infalible e impecable, creando así una verdadera idolatría democrática, una Demolatría cierta. Le ha dado un símbolo, condensado en la

(1) Traducimos literalmente este participio que no existe en castellano, en lugar de escribir personificado, que es la palabra exacta. (N. del T.).

Declaración de los Derechos, y una verdadera teología, con exégetas sutiles en los doctores y pontífices que offician en los cenáculos parlamentarios, y los comités políticos con misioneros que siembran incansablemente, por la palabra y la prensa, la cizaña que debe ahogar la buena semilla. Tiene su catecismo compuesto de slogans muy sencillos, repetidos constantemente para saturar bien las inteligencias, y propuestos sin descanso a la veneración de las muchedumbres, como axiomas indiscutibles. Tiene sus prestigiadores, que se esfuerzan en imitar los milagros, pero presentándose como exclusivamente científicos; su magia, que pretende operar la transubstanciación de las ignorancias, de los impulsos frívolos, de los bajos intereses y de las opiniones malsanas en una Voluntad General infalible "siempre recta, inalterable y pura". Tiene su culto y objetos sagrados figurados por las urnas electorales y las papeletas de voto, sus fieles, de los que hablaremos en seguida, sus sacristanes y sus pertigueros.

De arriba abajo de esta Contra-Iglesia circula una fe ardiente y viva, inflamada y enardecida por abundante concesión de prerrogativas y ventajas, que llega, a menudo, hasta el más ciego fanatismo, y que sigue cui-

dadosamente en todos los puntos esenciales el contrapié (1) de la fe católica.

Bajo la cubierta de reivindicaciones políticas y sociales, el Príncipe de este Mundo establece progresivamente su imperio, y por su acción insidiosa la Democracia se identifica cada vez más con la Demonocracia. Demos y Demon se parecen mucho, y Satanás habita con gusto en el número. ¿No dice él mismo que su nombre es Legión?

Las masas, ciegas por naturaleza, no distinguen el carácter infernal de esta ocupación, cada día más extendida y poderosa. Atraídas por el reclamo de ciertas apariencias halagadoras, creen perseguir su propio bien, el mejoramiento de su suerte, y hasta un ideal más perfecto de justicia, mientras caen entre las redes del Tentador. Sin embargo, sus elementos más refinados empiezan a sentir inquietudes al comprobar el creciente desorden y la inseguridad e inestabilidad generales que se manifiestan en todas las comunidades nacionales, y en cuanto a las inteligencias un poco perspicaces, hace mucho tiempo que no tienen ninguna duda.

Si hubiese sido necesaria, además, una prueba suplementaria de la acción infernal,

(1) Huellas del pie vistas de fuente. (N. del T.).

Satanás la hubiera dado en el caso en que, sobrepasando los límites de una infestación cotidiana, hábilmente disimulada, revelara su terrible poder en fenómenos que ofrecieran todos los caracteres de una abierta crisis de posesión colectiva. Me refiero a los enormes trastornos acompañados de convulsiones sociales tetánicas como han sido, en España, la reciente Revolución roja, y entre nosotros, el Terror jacobino, y el Terror llamado depuración de los años 1944 y siguientes.

No comprendo cómo se puede desconocer la influencia demoníaca en esos acontecimientos. Está patente y estalla en ellos, tanto por la explosión general y paroxística de los instintos más perversos, como por la voluntad deliberada de pudrir y corromper todas las nociones más corrientes, y hasta el mismo lenguaje, para mejor desorientar y perturbar los espíritus, sustituyendo, por todas partes, con un significado nuevo, vicioso o criminal, las ideas más venerables y los vocablos legítimamente consagrados: Religión, Patria, Ley, Piedad, Libertad, Igualdad, por ejemplo.

Pero esa influencia brilla, sobre todo, en la orgía de sacrificios humanos, que interrumpen y alteran, de cuando en cuando, el pesa-

do sueño de Demos. Porque Satanás, y ésta es otra señal tan probatoria y reveladora como la anterior de su intervención directa, no olvida que es, no solamente mentiroso y padre de la mentira, sino "homicida desde el principio", como declaró Jesucristo. No contento con engañar a sus inocentes y con frustrar las esperanzas que suscita en ellos, los somete, con intervalos cada vez más frecuentes, a espantosas carnicerías, que ningún esfuerzo humano consigue prevenir ni detener. Aquí se conjugan y afirman la duplicidad y la crueldad, pues jamás se ha celebrado más pomposamente el sagrado derecho a la vida y las imprescindibles prerrogativas del sér humano, que desde la promulgación de los dogmas demoníacos de la Revolución, y nunca han corrido por el mundo más torrentes de sangre. Jamás ha estado la existencia de los hombres más avasallada y tiranizada por leyes y reglamentos arbitrarios e impersonales, más despreciada, más alegremente sacrificada a ideologías ilusorias y vanas, ni nunca habían adquirido las inmolaciones humanas esta amplitud, tan terrible que, ni los peores caníbales, la han demostrado más atroz.

Fusilamientos y guillotinamientos del Terror del 93, guerras de la Revolución, guerras

del Imperio, guerras coloniales, guerra de Oriente, guerra franco-alemana y finalmente guerras mundiales de infierno, bajo cuyo fuego hemos visto desaparecer generaciones enteras y sucumbir los soldados por millones. Y a medida que se afirma y extiende la Soberanía del Pueblo y el derecho al voto es más ampliamente concedido, se agranda también el torbellino sangriento, porque, según la justa observación de Taine, el sufragio político universal e igualitario pide el servicio militar igualitario y universal, y la papeleta de voto del ciudadano no se concibe sin el fusil del soldado.

Y vea usted: las mujeres, a quienes por todas partes se les va concediendo lo primero, empiezan a notar que se les impone también el segundo. Las guerras han llegado a ser conflagraciones de naciones, y luego de continentes, en vez de permanecer siendo rivalidades de príncipes y quedar limitadas a los ejércitos de profesión; y las poblaciones civiles se ven expuestas a golpes mortales. No es sólo el enemigo el que las arruina y destruye; no solamente los campos de concentración, de represalias, de exterminio, devoran miríadas de víctimas inocentes, sino que el contagio de homicidio y la evolución fatal

de la guerra son tan imperiosos y desarrollan tal frenesí, que los beligerantes exterminan en masa, con el pretexto de hacer posibles las operaciones militares destinadas a liberar las mismas poblaciones aliadas, como hicieron las escuadrillas de bombardeo inglesas y americanas en los países invadidos por Alemania.

Esta sangrienta paradoja parece muy natural, y los supervivientes, apenas se ven al abrigo de sus perseguidores y de sus liberadores, son asaltados por una nueva crisis de furor fratricida, y su primer cuidado es el de matarse unos a otros en una orgía de asesinatos espontáneos u organizados, entregándose a una ciega represión.

Estos son verdaderos fenómenos de ocupación y de posesión colectivas, que provocan, naturalmente, una erupción de ocupaciones y hasta, eventualmente, de posesiones individuales, porque el desorden del ambiente social hace más accesibles a las empresas demoníacas el alma de cada uno de nosotros. Ya he señalado el hecho en la España comunista y en la Alemania hitleriana. Francia, ¡ay!, se las había adelantado en este camino, y por un humillante golpe de rechazo, las ha imitado después criminalmente.

La historia de la Revolución abunda en atrocidades cometidas por monstruos, tan desprovistos de todo sentimiento humano, que parecen evidentemente, al menos en algunas ocasiones, dóciles instrumentos del Maestro de toda abominación. Aquel Juan Bon Saint-André, que deseaba reducir a la mitad la población francesa para asegurar la República. Aquel Hebert, que cada día predicaba ferozmente la necesidad de una “depuración” radical. Geoffroy, que pretendía reducir a cinco millones la cifra de los habitantes de Francia. Carrier, que declaraba que valía más transformarla en cementerio que no regenerarla a la moda republicana. ¡Cuántos otros podría citar, y cuántos émulos encontraron en provincias! ¡Cuántos asesinos de menor envergadura hicieron estragos por todos los puntos del territorio!...

Pero existen muchos contemporáneos que no han desmerecido de sus ilustres antepasados, y se han entregado, a su vez, al demonio homicida que les inspiraba. Se empiezan a conocer algunos de los afrentosos crímenes que han ensangrentado a Francia durante la época de locura llamada Depuración: torturas sádicas con refinamientos de crueldad infligidos por la más ligera sospecha, o hasta sin mo-

tivo, a los adversarios políticos; hecatombe de mujeres y de ancianos; asesinatos de niños en la cuna; ejecuciones arbitrarias con fútiles pretextos, destinadas únicamente a saciar los instintos sanguinarios de una horda de criminales desencadenados. Y todo esto con la aprobación y la complicidad de jefes, algunos de los cuales se llaman católicos, y pretenden conciliar el crimen con la religión.

Pues las perspectivas del mañana son aún más terroríficas. Los "progresos" de la técnica científica, puesta al servicio del infierno, permiten decuplicar, centuplicar la eficacia de los medios de destrucción y de mortandad; de aniquilar de un solo golpe, por decenas y centenas de millar, las vidas humanas, como en Hiroshima y en Nagasaki. Hay a la vista hasta un "perfeccionamiento", y se anuncia una máquina más potente en sus efectos que la bomba atómica. Tanto, que los sabios, espantados, dejados atrás por su ciencia diabólica, acaban preguntándose si algún megalómano desatado o algún loco furioso no sería pronto capaz de destruir la vida en la tierra entera...

Esto sería, evidentemente, la más bella réplica de Satanás a la creación de Dios.

Hasta ahora no he hablado a usted más

que del homiedio en su forma más sencilla, visible y material: la destrucción de los cuerpos, pero no es ese el aspecto más importante y trágico de la cuestión. La verdadera catástrofe es que volvemos a caer, sin advertirlo, en ese Reino de las Tinieblas del que Dios nos había sacado, dice San Pablo, para trasladarnos al de la Luz (1).

Observe usted que, en realidad, Satanás ataca en el mundo contemporáneo, aún más al espíritu, a la razón, al alma. Es decir, que dirige sus esfuerzos a matar en el hombre lo que lo hace verdaderamente hombre. Lo mata intelectual, moral y espiritualmente, y el proceso de este homiedio es bastante doliente y difícil de demostrar, porque se halla, como siempre, cuidadosamente rodeado de misterio y camuflado hasta el extremo de presentar como un beneficio inestimable uno de los mayores peligros que amenazan nuestra especie.

Habría que hacer un estudio muy largo y complejo que, además, ha sido ya tratado de manera interesante, y yo no puedo alargarme más aquí. Permítame usted tan sólo señalarle los hechos principales: esta progresiva mecanización de la actividad humana

(1) Epístola a los Colosenses, 1-13. (N del T.).

por una técnica que las fuerzas espirituales, debilitadas y prostradas, no logan a dirigir, equilibrar ni esclarecer; esta civilización de las máquinas que produce una atmósfera tan sofocante, tan delatadora, tan cegadora, que transforma el ser humano en robot y lo coloca en la servidumbre de los motores y de los plátanos, de esos "esclavos técnicos", más poderosos que sus pretendidos dueños, que nos descubre tan pintorescamente Virgil Chirorghiu. Civilización de las máquinas que llega a ser fatalmente una civilización de imbéciles porque conduce a suprimir el esfuerzo intelectual en los que ejecutan; a oscurecer la preocupación de las realidades invisibles para la casi totalidad de los hombres; los hace perderse en un estado habitual de pereza y torpeza mentales, persuadiéndolos, al mismo tiempo, de que están en el único camino de la felicidad; los sumen en la peor miseria, y los hacen incapaces de comprenderla y librarse de ella. Vea V. una vez más, la garra sinistra, la ironía cruel e impecable del Príncipe de la Mentira, del Hombreida, en esta comedia atroz y dolorosa, en que el hombre está persuadido de que se sobrehumaniza mientras que se está deshumanizando.

Pero casi no puedo decirle nada de este punto de vista capital porque estoy viendo marchar inexorablemente la aguja del reloj, y quisiera, al menos, poner de relieve otra manifestación muy reprobable de la duplicidad y actividad de Satanás, a propósito del reclutamiento, la composición y el comportamiento del ejército de ejecución que ha lanzado sobre el mundo, porque es un asunto que también merece una atención muy particular.

En términos generales puede decirse que este ejército comprende dos categorías, y enfrente de nosotros tenemos, por una parte, los hijos legítimos de Lucifer y de la Revolución francesa; de otra, la multitud, un poco heteróclita, de los que yo llamaré bastardos de Satanás.

Al oír este calificativo tan original, ha debido aparecer en mi semblante una expresión de risa, pues el abate se incomoda y se sofoca.

—No se ría usted, dice, ni siquiera se sonría, pues llegamos aquí al punto más trágico de nuestras explicaciones y ponemos el dedo en la llaga más viva, que no sabemos si será mortal. No se distraiga usted, por lo que puede haber de involuntariamente pintoresco en

un lenguaje que procuro hacer adecuado a las exigencias de la verdad, y únase, si le es posible, al dolor que me causa esta exposición.

Debía aplazar el final, pero me resulta tan penoso, que prefiero hacer el esfuerzo de terminar hoy, y de imponer a usted el de escucharme, si es preciso, parte de la noche; pero aguarde un poco y permítame detenerme y recogerme unos minutos antes de abordar la última etapa.

VIII

—Decía a usted hace un momento que la despacho para calmar su nerviosismo, el abate Multi vuelve al sillón y comienza a cotejar sus notas.

—Decía a usted hace un momento que la cohorte satánica de la tierra comprende dos elementos: El primer contingente, que es el más visible, está formado por los que reivindicaban abiertamente su origen, y son los que yo llamo hijos legítimos de Satanás y de la Revolución francesa. Su posición es clara: han escogido con deliberación, sin subterfugios ni reticencias, entre la doctrina de 1789 y la de la Iglesia; han sentado plaza en la cruzada individualista y laica; son del partido de la Contra-Iglesia; contribuyen a determi-

nar sus planes y su táctica, y son los que constituyen sus cuadros. Encuentran allí, sin duda, una gran satisfacción para sus apetitos y ambiciones, y esta consideración no les parece despreciable; pero, al menos para alguno, no es la única determinante. Hay, entre ellos, convencidos, perfectamente leales y sinceramente fanatizados. Han oído decir tantas veces que el Cristianismo es absurdo, quimérico, prescrito y explotado por los curas, mientras que el dogmatismo revolucionario es la expresión misma de la ciencia y la condición de todo progreso del espíritu, de toda mejora social positiva, que pueden creerlo de buena fe. Además, una vez adoptados los principios, se encuentran cogidos en un sistema cuya lógica formal es atrayente para las inteligencias de tipo deductivo. Por eso, el clericalismo es, para ellos, el enemigo, según la fórmula de Gambeta, y no significa la pretensión excesiva del clero a dominar donde no tiene nada que hacer, sino la doctrina y la disciplina de la Iglesia.

Afirman que son defensores irreductibles de la Democracia y de la República, y tampoco ponen equívocos ni anfibología en estos términos. La Democracia es la Soberanía del Número como tal, como lo quiere la Decla-

ración de 1789-1791; de la Cantidad que crea el Derecho, la Ley y la Legitimidad con su voluntad arbitraria. La República es el gobierno fundado únicamente sobre la elección igualitaria; el gobierno que no admite como consagración válida más que la del sufragio universal inorgánico e individualista, y que practica rigurosamente el culto de la urna. Así estalla el desacuerdo profundo, radical, irreductible, entre el programa revolucionario ortodoxo y el programa cristiano. El pobre y gran Lamartine sentía y confesaba esto cuando al recibir a la delegación del Consejo Supremo del rito escocés, el 10 de Marzo de 1848, unos días después de la Revolución, le decía: "Estoy convencido de que del fondo de vuestras Logias es de donde han salido, primero en la sombra, luego a media luz y, por fin, a pleno día, los sentimientos que provocaron la explosión sublime de que fuimos testigos en 1789." Para los que no quieren perderse en utopías, es evidente la incompatibilidad. Renán lo comprendía cuando escribió: "La Revolución es, en definitiva, irreligiosa y atea". Fernando Buisson lo reconocía, por su parte, al afirmar con la autoridad que le corresponde: "El laicismo es el corolario de la Soberanía popular".

En el extremo opuesto del terreno político, Mons. Freppel expresaba la misma convicción en su animosa declaración de 1890: "La República, en Francia, es una doctrina anticristiana, cuya idea madre es la laicización o secularización de todas las instituciones bajo la forma del ateísmo social. Es lo que ha sido desde su origen en 1789...; es lo que es en la hora actual".

Casi al mismo tiempo le hacía eco Julio Ferry en el Congreso masónico de 1891: "El Catolicismo y la República francesa son filosóficamente irreductibles el uno a la otra".

En 1892, los Cardenales y el Episcopado francés se lamentaban, en una carta pública, de que el gobierno republicano se hubiera hecho la personificación de una doctrina en oposición absoluta con la fe católica. Poco más tarde, el 15 de Enero de 1901, en la tribuna de la Cámara de Diputados, un ministro republicano, que llegaría a ser, como J. Ferry, presidente del Consejo, Viviani, confirmaba este antagonismo: "No estamos enfrentados con las Congregaciones, sino con la Iglesia", y con la aprobación de Pelleian, que el 11 de Marzo siguiente declaraba empeñado el conflicto, "entre los Derechos del Hombre y los Derechos de Dios", el mismo

Viviani, el 8 de Noviembre de 1906, se jactaba con más énfasis y lirismo de la tarea anticlerical que había cumplido, e insistía sobre el trabajo de propaganda laica que estimaba necesario todavía: "Nuestros padres, nuestros antepasados, nosotros mismos, todos de acuerdo nos hemos aplicado a una obra de anticlericalismo y de irreligión. Hemos arrancado las creencias de las conciencias. Cuando un desgraciado, fatigado por el trabajo del día, doblaba las rodillas, le hemos levantado diciéndole que más allá de las nubes no había más que quimeras. Todos juntos, con gesto magnífico, hemos apagado en el Cielo las estrellas que no volverán a encenderse más".

Es tan imperiosa la exigencia lógica y está la tradición tan bien fundada, que no se libran de ellas los más rectos y honrados. Cuando Carlos Benoist le dirigía un llamamiento a la conciliación y a la unión, Raimundo Poincaré le respondió: "Entre usted y yo existe toda la amplitud de la cuestión religiosa". Era el intérprete de todos los doctrinarios para los cuales las leyes laicas de la III República son el fundamento sagrado del régimen democrático, el Santo de los Santos al cual no se puede tocar.

Tales conceptos entrañan un peligro que

no puede negarse, ya que constituyen un manantial constante de divisiones, persecuciones y tiranía, y sabido es que los sucesivos gobiernos democráticos no han dejado de aplicar implacablemente su programa. La primera República, bajo el impulso de su inspirador, fusiló, guillotiné, destrozó y desmoralizó, a su gusto, sacerdotes y fieles; rompió con la Santa Sede; intentó establecer un cisma en Francia y, luego, extirpar radicalmente la fe. Al hacer esto se juzgaba muy consecuente con la orden de Voltaire: “Aplastemos a la infame”, y con sus propios principios, y no tenía dudas respecto a la extensión de su poder: “Tenemos, ciertamente, el derecho de mudar de religión”, afirmaba el representante Camus, con la aprobación de sus colegas, en la Asamblea Constituyente de 1789.

Si la II República fué demasiado efímera para que se la pueda tener en cuenta seriamente, Lamartine, en la entrevista de la que hablaba hace un momento, reconoció que el patronazgo masónico se encontraba en sus principios, como en su antecesora.

En cuanto a la tercera, a pesar de sus orí-

genes directos (1), se apresuró a volver francamente a los ejemplos de su antepasada: separó la Iglesia del Estado; proscribió, dispersó y robó a las Congregaciones; se apoderó de los fondos de las fábricas de los templos; instituyó una neutralidad mentirosa en la enseñanza, y persiguió las escuelas libres con incesantes importunidades, con su odio y con su deseo de expoliación. La cuarta no ha renegado de esa tradición y sigue declarándola "intangible".

Todo esto es, en verdad, muy grave y deplorable. Es la discordia civil instalada en el país con carácter permanente, pero, al menos, no podemos quejarnos de que tal acción sea irracional; e inesperada; es brutal e imperativamente exigida por el espíritu y la fe democráticos. Se puede sufrir por su causa, pero no puede uno sorprenderse de ello. Brota, como el fruto de la flor, de los dogmas cuyo carácter infernal ya le he probado a usted. Los hijos de Lucifer avanzan contra los de la Iglesia a banderas desplegadas; nada de ambigüedades, la victoria depende únicamente de la fuerza moral y material de cada cual, y si uno de los beligerantes pare-

(1) El segundo imperio y los gobiernos que le siguieron. (N. del T.).

ce, en ciertos aspectos, superior porque dispone de los recursos del "reino de este mundo" ampliamente, el otro tiene con él la potencia inapreciable de la verdad.

Pero a Satanás no le gusta combatir así, a cara descubierta. Prefiere mucho más el disimulo, el fingimiento, el doble o triple juego. Su preocupación esencial es siempre el apoderarse, con fraude, de las inteligencias del adversario; prefiere preparar la caída de la plaza por tratos corruptores; provocar disidencias y defecciones antes que dar prematuramente el asalto. Por eso se esfuerza en deslizarse, entre los soldados de la buena causa, agentes encargados de arruinar su moral y de orientarlos poco a poco hacia la capitulación. Tal es la tarea esencial de los que yo he llamado bastardos de Satanás, y, entre ellos, hay diversas variedades.

La más fácil de discernir y, tal vez por eso, la menos peligrosa, está formada por las inteligencias atacadas de una enfermedad congénita del pensamiento que les hace incapaces de escoger entre las dos ortodoxias opuestas. Por efecto de la ceguera o del aguljón del orgullo, se les oye afirmar la identidad de las contradictorias; envanecerse de encontrar la verdad en cada una de ellas y jactarse de reconciliar a Satanás con Dios.

De tamaña aberración, en la que resulta difícil distinguir entre el desequilibrio mental y la hipocresía, se encuentran algunos extraños y tristes ejemplos de un grado menor o mayor que, a veces, resulta increíble. Uno de los más pasmosos es el de Weishaupt, que proclamaba la identidad de la doctrina masonico-democrática con la cristiana, y cuyo ritual glorifica la obra de "Nuestro Gran Maestro Jesús de Nazaret". Y, sin duda, había convencido a Camilo Desmoulins, que se atrevía a llamar a Jesucristo "el primer sans-culotte" (1), y a Marat, de quien se dice que hacía la apología de los Libros Santos declarando: "La Revolución está en el Evangelio". Lo cual no le impedía practicar el amor al prójimo con un ardor que se ha hecho célebre...

También se encuentra un eco atenuado e inesperado del gran asesino, en Buchez, que en su *Historia parlamentaria de la Revolución*, reedita la opinión de que "la Revolución tuvo su origen en el Evangelio". Y aquí

(1) Si la irreverencia de la comparación no quitase interés a cualquier otro comentario, llamaríamos la atención de los lectores que no hayan reparado en ello, sobre el absurdo anacronismo de vestuario que supone el nombrar a Nuestro Señor con el apodo de aquellos republicanos callejeros de 1793 que, por usar pantalones largos, fueron llamados *sans-culottes*, sin-calzones. Sin el calzón corto que usaban los nobles y las personas distinguidas. (N. del T.).

tiene usted luego, al desgraciado Lamennais, por cuya pluma leemos igualmente: "La Revolución da al Catolicismo un segundo nacimiento", y el cual se había obligado a restablecer la armonía entre la Democracia y la Doctrina cristiana.

La misma extravagante quimera trastornó las cabezas de dos Académicos liberales, el duque Alberto de Broglie y Saint-Marc Girardin, que aspiraban a "purificar los principios de 1789 por los dogmas de la Religión Católica y hacerlos marchar de acuerdo".

Esta psicosis no ha perdonado a la jerarquía eclesiástica, pues fué un prelado, antiguo Vicario general de Mons, Dupanloup, el que se atrevió a escribir en su obra *El Cristianismo y los tiempos presentes*: "Se habla de conquistas del 89, y acepto la frase; pero son las conquistas del Evangelio y de la Iglesia sobre el orgullo de la humanidad... Todo esto es la obra del Cristianismo; sale de las entrañas (sic) del Evangelio y es, en fin, al cabo de siglos, su dilatación y florecimiento total".

Semejantes y tan perentorias afirmaciones son muy capaces de hacer delirar a cerebros frágiles o mal equilibrados, y es el caso de ese profesor de una Universidad católica a quien el deseo frenético de aproximar la

Revolución a la Iglesia inspira estas líneas con renovadas aserciones análogas de Marc Sangnier, cuyo absurdo confina con el sacrilegio: "Si, más cristiana, la Democracia moderna tuviese conciencia de la grandeza del Cristianismo y de su democracia trascendental, el Cristo, es decir, Dios hecho hombre y hombre del pueblo, el obrero-Dios, sería, como merece serlo (sic), el personaje (resic) más popular; las iglesias donde pone su divinidad al alcance de todos serían consideradas como los verdaderos palacios de la democracia, y los días más solemnes de la vida nacional serían el de las elecciones, en que el pueblo, por la papeleta de voto, ejerce actos de ciudadano y participa realmente de la Soberanía, y el día de Pascua, en que el pueblo, por la Hostia consagrada, hace actos de cristiano y participa sobrenaturalmente de la Divinidad. La papeleta del voto y la Hostia consagrada son los dos medios por los cuales el pueblo sube al trono como un rey y al altar como un Dios. El sufragio universal y la comunión general de Pascua son las dos instituciones eminentemente democráticas; la una hace accesible al pueblo la soberanía, la otra le vuelve accesible a la misma Divinidad."

Yo no conozco un tipo más característico

de esas aproximaciones blasfemas que Pío X reprochaba al Sillón más adelante.

Desgraciadamente, me sería muy fácil encontrar proposiciones tan erróneas y condenables en muchos teorizantes y políticos de nuestros días y hasta en plumas que debían ser más prudentes. La profunda ignorancia en materias de sociología que el clero tolera o mantiene entre los fieles y que hasta comparte con ellos frecuentemente, permite tal vez conceder algunas circunstancias atenuantes a las extravagancias de cabezas impulsivas o descentradas, aunque no por eso son menos peligrosas. Pero mucho más culpables y temibles aparecen las confusiones que siembran y se esfuerzan por crear y establecer hombres que ostentan el título de católicos y que, con gran refuerzo de sofismas y de aserciones temerarias, procuran engañar sobre la significación real y el alcance de los dogmas del 89 y los presentan con un aspecto aceptable y hasta atrayente. Estos no merecen excusas, porque deben saber a qué criminal trabajo les empuja su interés personal y en qué atmósfera de constante hipocresía se han condenado a evolucionar.

Esta duplicidad fué puesta de manifiesto en una circunstancia que se hizo célebre.

Cuando León XIII, con vacilación, con pesar y rodeando su concesión de restricciones y de condiciones rigurosas, toleró que se utilizara el término Democracia cristiana en la estricta acepción de "una bienhechora acción cristiana entre el pueblo", prohibiendo que se le hiciera desviar en sentido político, un estremecimiento de júbilo sacudió a nuestros sicofantes, que olvidaron, por un instante, su habitual simulación, y en el paroxismo de un insolente triunfo exclamaron: "Le hemos hecho tragar la palabra, y le haremos tragar la cosa". Y sin preocuparse lo más mínimo del mundo de prescripciones pontificias, se ingeniaron, como se ha dicho en sentido espiritual, por hacer de la fórmula una unión contra natura de palabras en las que el sustantivo devora inmediatamente a su adjetivo. Inútil es decir por qué no podía realizarse su injuriosa esperanza, pero sólo esta exposición permite comprender el triste fondo de las almas.

Una segunda experiencia, no menos concluyente, resulta de la acogida hecha al Mensaje de Navidad de 1944, del Papa Pío XII. El Soberano Pontífice había llevado la condescendencia y el espíritu de conciliación hasta conceder, como lo habían hecho antes

que él ciertos teólogos, el empleo de la palabra Democracia hasta en el sentido político, pero siempre, bien entendido, con obligaciones expresas, no permitiendo confundir lo que él llamaba la "verdadera" democracia, es decir un régimen popular respetuoso de la verdadera religión, de la moral, de la autoridad, de la jerarquía y de las desigualdades necesarias, con la "falsa" democracia, o sea, la herejía revolucionaria de la Soberanía absoluta del Pueblo y el pecado de Liberalismo. Con esta extrema tolerancia esperaba el Papa, tal vez, amansar a la fiera, pero pronto debió perder esta ilusión. Como la primera vez, pero con más insolencia aún, el animal respondió con un amenazador crujido de sus mandíbulas.

Unos meses más tarde, la nueva Constitución francesa, no contenta con "reafirmar solemnemente" sin modificar nada, la Declaración de los Derechos del 1791, estimó conveniente el precisar, con mayor fuerza aún, su incompatibilidad con el dogma católico, en su artículo I, que estipula que Francia es una República laica y democrática, y el III, aún más sumario y brutal que las formas revolucionarias, en cuyos términos "la Soberanía pertenece a la Nación".

La O. N. U., por su parte, proclamaba en su propia declaración de los Derechos del Hombre, votada en la sesión del palacio de Chaillot, en Septiembre de 1948, que "la voluntad del Pueblo es el fundamento de la autoridad de los poderes públicos". Desde entonces no hay escapada ni conciliación posible, pues bien evidente es que se trata de la Soberanía inmediata, de la Soberanía propiedad del pueblo, de la Soberanía condenada. La blasfemia se hace patente o irrecusable en su grosería, y la oposición se afirma irreductible con la doctrina tantas veces expuesta en las recientes Encíclicas: toda teoría según la cual la autoridad pertenece a un hombre a un grupo o *a fortiori* al Pueblo entero, y que se funda únicamente a gusto del número, es, incontestablemente, de inspiración diabólica, puesto que desprecia la Revelación y pervierte la misma noción del Poder.

Ésta fué la respuesta de los lugartenientes del Diablo al Vicario de Dios, y yo no he oído decir que los demócratas cristianos hayan rehusado asociarse a ella y hayan boicoteado una Constitución y unas declaraciones que por sólo este hecho debieran parecerles radicalmente inaceptables desde el punto de vista religioso. Al contrario, no han ce-

sado de participar en el ejercicio de un poder así viciado esencial y originalmente.

No podía esperarse otra actitud de parte de los revolucionarios auténticos. El enemigo es irreductible e intransigente en la adhesión a los dogmas del 89. Es la piedra de toque para él, y nunca escogerá entre los suyos a quienes no hayan suscrito expresamente esta profesión de fe y dado pruebas decisivas de su obediencia. Permitame aquí una comparación un poco escatológica, de la que le ruego me excuse, pero que emplearé, porque es enteramente evocadora.

Los demonólogos nos cuentan, como usted sabe, que en algunas ceremonias del culto antiguo luciferino, y tal vez en nuestros tiempos, se imponía al neófito una prueba repugnante: Para demostrar la sinceridad de su adhesión y obtener su iniciación, tenía que besar... el revés del Diablo, es decir, en realidad, de un macho cabrío, que estaba reputado como la encarnación de Satanás.

Pues bien, este rito obsceno no ha desaparecido, sólo se ha transformado. Hoy en día, para atraerse a la potencia infernal y beneficiarse de su protección y de las ventajas materiales de las que, en apariencia, es una generosa dispensadora, es necesario un gesto

análogo con la Declaración de los Derechos del Hombre, y suscribir el concepto revolucionario, no de un modo vago y formulario, sino muy expresamente en lo que una y otro tienen de herético e inadmisibles. En una palabra, hay que optar sin reticencias por lo que Pío XII llamaba la "falsa" democracia, que es, precisamente, la que los revolucionarios llaman la "verdadera", y hay que repudiar la que el Papa califica de verdadera, que, para ellos, es la falsa. Inextricable embrollo en el lenguaje, pero el fondo permanece claro y cierto. Fuerza es romper con la doctrina católica acerca de puntos capitales, si se quiere ser consagrado como perfecto demócrata por los doctores de la Contra-Iglesia.

"Ningún católico, a menos que sea un mal católico, puede reconocer y admitir los Derechos del Hombre", escribía firmemente M. Alberto Bayet. Conclusión: para ser buen demócrata hay que ser mal católico.

Por una falta de lógica que puede tener algunas consecuencias personales felices, pero que permanece absolutamente incomprensible desde el punto de vista psicológico, algunos de estos hombres, a quienes su ambición o el extravío de su inteligencia condu-

cen a desencaminarse en un engranaje herético, pretendían, sin embargo, no romper con la fe cristiana. Persisten en engancharse a la vez en las dos doctrinas rivales y, asintiendo a las prendas de fidelidad que reclama el Diablo, se jactan de no malquistarse con Dios. La caridad nos prohíbe sospechar sus intenciones y sondear el misterio de esas actitudes contradictorias y acusarles sin pruebas indudables de traición deliberada; pero la evidencia nos da derecho a decir que *todo pasa como si se obstinaran en permanecer en la Iglesia sólo para favorecer las infiltraciones del enemigo y entregarle, poco a poco, las posiciones que están encargados de defender. Son, al menos, desertores virtuales y renegados en potencia.*

Algunos han llevado su evolución hasta el final, y han reconocido implícitamente, o hasta con cinismo, que ella les conducía fuera de la Iglesia. No quiero citar los nombres, demasiado numerosos, que surgen en mi memoria, pero usted estará pensando también, con seguridad, en esos sacerdotes desviados, en esos antiguos presidentes militantes de la Juventud Católica que han formado en las filas de los demócratas ortodoxos para hacer

entre ellos una muy "laica" y fructífera carrera. Por la ostensible lección que se desprende de ella, no haré mención más que de la cínica declaración del ciudadano Florimond Bonte, uno de los jefes comunistas más notorios, en una reunión del Partido Demócrata Popular, en Lille, el 10 de Abril de 1927:

"En cuanto a vosotros, demócratas cristianos, no os combatimos; nos sois demasiado útiles. Si queréis saber qué tarea estáis cumpliendo, miradme a mí. He salido de entre vosotros; después he ido hasta la conclusión lógica de los principios que me habéis enseñado. Gracias a vosotros, el comunismo penetra donde no permitiríais entrar a sus hombres; en vuestros patronatos, en vuestras escuelas, en vuestros círculos de estudio y en vuestros sindicatos. Trabajad mucho, demócratas cristianos, que todo lo que hagáis por vosotros lo haréis por la Revolución comunista."

Quiero creer que estas felicitaciones, como latigazos, y estos irónicos estímulos, han detenido a algunos demócratas cristianos en la pendiente resbaladiza en que se habían colocado. Vale cien veces más la brutal franqueza de un Florimond Bonte, que no dar lugar a ambigüedades, que el equívoco sostenido cul-

dadosamente por los que no se deciden a optar y quieren tener un pie en cada campo. Desgraciadamente, son cada vez más numerosos los hombres que fustigaba León XIII en las Encíclicas *Sapientiae christianae*, *Etsi nos e Immortale Dei*, con un vigor de expresión bastante raro en los documentos pontificios. Los acusaba de vivir “como cobardes”, practicando frente al adversario una política “de excesiva indulgencia” o de “disimulo pernicioso”.

Una vez más resultaron ineficaces esos reproches y esas exhortaciones. Ha llegado a ser espectáculo normal el ver a jefes que no se atreven a hablar con energía y claridad, que se resguardan detrás de anfibologías; se esfuerzan en dar consignas ambiguas y vagas, para no comprometerse, e invocando consideraciones de oportunidad y de prudencia (esta prudencia que nos mata, decía el Cardenal Pie), se agotan en maniobras complicadas y en retiradas estratégicas para evitar el combate.

Nada más desmoralizador y de consecuencias más desastrosas para las masas poco advertidas que estas sospechosas evoluciones. Los escasos elementos un poco reflexivos que en ellas se encuentran, no comprenden que

se les prediquen sucesivamente, y siempre en nombre de un deber superior, órdenes irreconciliables. El sentido común y la lógica quedan derrotados. ¿Cómo quiere usted que compaginen las prescripciones pontificias, cuando las conocen, con los compromisos electorales? ¿Cómo van a acomodar, por ejemplo, la expresa condenación formulada por el Syllabus contra la afirmación de que la autoridad es, sencillamente, la suma de las voluntades del Número, con las protestas rituales de veneración, de confianza, de sumisión, que multiplican los mismos "candidatos buenos" respecto al sufragio universal? ¿Cómo, con el lenguaje de ese leader contemporáneo que, afirmando que es católico, y sin suscitar las censuras, o al menos, la desaprobación de la jerarquía eclesiástica, puede declarar: "En el manantial legítimo, es decir, en el voto del Pueblo es donde hay que sacar con urgencia la autoridad necesaria a los poderes de la República, porque el sufragio universal es el dueño y señor de todos nosotros?"

Aturdidos y desorientados por las timideces, compromisos y contradicciones de los unos; por las afirmaciones heterodoxas, pero no oficialmente reprobadas, de los otros; contaminados por los malos ejemplos y la

ambición, acaban algunos por caer en el escepticismo, sin escuchar más que las sugerencias del interés personal. Otros, más numerosos, dejan coexistir, mezclados y sin procurar ponerlos de acuerdo en la penumbra de su inteligencia, nociones buenas y malas, exactas o falaces, aunque las primeras pierden pronto su claridad y ascendiente por efecto de esa vecindad. También en ellos se embota la rectitud natural de la conciencia, y se desvanece el imperio de la verdad, de manera que, conforme a las previsiones de León XIII, el ejército cristiano pierde su cohesión, la confianza en sí mismo y su fuerza. Embarazado por elementos que practican corrientemente tratos ocultos con el enemigo, y hasta por renegados expertos en traiciones, sus tropas han llegado a dudar de la justicia de su causa y a dejarse seducir por los principios que iban a combatir reunidas. Aún parecen numerosas, pero su corrupción está muy avanzada y, en parte, se hallan ya maduras para la deserción.

El abate Multi parece deshecho por la fatiga. Se detiene unos momentos y reanuda con esfuerzo:

—He expuesto a usted los puntos que me parecen esenciales en el asunto, y espero ha-

berle hecho compartir mi profunda convicción. En verdad, en verdad, vuelvo a decirlo, me parece imposible que la malicia natural de los hombres pueda ella sola ser la fuente de todos esos fenómenos aterradores. No es capaz de desencadenarlos y, sobre todo, de asegurar su dirección única, su coordinación y su síntesis. Es preciso que esté atizada, sistematizada, azuzada, en su eficiencia, por la acción lúcida de ese maestro del mal a quien, como a él mismo dijo Jesucristo cuando la tentación en el desierto, se ha dado todo poder en el mundo (1). Nunca ha sido esta dominación más real y más desconocida, a la vez.

¡Ah, si pudiésemos atravesar la corteza de las cosas! ¡Si tuviéramos la clarividencia sobrenatural de Sor Catalina Emmerich, que, en sus visiones de la Pasión, discernía bajo formas palpables a los espíritus infernales que salían del cuerpo de los actores y de los testigos del sombrío drama y excitaban a los verdugos en su feroz trabajo! ¡Qué espanto sería el nuestro, si viésemos enjambres de demonios salir de los textos de las Declaraciones y de las Constituciones heréticas o ateas

(1) S. Lucas, IV, 6 (N. del T.).

que nos rigen y que creemos, neciamente, capaces de salvaguardar nuestros derechos; de los artículos de leyes infames; de los propósitos mentirosos de los políticos; de los carteles y urnas electorales; si los viéramos frecuentar, en masa, las asambleas parlamentarias y las conferencias internacionales; pulular entre nuestros propios partidarios, nuestros pretendidos defensores y sus jefes; si los contempláramos cuando pervierten, embrutecen y envilecen, de mil maneras, los espíritus, las almas de nuestros contemporáneos y los empujan, estimulando su miserable vanidad, hacia esos caminos de perdición que no conducen más que a las disensiones, a las luchas, a las guerras civiles y a las catástrofes!

¡Qué justificado terror nos asaltaría al oír a la legión satánica repitiendo por todos los puntos del globo, y casi a cada uno de nosotros, el "*Si cadens adoraveris me...*", y obtener, en efecto, el homenaje feudatario de una multitud, cada vez más numerosa!

¡Qué angustia el ver prepararse el advenimiento de esta era de castigo y de furor cuyos principios colocaba la vidente de Dulmen (1) "cincuenta o sesenta años antes del año

(1) La misma Sor Ana Catalina Emmerich que nació en Flamsk (Wesffali) en 1774, y murió en Dülmen de la misma provincia prusiana en 1824. (N. del T.).

dos mil", fecha en la que debe ser roto el sello del abismo y desencadenado sobre el universo el mismo Satanás! *Hora et potestas tenebrarum.*

¿Quién podrá evitar un estremecimiento de ansiedad al relacionar los acontecimientos que, precisamente desde hace algunos años, sumen los espíritus en la noche de una expectativa llena de terror y estallan sobre el mundo con la violencia y la amplitud de una catástrofe apocalíptica?

El abate se detiene de nuevo un momento, y con tono más sordo continúa:

—Pero hasta los mejores tienen cerrados los ojos, como los apóstoles en Getsemaní. ¿Qué cataclismo será necesario para abrirse los, puesto que dos advertencias terribles y próximas no han sido bastante para despertarlos y volverlos a la conciencia del mal y a la inminencia del riesgo?

Esta torpeza frente al peligro y esos perezosos ensayos de transacción con el enemigo son los que me hielan de terror, casi estoy tentado a decir que me desesperan, porque la amenaza se aproxima y estamos expuestos a que el ciclón nos lleve a todos, inocentes y criminales, envueltos en el mismo torbellino. Si la fe nos revela la comunión de los santos

y la reversibilidad de los méritos, la inversa es también verdadera, y podemos comprobar todos los días la comunión de los culpables bajo la égida de Satanás y la reversibilidad de las faltas. Lo mismo que el agua aspirada por el sol en los océanos y en los ríos vuelve a caer sobre la tierra en forma de lluvia y de nieve, así caen los errores, las equivocaciones y las iniquidades en forma material de explosivos y de ruinas, no sólo sobre quienes los cometen, sino también sobre los que los toleran. Y ha habido tanta maldad desde el advenimiento y difusión de los principios de la Soberanía popular y la democracia, que las repercusiones se hacen, fatalmente, cada vez más extensas, multiplicadas y crueles. Si continuamos por el mismo camino, el castigo no puede dejar de precipitarse y aumentarse todavía más.

Las perspectivas que se abren ante nosotros son de espanto: un porvenir de azotes inauditos para el mundo, para Francia, para cada uno de nosotros, porque, en el orden moral es tan verdadero como en el físico, que nada se crea ni se destruye, y nuestro instinto infalible de justicia nos obliga a creer que las faltas y las perversiones deben ser castigadas. Por eso se impone la necesidad de

otra vida para los individuos; pero, como otra vida no puede ser para las comunidades y las naciones, es en el tiempo donde deben pagar sus deudas, y el castigo caerá, ineludiblemente, con todo su peso, sobre los que vivan en los días de la gran cólera, los cuales no están muy alejados. Tal vez seamos nosotros, o nuestros próximos descendientes, aunque no hayan faltado personalmente, como tantos desgraciados que sin tener nada que reprocharlos, agonizaron en los campos de concentración nazis. Pero, en el fondo, ¿quién no es culpable en nuestra afrentosa época? ¿Quién es el que no tiene que acusarse de no apresurar o agravar, al menos, por complicidad o por inercia, la gran calamidad que ha de venir?

Por eso ¡qué grande debiera ser nuestra alarma cuando vemos a la Patria hundirse en el mal, cada vez más, y aumentar el pasivo de iniquidad que tarde o temprano habrá que saldar! Ya pagó Francia con la Revolución las debilidades y prevaricaciones de la Monarquía, pero como no lo comprendió, paga al presente, después de siglo y medio, con una progresiva decadencia y repetidas carnicerías, los crímenes y saturnales revolucionarios. Y como sigue sin comprender y sin

arrepentirse y sumergiéndose cada día más profundamente en sus errores y en sus vicios, es preciso pensar que la mano de hierro y de fuego caerá más pesada sobre nosotros.

Las calamidades de 1914-1918 no produjeron más que una mejoría muy limitada y efímera. Las de 1939-1945 han dado ocasión a nuevas caídas y nuevas iniquidades; a las infamias monstruosas de la "Depuración" y a la vuelta a instituciones absurdas e impías. Cualquiera que tenga ojos ve que la empresa diabólica no cesa de extenderse y de consolidarse sobre el mundo, y que todo se encuentra trastornado, no sólo en los hechos, sino hasta en la razón de los hombres. La perturbación es tan grande, que el desorden fundamental toma figura de orden; la regla parece anomalía, y la falsedad más evidente está considerada como digna de fe.

Y eso sucede hasta el extremo de que los que se esfuerzan por restaurar las sociedades sobre bases verdaderas se ven forzados a levantarse contra la disciplina formal; a perturbar la armonía consagrada de la organización oficial, y a desencadenar la guerra para restablecer las condiciones sólidas de la paz. Por eso son flagelados con el epíteto de

anarquistas por los anarquistas reales instalados en el gobierno; denunciados como sediciosos por los sediciosos que tienen los poderes públicos; perseguidos con todas las sanciones legales como perturbadores del orden por los factores del desorden disfrazados hipócritamente en defensores del bien común, y ven levantarse contra ellos, en un concierto de anatemas, a la ciega rutina y al conformismo perezoso de aquellos en defensa de los cuales se sacrificaron, porque el Maestro del error quita a los hombres, cada vez más, el discernimiento y la prudencia.

San Juan nos muestra al maldito abriendo el pozo del Caos, del Contra-Ser y "subió de allí un humo semejante al de un gran horno", que hunde a los humanos en la incoherencia y los entrega a sus impulsos malos (1). Tan pronto excita su inteligencia y los dirige por ciertos caminos brillantes hacia perspectivas espectaculares y éxitos embriagadores, y como esto es lo más corriente, los embota sumergiéndolos en ese embrutecimiento pretencioso que caracteriza a las

(1) Las palabras textuales son del Apocalipsis, IX, 2. En el versículo I se habla de una estrella del cielo caída en la tierra a quien se dió la llave del pozo del abismo. Las palabras Caos, Maldito y Contra-Ser son del autor. (N. del T.).

muchedumbres contemporáneas haciendo popular esa especie afrentosa de los "gloriosos idiotas" que nos describe Blanc de Saint-Bonnet. Pero siempre extingue en ellos la verdadera luz del alma con la noción de las relaciones de las cosas, de la justicia y del verdadero fin. De suerte que no se los ve correr, agitados, orgullosos y desabridos, hacia un mal que juzgan su bien; empeorar los sufrimientos que pretendían curar; transformar los progresos que realizan en nuevos factores de miseria, en nuevos medios de destrucción, y provocar el desastre fatal que no se atreven a jactarse de evitar.

¿Cómo prevenir, Señor, los dardos de vuestra justa cólera y desarmaros antes de que sea demasiado tarde? ¿Qué camino de salvación señalar entre los malvados que son activos, astutos, ávidos e inspirados por un espíritu tan perspicaz como malhechor; la masa de los necios, de los locos, de los imbéciles, orgullosos de una ceguera que llaman lucidez, y de una pusilanimidad que bautizan con el nombre de prudencia, y el corto número de los buenos que, a veces, son tontos que no comprenden que la lucha está empeñada; que se dejan engañar por los prestigios demoníacos; que sueñan diplomacia, arreglos y desarme, cuando sería necesario un

poderoso arsenal de guerra, una revolución viril y una valentía indefectible para reparar las derrotas sufridas; reanudar la ofensiva, y rechazar los ataques de dentro y de fuera?

Mira, Señor, que las sombras aumentan, mientras veo cómo se disminuye el número y cede el valor de los que combaten, y mira también que, para colmo de desdichas, la edad y las circunstancias han hecho caer de mis manos las armas mejores en este combate decisivo y supremo. Ya sólo puedo orar, como Moisés, sobre la montaña, con los brazos extendidos, por el éxito, bien comprometido, de nuestros soldados. Pero mis miembros se paralizan sin que nadie se presente a ayudarme y reemplazarme. Mira que las almas, por falta de avisos bastante enérgicos y frecuentes, caen en un letargo mortal, y, poco a poco, se deslizan hasta el abismo sin que mis débiles clamores consigan ponerles en guardia, sin que llegue a persuadir a sus pastores que sacudan su engañosa quietud y reúnan al rebaño, que se disemina y rueda hacia el precipicio.

La voz del sacerdote se debilita por momentos, y acabó por extinguirse del todo, mientras el crepúsculo, como anticipación de las tinieblas, cuya proximidad anunciaba, su-

mía lentamente la estancia en creciente oscuridad. Me levanto sin hacer ruido, sobrecogido de emoción por sus lamentos, y me dirijo discretamente a la puerta, porque he visto que, acodado sobre la mesa, sumergido en una dolorosa meditación y cubierto el rostro con sus manos temblorosas, el abate Multi estaba llorando...

Pero, al oír el ruido del pestillo, se levanta, se lanza hacia mí y, cogiéndome por el brazo, me dice:

—No, no me escuche usted, y perdóneme por haberle dado el espectáculo de mi debilidad. Me desplomo como un cobarde ante la perspectiva de la prueba inminente. Hace mucho, sin embargo, que nos está anunciada. Recuerde usted que San Pablo escribe: "...vendrá un tiempo en que los hombres no tolerarán la sana doctrina, sino que acudirá a doctores según sus deseos, para calmar la comezón de sus oídos, y los cerrarán a la verdad aplicándolos a las fábulas" (1).

San Gregorio Magno completa esta advertencia previniéndonos de que en los últimos tiempos los cristianos, obedeciendo a una falsa política, se callarán ante las violaciones

(1) II Ep. a Tim., IV, 3-4. (N. del T.).

de las leyes divinas y humanas; predicarán la prudencia y la política mundana y pervertirán con sus sofismas y facundia el espíritu de los fieles”.

Pero ni lo uno ni lo otro nos autoriza para ceder ante el abatimiento. Hasta cuando nos predica la calamidad nos prescribe el Apóstol tocar a alarma a tiempo y contra-tiempo; *“Praedica verbum, insta opportune, importune, argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina”* (1). Orden que Santo Tomás repite y confirma al escribir: *“Veritas semper dicenda est, maxime ubi periculum imminet”*.

Ninguno de nosotros tiene derecho a retirarse bajo su tienda, y aunque hubiera que caer sobre la brecha, debe decirse que, tal vez, él es la unidad que completará el número de justos necesario para salvar la Ciudad criminal y la Comunidad corrompida.

Estas voces tan altas son las que hay que escuchar, y no las de un desaliento pasajero. Olvídelo, querido amigo, y para humillarme como merezco, medite usted, antes bien, la divisa de un príncipe protestante que puede darnos a los católicos, demasiado temerosos y

(1) II Ep. a Tim., IV, 2. (N. del T.).

flojos, una lección de ese aguante y esa energía que dan la victoria: “No hay que esperar para emprender ni tener buen éxito para perseverar”.

Y recuerde usted, en fin, para sostener la esperanza y el valor necesarios en las luchas decisivas que se preparan, que, si “la Bestia ha de subir del abismo”, como lo vemos en nuestros días, tiene también, cuando nuestro valor haya conseguido el fin de la prueba, que “irse de aquí a la perdición”.

LAUS DEO